

REBECCA BAKER

Cruel
CONFESIONES

ERES MÍA, NENA

Crueles confesiones

REBECCA BAKER

Derechos de autor 2024 Rebecca Baker

Todos los derechos reservados

El boletín de noticias gratuito de Rebecca:

<https://www.subscribepage.com/rebecca-espanol>

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)



Capítulo 1



ELENA



"Puedes hacerlo, Elena", murmuro nerviosa mientras atravieso las puertas giratorias de la Torre Davis. El ruido de mis tacones resuenan en el suelo de mármol como un metrónomo de mi determinación. La luz de primera hora de la mañana se filtra a través del techo de cristal, iluminando el bullicioso vestíbulo.

Hoy es mi primer día como asistente personal de nada menos que Joshua Davis. El hombre que da nombre a esta torre.

"¡Increíble!", murmuro, mirando el intrincado diseño Art Déco del techo. Es un marcado contraste con el piso tan pequeño que dejé hace apenas una hora, donde a menudo siento la ambición como el único lujo que puedo permitirme.

"¿Señorita Martínez?". La voz rompe mi ensoñación y me giro para ver a la recepcionista que me saluda con una sonrisa profesional.

"El señor Davis espera puntualidad", dice la recepcionista, entregándome una tarjeta de acceso temporal con una mirada severa que sugiere que la impuntualidad es uno de los siete pecados capitales.

"Por supuesto", respondo, pasándome un mechón de pelo por detrás de la oreja. "Gracias", digo, preguntándome qué quiere decir. Llegué a las nueve en punto. Tal y como se esperaba de mí. Entonces, ¿a qué viene ese comentario?

"Último piso", refunfuña la recepcionista, señalando los ascensores al final del vestíbulo.

Asiento con la cabeza e intento no darle más vueltas. Puede que hoy no tenga un buen día.

Subir en el ascensor es como entrar en otro mundo, un mundo en el que el aire está cargado de poder y olor a dinero. Cuando se abren las puertas, piso el suelo pulido de la suite ejecutiva con

el corazón martillando en las costillas. Esto es la guarida del león. Y estoy a punto de conocer al rey.

"El Sr. Davis la recibirá en un momento", me dice una señora que me saluda con un portapapeles en la mano y en cuya etiqueta puede leerse RRHH debajo de su nombre. Sus ojos parpadean con una mezcla de lástima y diversión. ¿Sabrá algo que yo ignore?

"De acuerdo", le digo, esperando a que se ponga en marcha para seguirla.

"Oh, yo no voy contigo. La recibe sola. Es en esa puerta de ahí detrás", dice señalando el pasillo.

"Um. De acuerdo", digo, ante lo cual la señora asiente brevemente y luego se marcha en otra dirección. Es extraño. Pero así son las cosas. Aprieto los hombros mientras me acerco a la pesada puerta de roble con su nombre escrito en ella. Respiro hondo y llamo dos veces.

"Adelante", responde una voz tan suave como el whisky añejo e igual de embriagadora.

Abro la puerta de un empujón y entro en el despacho, que parece más bien un centro de mando. Los ventanales del suelo al techo ofrecen una vista panorámica de la ciudad, pero es el hombre que está detrás del escritorio el que llama la atención. Joshua Davis, con su mentón prominente y sus penetrantes ojos azules, desprende un magnetismo casi tangible. Su reputación le precede: un famoso multimillonario y playboy cuyo encanto sólo es igualado por su crueldad en los negocios.

"Señorita Martínez", me saluda y se levanta de la silla. Es más alto de lo que esperaba y su presencia llena la habitación. "Puntual sería un buen comienzo. Pero veo que no está de acuerdo", dice mirando su reloj de pulsera. "Mañana entonces, a las 9 en punto aquí".

"Sr. Davis, por favor, discúlpeme", empiezo y le ofrezco la mano.

"No se preocupe. No seamos mezquinos", dice y puedo sentir cómo escruta todo mi cuerpo, haciéndome sentir calor y frío al mismo tiempo.

"Es un honor trabajar para usted", digo interrumpiendo el silencio.

"Espero que sigas pensando lo mismo al final de la semana", contesta, y sus labios se curvan en una media sonrisa que no le llega a los ojos.

"Reto aceptado", le digo, con una chispa de desafío en mi interior. No he llegado tan lejos como para echarme atrás.

"Bien", dice mirando por la ventana. "Porque no espero menos que la eficacia".

"La tendrás", le aseguro mientras mis pensamientos dan vueltas. ¿Qué tipo de tareas me asignará? La descripción del trabajo era una descripción corriente de un puesto de asistente. Me limité a enviar una solicitud, pero no pensé que tuviera muchas posibilidades. Milagrosamente, después de una sola entrevista, que tuvo lugar sin él pero con el departamento de RRHH, me contrataron.

"Siéntese, señorita Martínez", dice el Sr. Davis, señalando la silla frente a él. "Tenemos mucho de qué hablar. En primer lugar, te llamaré Elena", añade con un brillo ilegible en los ojos, "bienvenida al tanque de tiburones".

¿Tanque de tiburones? ¿Qué quiere decir con eso y por qué sonrío?

"En primer lugar, me gustaría tomar un té japonés. Recién hecho. Y copias de esto, por favor", dice señalando un montón de papeles sobre la cómoda.

"¿Cuántas copias...?", empiezo, pero me interrumpe.

"Ya le cogerás el truco".

"Elena", la voz del señor Davis atraviesa el silencio como una cuchilla afilada por la impaciencia mientras me estremezco en mi escritorio. Tanque de tiburones, dijo, y eso lo resume todo: "Supongo que habrás preparado los informes que te pedí".

"Por supuesto, Sr. Davis. Mis dedos tantean ligeramente mientras le entrego la pila de papeles, cada uno meticulosamente editado para cumplir con sus estándares imposibles, que parecen cambiar constantemente, si no cada hora, a lo largo de la semana.

Sus ojos recorren los trabajos y me preparo para sus críticas petulantes.

"Aceptable", admite después de lo que parece una eternidad, pero su mirada permanece fría y evaluadora. "Así que pasamos a la siguiente tarea".

"¿Cuál sería?", pregunto mientras dejo el bolígrafo sobre el bloc de notas.

"Pasar mi reunión con la junta directiva al jueves, coordinar el catering para el evento de esta noche y luego escribir un correo electrónico al equipo con los objetivos para este trimestre. Y Elena...", me dice en tono desenfadado pero autoritario, "lo necesito en menos de una hora".

“Entendido”. Asiento con la cabeza, aunque no sé cómo puedo organizar el tiempo a su gusto.

Me retiro a mi mesa fuera de su despacho, respiro hondo y empiezo a teclear con el fervor que nace de la necesidad. El reloj de la pared avanza y cada segundo me recuerda el ritmo implacable que exige Joshua.

"Oye, chica, parece que estás a punto de romper la barrera del sonido", la voz de Tina me saca de mi concentración y su risa es un cambio bienvenido. Nos conocimos durante la semana gracias a mis tareas y, de algún modo, conectamos al instante. Tina es un alma buena del departamento de contabilidad, conoce todo y a todos aquí, lleva mucho tiempo trabajando en esta empresa.

"Siento que debo hacerlo", confieso y agradezco su amabilidad sin complicaciones. "El señor Davis me ha puesto una agenda muy apretada".

"¿No lo hace siempre?". Se apoya en mi escritorio y se echa el pelo largo por encima del hombro. "Pero lo llevas como una campeona. ¿Cómo llevas sus cambios de humor?".

“No me lo tomo como algo personal”. Intento sonreír, pero no lo consigo. "Es que... a veces no sé qué versión de él será la próxima que me atrape. Un minuto es encantador y al siguiente es más frío que una escultura de hielo".

"Oh tía". Tina pone los ojos en blanco. "¿Seguro que estás bien?".

"Más o menos", admito y me paso un mechón suelto por detrás de la oreja. "Es difícil saber lo que quiere cuando las exigencias parecen cambiar constantemente".

"Escucha, Elena, lo estás haciendo muy bien aquí. No dejes que su malhumor te desanime", dice Tina, animándome de nuevo. "No olvides por qué estás aquí: por ti misma, por tu carrera. Y no para complacer a un multimillonario incomprensible".

"Gracias, Tina". Saco fuerzas de sus ánimos. "Intentaré no olvidarlo".

"Bien". Me guiña un ojo. "Y demuéstrole a ese hombre lo insustituible que eres realmente".

Con renovada determinación, vuelvo al teclado y dejo que mis dedos vuelen sobre las teclas. Cumpliré sus expectativas, me juro en silencio. No porque necesite su aprobación, sino porque me niego a ser menos que excelente.

La fotocopidora emite un zumbido monótono que sintetiza lo absurdo de mi situación. He

dejado de contar cuántas veces he rellenado la bandeja de papel. Cada hoja es un testimonio susurrado de la incesante demanda de horas extra de Joshua. El reloj marca las siete pasadas y él sigue bombardeándome con tareas que van de lo mundano a lo desconcertante.

Todavía estoy pensando en las tareas que completé durante la hora del almuerzo, él simplemente se encogió de hombros y me las recibió con un "pase" después me apresuré a la siguiente actividad.

"Elena, ¿dónde está el informe?". Su voz se cuela entre el zumbido de las máquinas de la oficina y es tan aguda como el chasquido de sus zapatos de cuero italiano sobre el suelo de mármol.

"Enseguida, señor Davis", le respondo, y las palabras huelen a rutina. Levanto la gruesa pila de papeles, con los bordes nítidos y amenazadores, como el hombre que los espera.

No levanta la vista cuando entro en su despacho, un reino de acero y cristal que parece reflejar su impenetrable exterior. Mis tacones hacen de contrapunto a mi acelerado corazón mientras coloco los documentos sobre su mesa con más precisión de la necesaria.

"¿Has cotejado las cifras con las previsiones actualizadas?". A estas alturas, ya me tutea después de preguntarme si me parece bien, porque le facilita el trabajo. Pero me ha dicho que le siga llamando de usted por la imagen pública. Si es sólo por eso...

"Por supuesto", le respondo, aunque es una verdad a medias. Me había encomendado la tarea sin contexto y me había dejado sola para orientarme en el laberinto de números en busca de un significado que nunca me explicó.

"Bien". Una llamarada en sus facciones, tan rápida que podría haberla imaginado. "No estás completamente perdida".

"Gracias... supongo", murmuro, sin saber si sentirme ofendida o halagada. Cuando me doy la vuelta para irme, su mano roza la mía, un roce fugaz que me produce un escalofrío y me acelera el pulso. Accidental o no, el roce se me queda grabado como una promesa tácita.

"Elena, una cosa más", añade, su tono se acerca peligrosamente a la calidez. "Cancela mi reserva para cenar con la señora Reynolds. Dile que ha surgido un imprevisto".

"Claro, señor Davis", le digo, pero interiormente pongo los ojos en blanco. No conozco a la tal Sra. Reynolds, pero probablemente sea una de las mujeres que se acuestan con él y de las que procede su fama de vividor.

"Algo personal", me dice, con la mirada clavada en la mía, como si me estuviera espiando por dentro. "Que suene convincente".

"¿Como una emergencia familiar?", sugiero, esperando que no se dé cuenta de mi sarcasmo.

"Exacto". Se echa hacia atrás, con una sonrisa en los labios. "Empiezas a entender".

"Genial". Me fuerzo a reír, pero suena hueco incluso para mis oídos.

De vuelta a mi mesa, llamo a la Sra. Reynolds y le cuento una historia de circunstancias imprevistas con un toque de encanto apologético. Puede que los métodos del Sr. Davis sean cuestionables, pero no puedo negar la emoción que me produce el juego, aunque desprecie las reglas.

"Te has manejado como una profesional, Elena", me elogia cuando termino de hablar, y me sorprende lo sincera que suena su voz.

"Gracias, señor Davis", respondo, intentando ignorar el revoloteo de mi estómago. Es sólo un trabajo, recuerdo. Nada más.

Pero más tarde, mientras recojo mis cosas y me preparo para otro solitario viaje en metro y un final bien merecido, Joshua Davis se detiene junto a mi mesa. "Has vuelto a quedarte hasta tarde. Te lo agradezco".

"Es parte del trabajo", digo encogiéndome de hombros, evitando su intensa mirada.

"Aún así, te debo una". Su voz es profunda y familiar, y por un momento me pregunto cómo sería si no hubiera ningún escritorio entre nosotros, ninguna barrera.

"Quizá un día libre por horas extras", respondo, esperando que mi sonrisa cubra el caos que está provocando en mi interior.

"Pero no seas demasiado exigente, Elena", dice sonriendo.

"Buenas noches, Elena". Me dirijo hacia el ascensor y el tintineo del ascensor libera la tensión que nos rodea como algo tangible.

"Buenas noches, Sr. Davis".

Cuando se cierran las puertas, me apoyo en el frío metal, mi mente es un torbellino de emociones contradictorias. Es imposible, odioso... y sin embargo innegablemente atractivo. Y a pesar de todo, no puedo evitar la sensación de que hay algo más detrás de la fachada del jefe multimillonario, algo que despierta en mí oscuros deseos que en realidad no deberían estar ahí.

El olor de mi café recién molido llena el aire de mi apartamento, salgo a toda prisa, llego al edificio Davis y cojo el ascensor, oigo los tacones de mis zapatos sonando a cada paso en el suelo de mármol. Es un sonido que refleja el ritmo de mi determinación: implacable, rítmico, un metrónomo para mi ambición. Una vez más, estoy aquí antes del amanecer, porque Joshua Davis no se atiene a las limitaciones de un horario de nueve a cinco, y yo tampoco.

"Elena, estás aquí", su voz rompe el silencio de la oficina vacía y me giro hacia él, agarrando mi bloc de notas como un escudo.

"Buenos días, señor Davis". Mantengo la voz calmada, aunque mi corazón no lo está. "¿Qué tenemos hoy en el orden del día?".

Se echa hacia atrás en su silla, la imagen del poder despreocupado, y enumera una lista de tareas que parecen tan complejas como importantes. "Y necesito los informes financieros del último trimestre, que tengo que analizar y resumir. Para ayer".

"Entendido". Mis dedos vuelan sobre las teclas de mi teléfono, estableciendo recordatorios con la eficacia de una máquina bien engrasada.

"Asegúrate de que sean detallados". Su mirada se clava en mí, nítida como las líneas de su traje. "No quiero sorpresas en la reunión del consejo de la semana que viene".

"Por supuesto que no". La promesa sale antes de que pueda cambiar de opinión; las palabras son un testimonio de mi diligencia, una virtud que ha sido a la vez mi fortuna y mi maldición.

Horas después, mientras el sol proyecta largas sombras sobre el suelo, sigo trabajando. Los números y las cifras bailan ante mis ojos, burlándose de mí con su complejidad. Pero siempre se me han dado bien los rompecabezas y éste no es más que otro reto que superar.

"¿Todavía aquí?". La voz del señor Davis rompe el silencio y alzo la vista para verlo asomarse sobre mi mesa. Se ha quitado la chaqueta y se ha remangado la camisa blanca para mostrar sus musculosos antebrazos, en los que se ven unos tatuajes: Un marcado contraste con el culto hombre de negocios que siente como una segunda piel.

"Alguien tiene que dar sentido a estos números". Le dedico una sonrisa cansada e intento ignorar el escalofrío que me recorre la espalda ante su cercanía.

"A ver". Coge los papeles y nuestros dedos se rozan fugazmente. Me recorre una descarga eléctrica, pero me retiro rápidamente y finjo estar absorta en la tarea que tengo entre manos.

"Parece que lo tienes todo cubierto", murmura al cabo de un momento, mientras recorre las páginas con la mirada.

"Gracias, Sr. Davis". Mi respuesta es cortante, un mecanismo de defensa contra el calor que me recorre el pecho.

"Joshua". La corrección viene acompañada de una media sonrisa que no le llega a los ojos, pero que apela a algo en mis entrañas. ¿Ha decidido que no importa si yo también le llamo por su nombre? ¿Me he ganado de algún modo su respeto y he demostrado ser digna de él?

"Joshua será". El nombre me resulta extraño en la lengua, íntimo de una forma que hace saltar las alarmas en mi cabeza. Ve al grano, Elena. Mantén la cabeza baja.

"Bien. Entonces, sobre mañana...". Se interrumpe y se lleva el dedo a los labios, un gesto que me indica que ha cambiado de planes y se ha desviado del itinerario cuidadosamente elaborado de su viaje de negocios en el que he estado trabajando.

"Lo que necesites", le digo, y lo digo en serio. Eso es lo que hago: adaptarme, ajustarme, acomodarme. Así es como me mantengo indispensable, así es como me mantengo cerca del enigmático Joshua Davis.

"Cancela mi cita de las tres. Y pospon mi almuerzo con los Henderson hasta las dos". Sus palabras son tajantes, una orden que no admite discusión.

"Hecho". Respondo automáticamente, con naturalidad. Garabateo una nota, la tinta negra sobre la página clara.

"A veces me pregunto cómo lo hice antes sin tí", dice, más para sí mismo que para mí. Oigo un atisbo de vulnerabilidad en su voz antes de que vuelva a moldear sus rasgos en la conocida máscara de indiferencia.

"Yo también", bromeo, pero la broma cae en el cargado aire que nos separa.

"Está bien, Elena". Se endereza y vuelve a meterse en el papel de multimillonario intocable. "Nos vemos mañana temprano".

"Hasta mañana". Me obligo a sonreír, pero mientras se aleja, me quedo pensando en el enigma enloquecedor que es Joshua Davis, el hombre que lo pide todo y no regala nada, que me hace vacilar entre la frustración y la fascinación.

Mis dedos se detienen en el teclado de mi teléfono, tecleando recordatorios para otro día en el ojo de la tormenta. No me importa la perspectiva de las horas extras; es la imprevisibilidad del

hombre para el que trabajo lo que me inquieta, preguntándome qué tarea inesperada, o turbulencia, me deparará el día de mañana.

Mientras recojo mis cosas, avanzada la noche, cierro la puerta de la oficina tras de mí, me apoyo en la fría madera y me permito un momento para respirar. ¿Por qué tiene que ser tan increíblemente complicado? ¿Y por qué me importa tanto? ¿Por qué pienso cada vez más en él y por qué siempre quiero complacerle?

Ya no tengo vida privada, me despierto por la noche con el corazón acelerado y sueño con que me alabe. ¿Puede ser eso sano?

El corazón me late con fuerza en la garganta cuando pienso en su tatuaje. Aprieto una mano contra mi corazón acelerado para que se calme. Sólo es un trabajo, me recuerdo. Es sólo un jefe, un jefe exigente e impredecible que sabe exactamente cómo meterse en mi piel. Pero mientras me alejo, el eco de su voz en mi cabeza y el recuerdo de su mirada encienden una batalla silenciosa en mi interior, en la que el deseo y el deber libran una feroz batalla y amenazan con engullirme.

¿En qué me he metido?



Capítulo 2



JOSHUA



Cuando salgo del ascensor privado que me lleva a la última planta, el aire cambia, lleno de expectación, como la calma que precede a la tormenta. El lugar es un reino de cristal y acero, muy por encima de la ciudad, donde reino sin oposición. Mi ayudante Elena levanta la vista de su escritorio, con ojos brillantes y concentrados. Ya está aquí. Claro que ha llegado. Desde que llegó tarde el primer día, sabe que agradezco que llegue antes que yo. Y hasta el día de hoy siempre lo ha cumplido.

"Buenos días, Joshua", me saluda, su voz resuena con la calidez profesional que tan bien se le da.

"Buenos días, Elena. Vamos al grano". Doy una zancada por el suelo pulido y el chasquido de mis zapatos de cuero italiano resuena en el mármol. "Necesito que reprogrames mi reunión con Henderson Group, redactes una propuesta para la adquisición que discutimos ayer y revises los contratos de la oficina de Dubai antes del almuerzo".

"Por supuesto", responde sin vacilar, toma notas en su libreta y me sigue a través de la puerta de roble hasta mi despacho sin que tenga que pedírselo. Su eficiencia es como la de una máquina bien engrasada, y no puedo dejar de admirarla por ello, incluso cuando la presiono aún más para poner a prueba sus límites.

"Añade también un resumen de los informes financieros trimestrales. Y quiero una actualización de los preparativos de la gala benéfica para las dos". La observo atentamente, esperando un signo de debilidad, pero no lo hay.

"Lo haré. ¿Algo más?", pregunta Elena, preparada para la siguiente andanada de mi boca.

"Asegúrate de que esta vez mi café esté bien caliente", le digo, dedicándole una media sonrisa y señalando la taza humeante sobre mi escritorio.

"Por supuesto, Joshua. Como a ti te gusta". Ella me devuelve la sonrisa y por un instante nuestras

miradas se cruzan, un reconocimiento silencioso del juego que estamos jugando.

Cuando se pone manos a la obra, me doy la vuelta para ocultar el resplandor de algo peligroso en mi interior. Estoy caminando sobre una fina línea y cada día ella pone a prueba mi equilibrio.

Mi reflejo me saluda desde el cristal de la ventana mientras contemplo el horizonte. Dicen que soy un hombre que lo tiene todo: una mandíbula afilada, un pelo oscuro que siempre me queda perfecto, un cuerpo perfeccionado por entrenadores a los que pago por torturarme hasta convertirme en un dios griego. Mis trajes están perfectamente confeccionados para resaltar mis anchos hombros, las líneas de un cuerpo que mantengo no sólo por mi aspecto, sino por pura disciplina. Todo en mí grita control, desde los gemelos que llevo en las muñecas hasta la imponente presencia que ejerzo sin siquiera intentarlo.

Pero mientras estoy aquí, dueño de todo lo que controlo, sé que hay un pensamiento que me corroe: Elena.

Porque a pesar del poder, el respeto y el miedo que irradio, es ella, esta mujer de curvas bien proporcionadas ocultas bajo su atuendo profesional y el brillo decidido de sus ojos color avellana, quien amenaza con desequilibrarme.

"¿Joshua? ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?". La voz de Elena rompe mi ensoñación, me aparta de la ventana y alzo la vista hacia su voz, hacia su cara bonita y el comienzo de un escote que me está volviendo loco de remate.

"Nada por el momento. Mantenme informado", le digo con voz tranquila a pesar de la agitación que bulle bajo la superficie.

"Por supuesto", responde, aparentemente absorta en sus tareas.

Y mientras la puerta de mi despacho se cierra con un suave clic, encerrándome en mi fortaleza de cristal, no puedo evitar la sensación de que debería darle más trabajo.

Otra vez el tintineo de sus tacones sobre el suelo de mármol. Una especie de reloj para mis pensamientos acelerados. Elena vuelve a sentarse en su escritorio, eficiente y concentrada. La observo a través de la estrecha pared de cristal de mi despacho, junto a la puerta de roble que instalé la semana pasada y mi mirada se detiene demasiado tiempo en la curva de su cintura, donde la blusa se ajusta perfectamente a la falda lápiz.

"¿Más café, Joshua?", pregunta a través de la puerta abierta, su voz rompe mi concentración.

"Solo", respondo, más bruscamente de lo que pretendía. "Sin azúcar".

"Lo sé". Se da la vuelta y en ese momento me entran ganas de apretarla contra la fría superficie de mi escritorio. Sería tan fácil ceder y dejar que mis manos recorrieran la ternura que se esconde bajo la fachada almidonada de su exterior profesional.

Tenso los dedos y siento un hormigueo de contención. Me viene a la mente el recuerdo de mi última ayudante, Sandra, como una señal de alarma. Los ojos de Sandra contenían promesas que yo pretendía cumplir. Pero cuando la agarré, cumpliendo simplemente su silenciosa petición, no me encontré con la pasión, sino con el horror. Las consecuencias fueron caóticas: jugosos titulares y dinero por silencio. Fue un error que casi me cuesta todo. Hoy ya no confío en nadie, y menos en mis instintos primarios, que parecen llevarme por mal camino.

"Aquí tienes el café", dice Elena, colocando la taza humeante sobre mi escritorio con una pequeña sonrisa que no le llega a los ojos.

"Gracias". Mi respuesta es cortante, un intento de construir muros con palabras. Tomo un sorbo y dejo que la amargura me invada.

Ella asiente, poco impresionada, dándose la vuelta para que pueda contemplar su bonito trasero antes de sentarse sobre él y volver a su trabajo.

Mi mente dibuja vívidas imágenes de Elena con las piernas abiertas sobre la madera de caoba de mi escritorio, frente a mí, con la piel enrojecida por el deseo. Me digo a mí mismo que ella lo desea tanto como yo. Pero no puedo cometer el mismo error dos veces; mi reputación no puede permitirse otro escándalo.

"Joshua, sobre la cuenta de Henderson...". Elena empieza, pero apenas puedo oírla.

"Ocupate de ello", la interrumpo. Mi mirada se clava en su nuca mientras se inclina ligeramente para revisar los papeles. Estoy acostumbrado a coger lo que quiero, sin importarme las consecuencias. Pero no esto. A ella no. ¿O sí?

"¿Estás seguro? Quizá necesite tu...". Su voz se interrumpe cuando me levanto de la silla, un movimiento repentino que la hace estremecer.

"¿Hay algún problema, Elena? Pues resuélvelo".

"No, ningún problema", responde rápidamente, su profesionalidad contrasta con el caos que inconscientemente desencadena en mí.

"Bien". Pongo en mis facciones una máscara de indiferencia. "Que siga así".

Vuelvo a sentarme y finjo estar absorto en el papeleo que tengo sobre la mesa. Pero en mi mente sigo teniendo sexo con mi ayudante: recorro los contornos del cuerpo de Elena y miro el peso de sus pechos en mis manos. Sacudo la cabeza e intento desterrar los pensamientos indeseados.

"¿Estás bien por lo demás?", pregunto, esperando que mi voz exprese la distancia que intento mantener.

"Sí, estoy bien", responde Elena, sin volverse para mirar, pero poniéndose a trabajar y dejándome solo con la batalla en mi cabeza.

"Bien", vuelvo a decir, más para mí que para ella. Me lanzo de nuevo al trabajo, utilizando los números y los contratos como salvavidas para salir del abismo del deseo. Pero incluso cuando me sumerjo en lo conocido, mi cuerpo me traiciona, endureciéndose con solo pensar en ella. Está claro: tengo que alejarla, aumentar las exigencias hasta que se rompa, hasta que no sea más que un nombre en una carta de renuncia. No puedo rechazarla yo mismo. Lo he hecho demasiadas veces y no quiero pagar los finiquitos que luego piden los jueces. Por eso me parece que *sobrecargarla* de trabajo es el mejor método y espero que Elena no se ofenda. Es sólo por su bien.

"Dime las citas de la tarde", ordeno, porque necesito desesperadamente un descanso de su presencia. "Necesito concentrarme".

"Considéralo hecho", dice, y no puedo decir si el indicio de alivio en su voz es genuino o sólo producto de su imaginación.

"Gracias", murmuro, viéndola volver a sus tareas; su competencia no hace más que avivar el fuego que claramente no sabe que está provocando. Este es un juego de fuerza de voluntad que pretendo ganar. Nunca pierdo el control. Excepto, al parecer, cuando se trata de ella.

Un nuevo día.

Cuando se abren las puertas del ascensor, entro en mi despacho con paso decidido y sin mirar a mi asistente, que anoche se convirtió en mi plantilla de pajas antes de irme a la cama. ¿Quién lo hubiera dicho? Normalmente llamo a una mujer de mi guía telefónica y cojo lo que quiero. Pero en este caso fue diferente.

"Elena", empiezo con voz firme y autoritaria, "supongo que estás preparada para un día ajetreado".

"Siempre", responde ella sin perder el ritmo, mirándome con esos ojos profundos que amenazan

con disuadirme de mi plan.

"Bien". Le entrego una memoria USB. "Esto hay que organizarlo por cliente, proyecto y fecha. Y luego hay que cruzarlo con las finanzas. Lo quiero directamente en mi mesa más tarde".

Arruga un poco las cejas, pero asiente. "Me pondré manos a la obra".

"Además", añadido, observándola atentamente, "la cuenta de Henderson necesita una revisión completa. Esta noche. ¿Te quedas hasta tarde?".

"Por supuesto, Joshua, lo que haga falta". Su respuesta es inmediata e irritantemente profesional.

"Asegúrate de que todo esté perfecto, Elena. Sin excusas", le digo, tendiéndole el guante. Tiene que ceder, es demasiado para una sola persona. No puedo seguir pensando en mi ayudante. No puedo seguir así.

"Lo tengo", dice, ya clasificando los datos con dedos ágiles.

Me retiro a mi fortaleza de cristal, mi despacho con vistas a la ciudad, y la observo. Está frenética, su pericia es como un faro que no se apaga. Maldita sea, es buena. Demasiado buena.

Pasan las horas y, cuando cae la noche sobre la ciudad, veo que sigue trabajando sin perder la concentración. Es como si estuviera hecha para ello y se sintiera bien bajo presión. Me quedo boquiabierto al darme cuenta de que no sólo mantiene el ritmo, sino que lo supera.

Echo un vistazo a Elena, su silueta enmarcada por el suave resplandor de la lámpara de su escritorio, y se me hace un nudo en la garganta. Cada informe perfecto que entrega es un testimonio de su habilidad y un golpe a mi determinación.

"Maldita sea, Elena", susurro en voz baja, reconociendo su victoria en la batalla silenciosa de hoy. Es inquebrantable y eso sólo hace que la desee más. La desesperación me corroe, el impulso de marchar hacia ella y reclamarla es casi insoportable.

Pero no lo hago. En lugar de eso, cojo el teléfono y creo otra tarea imposible. "Elena, necesito que prepares la reunión para la fusión de la semana que viene. Espero que trabajes todo el fin de semana".

"Entendido", responde ella, con voz firme y segura, sin un atisbo de derrota.

"Bien", le digo, terminamos la llamada y me doy cuenta del juego masoquista que estoy jugando. Estoy poniendo a prueba sus límites, pero en realidad es mi propio dominio el que se está

rompiendo poco a poco. Ella se supera constantemente y yo me porto como un gran gilipollas con ella.

Después de la última reunión del día siguiente, entro en mi despacho con una tormenta de frustración a flor de piel. Las puertas de roble se cierran con más fuerza de la necesaria, delatando mi agitación. Elena no se inmuta; ya está acostumbrada a mi mal humor.

"Cancela mis citas para el resto del día", ladro sin preámbulos, pasándome una mano por el pelo.

"Ahora mismo, Joshua", responde con voz uniforme y tranquila. Su calma me pone de los nervios. ¿Cómo se las arregla para estar tan tranquila?

"Asegúrate de enviar los archivos del proyecto a...". La veo agacharse un poco para sacar un documento de la impresora. Aprieto la mandíbula al verla. Por eso necesito mantenerla a distancia.

"¿Joshua?". Su tono interrogativo me saca de mi inoportuna ensoñación.

"Sí, a Henderson. Y comprueba los números antes de enviarlo". Me doy la vuelta, esperando que no se dé cuenta de lo caliente que me estoy poniendo.

"Por supuesto". Los papeles se barajan y las teclas repiquetea suavemente mientras ella completa la tarea con eficacia.

En contra de mi buen juicio, mis ojos vuelven a posarse en ella. Lleva una falda estrecha que se ciñe a su figura en todos los lugares adecuados. Me imagino lo que lleva debajo y la imagen me produce un escalofrío involuntario. Maldita sea, concéntrate.

"¿Hay algo más en lo que pueda ayudarte?", pregunta Elena con un tono que implica que sabe que no estoy en mis cabales.

"Sí, la verdad es que sí". Me acerco a grandes zancadas y coloco una pila de documentos sobre su escritorio. Nuestras manos se tocan y siento una chispa, una corriente eléctrica que amenaza con quemar los muros que he levantado con tanto esfuerzo. "Esto tiene que estar organizado para mañana por la mañana".

"¿Mañana?". Sus cejas se arquean con sorpresa, pero no con enfado. "Me pondré a trabajar".

"Bien", digo secamente y me retiro a la seguridad de mi escritorio. Me pesa el pecho y tengo un

persistente sentimiento de culpa por cargarla de tanto trabajo. Pero es necesario. Hay que hacerlo.

"Joshua", empieza, tuteándome como nadie se atreve a hacerlo. Es un movimiento audaz que provoca algo en mí. "¿Va todo bien?".

"Sí", respondo, arrepintiéndome inmediatamente de mi tono. Su expresión se ensombrece un poco y odio ser el causante. "Sólo asegúrate de que esté hecho, Elena".

"Entendido". Ella asiente y vuelve a su trabajo, desconectada por un momento.

La observo y se me hace un nudo en la garganta mientras se concentra en las tareas que tiene entre manos. Su determinación, su perseverancia... me enfurece lo mucho que me afectan.

"Gracias, Elena", suelto, sorprendiéndonos a los dos. Es una concesión poco frecuente, y ella levanta la cabeza y me mira a los ojos.

"De nada, Joshua". Su sonrisa es pequeña y genuina, me golpea como un puñetazo.

"Buenas noches", añado secamente, antes de hacer algo estúpido, como decirle lo mucho que está empezando a significar para mí.

"Buenas noches", repite, y su silueta queda grabada en mi memoria mientras sale del despacho.

Me desplomo en la silla, sintiéndome como el cabrón que soy. La alejo de mí porque no puedo confiar en mí mismo, pero cada puñalada, cada orden, sólo me acerca más al fuego. Es un juego peligroso que perderé si ella no abandona pronto. Pensarlo me asusta y me excita al mismo tiempo.

La puerta de mi despacho se abre y ahí está Samantha, vistiendo de rojo, entrando a grandes zancadas como si fuera la dueña del lugar. Su risa resuena en el aire, alegre y segura, mientras se echa el pelo dorado por encima de un hombro desnudo.

"Joshua, cariño", me susurra, dándome un beso en la mejilla más posesivo que cariñoso. "Ha pasado demasiado tiempo".

"Sam", confirmo con un gesto de cabeza, mostrándome tranquilo. Pero por dentro estoy calculando lo que parece: un multimillonario playboy envuelto en otra aventura con una mujer. Puedo sentir los ojos de mis colegas siguiendo a esta mujer de vuelta a la oficina, susurrando si

el jefe ha vuelto con su última conquista. Pero yo no. Ni siquiera sé por qué irrumpe así. ¿No fui lo suficientemente claro entonces?

"¿Me has echado de menos?". Me pasa un dedo manicurado por el brazo, que inmediatamente le aparto.

"Por supuesto", miento en voz baja y mi mirada se desvía hacia la puerta, donde está Elena, con el rostro ilegible. ¿Se creará esta farsa?.

"Vamos a comer, ¿vale?". Samantha ronronea, ajena a la tensión que está provocando.

"Claro, Sam". Me separo suavemente de ella, con una sonrisa cortés en la cara. "Le diré a Elena que te apunte en la agenda".

"Ah, ¿la nueva asistente?". Samantha echa un vistazo a Elena y la evalúa con una sonrisa. "Buena suerte con ella, Josh".

"Gracias, Samantha. Te acompaño a la puerta".

"Adiós, Joshua". Me guiña un ojo por encima del hombro, dejando un rastro de perfume y especulación a su paso.

"¿Hay algún día favorito para comer con la Sra. Wellington?", pregunta Elena cuando volvemos a estar solos. Su voz es tranquila a pesar del ambiente cargado.

"Cancélalo", ordeno, sintiendo que la opresión de mi pecho se afloja un poco cuando Samantha desaparece de mi vista. "No es importante".

"Entendido", responde Elena, dejando que sus dedos vuelen sobre el teclado. Tan eficiente como siempre.

"En realidad", empiezo, notando cómo se le pega la blusa al cuerpo cuando se inclina hacia delante, "hay algo más".

"¿Sí?". Se da la vuelta, sus ojos castaños se clavan en los míos y siento la familiar sacudida del deseo.

"Un nuevo proyecto. De alta prioridad. Quiero que investigues a nuestros competidores. Un informe completo para el lunes". Las palabras se me escapan, con más fuerza de la que pretendía. Es una exigencia ridícula, es viernes por la tarde. Pero necesito espacio, distancia, lo que sea para calmar la excitación que se aprieta en mis pantalones al verla.

"Joshua, esto es...". Hace una pausa, su profesionalidad se mezcla con incredulidad. "Lo comprendo. Empezaré ya mismo".

"Bien". Mi voz es quebradiza y tensa. Me retiro a mi escritorio y finjo estar absorto en la pantalla que tengo delante, pero soy dolorosamente consciente de todos sus movimientos. Cada chasquido de sus tacones en el suelo de madera es como un canto de sirena.

"¿Necesitas algo más?". La voz de Elena rompe mi ensueño y lucho por no dejar que mi mirada se detenga en sus curvas.

"No", digo mientras aprieto las manos bajo el escritorio para ocultar el temblor. "Eso es todo".

"Muy bien. Que tengas un buen fin de semana, Joshua".

"Te deseo lo mismo, Elena".

En cuanto se va, suelto un suspiro que ni siquiera sabía que había estado conteniendo. Me recuesto y cierro los ojos. Las imágenes de Elena, su olor y su suave piel inundan mi mente. Mi cuerpo reacciona de inmediato y maldigo para mis adentros. Esto se está descontrolando. Tengo que deshacerme de ella antes de que arruine todo lo que he construido a mi alrededor.

¿O debería...? ¡No! Ni hablar.



Capítulo 3



ELENA



El peso del mundo, o al menos el peso del cambiante mundo de Joshua Davis, cae sobre mis hombros. Ha sido otro día de prisas de una tarea impredecible a la siguiente, un aluvión de recados urgentes que me han llevado por toda la ciudad, sólo para terminar con una reserva de última hora en un restaurante exclusivo que fue realizada hace meses. Y de alguna manera lo consigo y a veces ni siquiera sé cómo lo consigo todo.

Cada vez me parece más agotador hacerle justicia. Pero lo peor son sus cambios de humor. Es como navegar por un campo de minas con los ojos vendados. Un minuto es encantador y sonriente, haciendo que me tiemblen las rodillas, y al siguiente está helado y sus expectativas son más grandes que el rascacielos en el que estamos sentados.

"Chica, parece que acabas de correr una maratón con tacones", me dice Tina con voz preocupada cuando vuelvo a mi mesa, donde me ha estado esperando porque, como de costumbre, se deja caer antes de comer y quiere llevarme a dar un paseo, pero, como siempre, no puedo, tengo demasiadas cosas que hacer.

Me desplomo en mi silla de oficina y mi cuerpo se hunde en sí mismo como si fuera de plomo. "Eso es lo que parece", admito, pasándome una mano por el pelo, "Joshua está muy exigente últimamente".

"Joshua... ¿Te he dicho que eres la primera asistente a la que permite llamarlo así? Puedes estar orgullosa de ello", empieza.

"Díselo a mis pies", le explico.

"¿Tan malo es? Sólo quería darte ánimos. Cuéntame", responde ella, con los ojos muy abiertos por la frustración compartida.

"Hoy", continúo, contando con los dedos, "me ha mandado a buscar un traje a la ciudad, luego a

la joyería a por un reloj al que se le olvidó dar cuerda, seguido de una repentina necesidad de chocolates importados que, al parecer, sólo se venden en una tienda en toda la ciudad".

"Parece una búsqueda del tesoro infernal", dice Tina, riendo con simpatía.

"Exacto", suspiro y me reclino hacia atrás. "Y no son sólo las tareas, es... todo". Vacilo al darme cuenta de lo cerca que estoy de revelar los otros pensamientos, los que se forman por el contacto aleatorio de nuestras manos y otras partes del cuerpo que envían mis pensamientos a lugares a los que no deberían ir. La forma en que su mirada se detiene demasiado en mí o en mi escote, reflejando un deseo sordo y un calor que no tienen cabida en una oficina. Sacudo la cabeza como si pudiera desterrar las imágenes. "Digamos que no he dormido bien. En general, ya no duermo bien".

"¿Por su culpa?". Las cejas de Tina se alzan y me doy cuenta de que está captando algo no dicho.

"En parte", admito y lo dejo estar.

Antes de que pueda continuar, la voz de Joshua corta el aire, afilada como el filo de un cuchillo. "Elena, necesito los archivos del proyecto Henderson en una hora. Y cambia mi cita para mañana a las tres. Déjales claro que esto no es negociable".

"Enseguida, Joshua", respondo automáticamente, poniéndome en pie con determinación.

"Bien. No me decepciones", dice, dándose la vuelta antes de que pueda añadir nada. ¿Debería alegrarme, porque al menos me habla? Ha ignorado por completo a Tina y ha hecho como si no existiera.

"Vaya", murmura Tina en cuanto se aleja de mí, "hoy está realmente cautivador".

"Todos los días está así", la corrijo, sintiendo las dudas incipientes que siempre surgen en cuanto alejo los pensamientos sobre la piel desnuda. "No sé, Tina, quizá este trabajo no sea para mí. Quizá no estoy hecha para ello".

"Oye, no digas eso", me dice, apretándome el brazo. "Eres muy buena en tu trabajo. Estaría perdido sin ti. Nadie lo ha hecho tan bien como tú, se oye aquí por todas partes".

"Puede ser", murmuro, pero la duda es una sombra persistente que se instala en mi mente. Miro fijamente a través de la pared de cristal a mi jefe, Joshua Davis, multimillonario y provocador involuntario de mis deseos más inoportunos. Me pregunto cuánto tiempo más podré seguir jugando a este juego.

"Vale, pero antes de que renuncies demasiado pronto", dice Tina en voz baja para que Joshua no

pueda oírle a través de la puerta entreabierta. Se inclina hacia mí como si me estuviera contando un secreto por encima del borde de la fiambarrera que se ha traído. "¿Has pensado en el viaje a Las Vegas? ¿El viaje de empresa?".

Parpadeo y los engranajes de mi cabeza se detienen. "¿Las Vegas?", pregunto, sintiendo una llamarada de curiosidad en medio del agotamiento. "No. ¿Qué es eso?".

"Vamos, Elena. Es lo mejor del año para la empresa. ¿No sabes nada?". El entusiasmo de Tina es contagioso, pero me siento demasiado agotada para asimilarlo del todo. "El coste del viaje está cubierto, ¿recuerdas? Joshua gasta mucho dinero en personal todos los años".

"¿En serio? ¿Cómo es que no lo sé?".

"¿Tal vez porque casi nunca estás en la cocina del café? Y cuando lo haces, siempre tienes tanta prisa que aún no has visto el cartel que hay allí, ¿verdad?".

"Tal vez", respondo. Pero... . Mi respuesta es más plana de lo que pretendía. Creo que ya he visto el cartel, pero con todo el caos que Joshua sigue sembrando en mi rutina diaria, probablemente me haya olvidado de él".

"Escucha", continúa Tina, agitando despectivamente la mano en el aire mientras habla. "Faltan cuatro semanas. Cuatro semanas en las que tendrás que aguantar sus caprichos y exigencias, ¡y luego podrás divertirme de verdad! A su costa".

"Cuatro semanas", respondo en voz baja, las palabras me saben en la lengua como una mezcla de desafío y desesperación. Tal y como han ido las cosas hasta este momento, me parece toda una vida.

"Exacto", dice Tina, asintiendo con la cabeza como si enfatizara cada sílaba. "Y no es sólo un viaje, ¡es Las Vegas, nena! Luces, espectáculos, tal vez un poco de coqueteo inofensivo con apuestos desconocidos en las mesas de blackjack. ¿Quién sabe?".

No puedo evitar levantar la ceja con escepticismo. "El flirteo inofensivo no es exactamente mi estilo, y menos con desconocidos, no tengo tiempo para eso".

"Vale, nada de ligar. ¿Pero qué pasa con el resto de ventajas? Cenas elegantes, las mejores suites y...". Se inclina más y baja la voz hasta un susurro casi conspirativo: "... Joshua lo paga todo. Los vuelos, el hotel, la comida, las bebidas, ¡hasta las fichas para el casino!".

"Espera, ¿él hace qué?". Esta parte me sorprende y despierta algo parecido al interés... pero tal vez sea sólo una chispa de mi espontaneidad reprimida.

"Sí, ya me has oído". Tina sonríe triunfante. "Todo a costa de Joshua. ¿Por qué no te quedas hasta entonces? Considéralo tu merecida recompensa".

Me muerdo el interior de la mejilla y pienso. Cuatro semanas más de tareas impredecibles y cambios de humor de Joshua. Cuatro semanas más de lucha contra los pensamientos inapropiados que se cuelan en mi cabeza en los momentos más inoportunos. Pero entonces... Las Vegas. Una oportunidad para escapar, tomar aliento, desahogarme sin preocuparme por el siguiente aluvión de exigencias. Podría dejarlo después y pasar un buen rato allí a su costa. Una especie de compensación.

"Muy bien, entonces. Convencida. Intentaré aguantar", suspiro, sintiendo que la resignación y una extraña excitación se mezclan en mi interior.

Tina aplaude y sonríe. "¡Esa es la actitud correcta! Y quién sabe, quizá el señor Alto, Oscuro y Exigente se relaje cuando esté ahí fuera. Eso podría hacer que tratar con él fuera un poco más fácil".

"O infinitamente más complicado", replico, pero no puedo negar la chispa de esperanza que se cuele en mi corazón ante la idea de conocer una faceta diferente de Joshua, una en la que no tenga que estar pendiente de él en todo momento.

"Lo complicado puede ser divertido", me guiña un ojo Tina y se levanta de mi mesa, donde ha estado sentada con su fiambarrera. "Espera y verás, Elena. Las Vegas podría ser el punto de inflexión que todos necesitamos".

¿El punto de inflexión? Mientras se aleja, me rindo a la fantasía por un momento: las luces de Las Vegas, la emoción del juego y la libertad del anonimato. Quizá Tina tenga razón. Puede que este viaje lo cambie todo. Y tal vez, sólo tal vez, encuentre la manera de dejar mis pensamientos y mis manos donde pertenecen. Lejos de Joshua Davis.

Con una semana dura a mis espaldas, la promesa de colores de neón del próximo viaje a Las Vegas parpadea en mi mente, un faro de calma en el caótico mar en que se ha convertido mi vida cotidiana. Me agarro al borde del escritorio y me dejo llevar por la expectación y la emoción, burbujeantes como el champán, efervescentes y embriagadoras. Faltan tres semanas. Puedo hacerlo. Tengo que hacerlo. Aunque esta semana ha consistido en un mar de interminables tareas nuevas y cada vez más difíciles.

"Eh, ¿preparada para esa copa?". La voz de Tina irrumpe en mi ensueño, sus ojos brillan de entusiasmo compartido.

"Más que lista", respondo, cogiendo mi bolso del escritorio con renovado vigor, feliz de tener

algo de vida social hoy. Una verdadera rareza en mi jornada laboral. Agradezco aún más que Tina nunca se canse de preguntarme si podemos ir a tomar algo después del trabajo.

"La primera ronda la pago yo", me explica Tina mientras salimos al aire fresco de la noche y el pulso de la ciudad se mezcla con el nuestro.

"Trato hecho", le digo, sonriendo a pesar del cansancio que siento en los huesos.

Nos encontramos en su pub favorito, un bar en penumbra con el ambiente justo para hacernos olvidar el largo día. El tintineo de las copas y el murmullo de las conversaciones nos envuelven como una manta reconfortante.

"Vale, escúpelo. ¿Qué es lo primero que vas a hacer cuando lleguemos al *Strip*?", pregunta Tina, sentándose en la mesa frente a mí.

Tomo un sorbo del margarita helado que me dio de la bandeja del camarero, dejando que despierte mis sentidos. "¿Sinceramente? Estoy pensando en cócteles caros y lujosos seguidos de apuestas temerarias".

"Así que eres de las que beben y apuestan, ¿eh?". Tina levanta una ceja y sus ojos brillan con diversión. "¿Qué pasó con la 'cuidadosa planificadora Elena'?".

"Ella también está de vacaciones... en Las Vegas", bromeo, con más verdad que broma en mis palabras. "Quiero sentirme viva. Sin ataduras. Hace tanto tiempo que no hago nada sólo por diversión o por mí misma".

"Joshua te tiene en un aprieto, ¿verdad?". Hay un dejo de preocupación en la voz de Tina, que se entremezcla con las bromas.

"Como un reloj a punto de dar la medianoche", confieso, retorciendo la pajita de mi bebida. "Pero no por mucho tiempo. Las Vegas es mi línea en la arena. Y después de eso...". Me interrumpo, porque no sé qué viene después, pero estoy segura de que tendré que averiguarlo.

"Bien por ti". Tina levanta su copa en señal de saludo. "Por el viaje y las apuestas que paga el jefe".

"Por lo que está en juego", respondo, chocando mi vaso contra el suyo con determinación.

"Hablando de apuestas", Tina se inclina hacia delante con expresión conspiradora, "¿hay alguna posibilidad de que tires los dados con algo o alguien más mientras estemos allí?".

La nuca se me calienta y vuelvo la mirada hacia la condensación de mi vaso. "No sé a qué te refieres".

"Vamos, Elena. Joshua no está ciego, y tú tampoco. La forma en que vosotros dos siempre..."

"Basta", la interrumpí, un poco más bruscamente de lo que pretendía. "No va a pasar nada. Es sólo un viaje".

"Está bien, está bien", cede Tina, levantando las manos como si se rindiera. "Sólo digo que este tipo de cosas ya han pasado antes en Las Vegas. Y lo que pasa en Las Vegas..."

"Se queda en Las Vegas", termino por ella, pero el revoloteo de mi estómago traiciona la despreocupación que intento transmitir.

Pasamos la siguiente hora perdidas en planes e hipótesis, un escenario más elaborado centrado en conseguir el máximo dinero posible que no nos pertenece, sino a mi guapo y poco escrupuloso jefe que está machacando mi cabeza.

Es una velada relajada y amistosa que pronto me hace olvidar el agotador trabajo. Y mientras me río, me río de verdad, por primera vez en semanas, me aferro a la esperanza de que Las Vegas sea el punto de inflexión, el momento en que recupere una parte de mí misma que estaba enterrada bajo agendas y hojas de cálculo.

"Las Vegas, nena", brindo con Tina, que me sonríe amablemente.

Sólo han pasado dos días desde la velada con Tina y ya estoy pensando en dejarlo todo. No es sólo la carga de trabajo lo que me agobia, la mirada de Joshua también se ha vuelto más pesada, cargada de algo que no acabo de descifrar.

"Elena, a mi despacho", su voz corta como una cuchilla el zumbido de la estación de trabajo. Me pongo inmediatamente en pie, con los papeles en la mano que probablemente él quiere. Y preparada para el nuevo reto que ha conjurado desde el éter.

"¿Esto es lo que pediste?", le digo, colocando cuidadosamente los papeles sobre su escritorio.

"Casi", responde Joshua y se echa hacia atrás en la silla, examinando algo más que las cifras que le he presentado. Algo parpadea en su mirada férrea, algo parecido al calor, y me doy cuenta de que estoy respirando involuntariamente.

"Buen trabajo", dice en voz baja, y nuestras manos se tocan cuando coge una pila de documentos que estoy volviendo a ajustar. Es como una oleada de electricidad que envía imágenes a mi cabeza: nosotros dos, menos profesionales, más primitivos. Retrocedo demasiado deprisa, pierdo el equilibrio y casi me caigo de bruces sobre el escritorio.

"Cuidado", murmura, y por un instante sus labios están tan cerca de los míos que casi puedo saborear la menta de su aliento. El mundo gira sobre su eje, pero entonces vuelve a inclinarse hacia atrás, con total naturalidad. "Tendremos que volver a hablar de esto mañana".

"Claro", digo, apenas más que un susurro, y me refugio tras la seguridad de mi escritorio. Pero la seguridad es relativa cuando tus pensamientos te traicionan a cada paso.

Otro día duro se desvanece en la noche, termino de trabajar demasiado tarde otra vez. Cuando por fin llego a casa, atravieso cansada la puerta principal, con los hombros pesados por el peso de las hojas de cálculo y las palabras no dichas de aquel momento que él estuvo tan cerca de mí. La ducha me llama, como un canto de sirena que promete lavar la suciedad de un agotador día de trabajo y cedo sin oponer resistencia.

El vapor me envuelve como un capullo brumoso y dejo que el agua caliente recorra mis músculos cansados. No debería pensar en él, ni en este momento ni nunca, pero mi mente vuelve al beso que estuvo a punto de darme, a las líneas irregulares de su mandíbula que hubiera recorrido con la punta de mis dedos. Me regaño a mí misma y cierro el grifo con un giro decidido.

Estoy envuelta en una toalla, con los restos de calor pegados a la piel, cuando el estridente pitido de mi teléfono rompe el silencio. Un mensaje de voz de Joshua. Mi corazón palpita. Pero no puede saber que estaba pensando en él. ¿Puede saberlo? ¿Puede sentir cómo mi mente se rebela contra mi voluntad?

"Elena, no olvides enviar los archivos a primera hora de la mañana. Y revisa dos veces la propuesta Henderson, tiene que ser absolutamente hermética y...". Su voz es todo negocios, sin la carga eléctrica que me puso tan nerviosa antes. Pulso la pausa porque el mensaje de 30 segundos continúa.

"Claro, más trabajo. ¿Qué más?", murmuro para mis adentros, tratando de sacudirme la bruma de pensamientos prohibidos. Reproduzco el mensaje y tomo notas para cumplir las exigencias de mi multimillonario jefe, una parte más de mí. Pero el viaje a Las Vegas asoma en el horizonte, un faro de recuperación para mi, me aferro a esa promesa como a un salvavidas.



Capítulo 4



JOSHUA



Las Vegas! Estoy impaciente. El zumbido de neón de la ciudad ya resuena en mi cabeza, una promesa de pecado y exageración: justo como me gusta. Es el viaje anual de la empresa a la ciudad de la diversión, nuestra particular fiesta de Navidad sin espumillón. Sólo de pensarlo siento un cosquilleo en la barriga, una anticipación eléctrica de la diversión desinhibida que me espera. Y, sin embargo, sé que el pensamiento no era más que una distracción debido al casi beso de esta tarde. Un pensamiento que me persigue constantemente.

"Josh, tío, estoy deseando ir a Las Vegas contigo", me dice Jerry, el director financiero de mi empresa, cuando se pasa a tomar una copa, con el aliento cargado por el whisky que hemos estado bebiendo en el sofá de cuero de mi despacho. "¿Esa Tina de contabilidad? Va a dar la campanada este año. ¿Has visto sus curvas? Esas tetas son una obra de arte. Y cuando me la haya follado, será el turno de Jane, he oído que tiene los mejores labios vaginales de la ciudad y..."

"Jerry, eres un lascivo, ¿lo sabías?", me burlo de él y le doy una palmada en la espalda. En sus ojos brilla el mismo hambre que me volvía loco cada año a mi. Cada noche tenía una mujer diferente, o varias, en mi suite y vivía todas las fantasías que la ciudad podía ofrecerme.

Pero este año es diferente. Hay un cambio sutil, como un cambio en la dirección del viento y el nombre de Elena está escrito por todas partes. Esta vez, sólo la quiero a ella. A ninguna otra mujer. Preferiblemente incluso todas las noches.

"Vamos, no me dirás que no te apetecen las orgías de siempre", me da un codazo Jerry, enarcando una ceja, esperando mi chulería habitual.

"No lo sé, Jerry", murmuro, agitando el líquido dorado en mi vaso. Siento el peso de su mirada y cómo espera que el Joshua Davis que conoce, un conquistador de mujeres, esté a la altura de las circunstancias. Pero si le digo que sólo quiero ligar con mi asistente, insinuará que estoy enamorado. Eso no es del todo cierto. Pero Jerry es un bocazas, así que no quiero compartir mi pensamiento, ni siquiera de pasada.

"Oh, qué demonios, tío. Sólo asegúrate de no llevar a Tina a tu suite. Está reservada para mí", dice Jerry con una risita, sin darse cuenta de que se está gestando una tormenta detrás de mi fachada tranquila.

"Claro, Jerry. Ve a divertirte. Yo tengo... otros planes". Mi voz es tranquila, pero por dentro, la idea de que Elena venga a Las Vegas ha encendido un fuego. La deseo: quiero poseerla, follármela y luego admirar sus curvas y volver a hacerlo. Pero, ¿por qué no quiero exhibirla?

"Tú te lo pierdes, colega", refunfuña Jerry y se levanta del sofá de cuero. Tropieza ligeramente y se apoya en el borde de mi escritorio antes de dirigirse a la puerta. "Te dejo con ello. Todavía tengo que averiguar cuál es la mejor manera de hacer que Tina entre en razón. Tío, esas tetas".

"Buena suerte", le digo y una sonrisa irónica se dibuja en mis labios porque es un niño en el cuerpo de un adulto. Cuando la puerta se cierra tras él y me quedo a solas con mis pensamientos, tengo una cosa clara: ¡deseo a Elena!

Ya la deseaba antes, pero desde que vi su nombre en la lista de participantes en el viaje a Las Vegas, "Elena Martínez", aparece con más frecuencia en mis pensamientos. Ella será mía en el viaje. Y gritará mi nombre cuando le meta la polla, será divino.

¡Un nuevo día! He llegado pronto después de enviarle a Elena el mensaje de voz de anoche. Mis ojos están fijos en el reloj, cuyas manecillas se acercan cada vez más a la hora en que ella debe estar en la oficina: Elena Martínez. Su porte profesional es tan elegante como el traje de negocios que lleva, un traje que no oculta ninguna de las curvas que me persiguen en sueños.

Ayer estuvimos a punto, un beso que podría haber quemado los papeles de mi mesa. Tuve que controlarme para no ceder al impulso de capturar sus labios y marcarla como mía.

"¿Joshua?".

Su voz irrumpe en mi ensueño, aguda y clara. Me giro en la silla e intento ajustar mis facciones para aparentar despreocupación cuando entra Elena. Es la personificación de la serenidad, pero puedo ver el parpadeo revelador en sus ojos, el mismo que la delata cuando me acerco demasiado.

"Puntual como siempre", comento, dejando que mi mirada la recorra el tiempo suficiente para inquietarla. "Entra".

"Gracias", dice, y su voz es una melodía que me remueve las entrañas. "Tengo los últimos informes que pediste. Los terminé anoche".

"Ponlos en mi mesa". Le hago un gesto para que se siente a mi lado, una invitación a salvar la distancia que nos separa. De mala gana, se acerca y su aroma, una mezcla de jazmín y algo único que sólo ella huele, me envuelve.

"¿Algo más?", pregunta con mirada firme, pero sus dedos tiemblan ligeramente y estoy a punto de tocarla, barrer los papeles de la mesa, agarrarla y... No, todavía no. Y la maldita pared de cristal junto a mi puerta lo delataría todo.

"Sí, la verdad es que sí", digo, levantándome de la silla para ponerme frente a ella. Apoyo la cadera en el escritorio y la mantengo cautiva con mi cercanía. "Dime, Elena, ¿te apetece ir a Las Vegas?".

Se pone un poco rígida y no puedo evitar sentir una oleada de victoria. "Es un viaje de empresa, Sr. Davis. Estoy segura de que será... interesante".

"Ambos sabemos que se trata de algo más que eso. Es una oportunidad para que te desahogues y salgas de los confines de esta oficina". Mis palabras son una suave caricia, invitándola a imaginar posibilidades más allá de las hojas de cálculo y las reuniones.

"Para algunos, tal vez", responde con una pizca de acero en sus palabras. Sin embargo, hay una calidez, una grieta en su fachada que me atrae hacia ella.

"Dime que no estás deseando ceder a las tentaciones de la ciudad", le insisto, bajando la voz a un ronco susurro. Veo cómo el rubor recorre sus mejillas. un jardín de rosas que estoy decidido a cultivar.

"Sr. Davis, creo...".

"Joshua, ¿te acuerdas?", la interrumpo.

"Joshua", repite, y el sonido de mi nombre en sus labios es como un canto de sirena. "¿Te refieres al juego, creo?".

"Me refiero exactamente a eso". En mi mente, mi pulgar roza la línea de su mandíbula y luego su cuello, sintiendo el latido de su pulso bajo la superficie. Pero en realidad no, sólo la miro y sé que realmente la deseo y puedo verla frente a mí, rendida al placer. "A veces hay que arriesgarse para ganar de verdad".

"Los riesgos pueden acarrear consecuencias", responde ella, con la respiración entrecortada mientras el espacio entre nosotros se llena de deseo tácito. ¿Seguimos hablando de juego? ¿O de otra cosa?

"A veces la alegría del riesgo supera a las consecuencias", murmuro, y mi determinación crece. Este juego del gato y el ratón que estamos jugando sólo me está volviendo más salvaje. Si tengo que hacerlo, la perseguiré a través de las brillantes luces de Las Vegas y la atraparé con mis encantos hasta que se disuelva en mis brazos y se arranque la ropa.

"Voy a volver al trabajo". Se le quiebra la voz y da un paso atrás, pero no antes de que vea el brillo de sus ojos.

"Por supuesto, Elena". Me enderezo y le dirijo una sonrisa que no llega a mis ojos. "Después de todo, hay mucho que hacer y es sólo un viaje, ¿no? Ven a verme dentro de treinta minutos, tengo algunas tareas más para ti".

"De acuerdo. Hasta luego, Joshua".

"Hasta pronto, Elena".

La puerta se cierra tras ella, dejándome en el silencio de mi despacho. Pero el calor persistente de nuestra conversación arde con fuerza, encendiendo un hambre insaciable que promete consumirnos a los dos.

En Las Vegas, ella será mía. Nunca he estado tan seguro de nada. Y la emoción de la persecución nunca ha sido tan dulce.

"Le va a encantar", murmuro, mirando mi reflejo en el espejo de cuerpo entero de mi ático, escrutando cada detalle de mi aspecto.

El traje negro entallado resalta mis hombros anchos y mi cintura delgada, un testimonio silencioso de las muchas horas que paso manteniendo mi figura, un arma de mi arsenal tan potente como mi cuenta bancaria. Elijo una corbata burdeos, cuyo tejido de seda capta la luz con un sutil brillo, sabiendo que el color resaltará sobre el blanco crudo de mi camisa.

Una sonrisa codiciosa se dibuja en mis labios cuando pienso en Elena. Pensar en sus mejillas sonrojadas y en el tentador baile entre la evasión y la atracción que hacemos alimenta mi deseo, no es la primera vez hoy, que se me pone dura. Me pongo un perfume que huele impresionante y acentúa lo que deseo. No es una elección al azar; es la misma fragancia a la que le hizo un cumplido semanas atrás.

La piel de mis zapatos de vestir se desliza suavemente sobre mis calcetines mientras me los pongo, cada movimiento preciso y deliberado. Casi puedo sentir las luces de Las Vegas llamándome, la anticipación de la persecución que me espera. Pero no es la ruleta ni la mesa de

póquer lo que me acelera el pulso, sino pensar en Elena, que sin saberlo ya está atrapada en mi red.

Así es exactamente como voy a entrar hoy en la oficina y así es exactamente como voy a impresionarla en Las Vegas.

"¿Joshua?". Elena entra en mi despacho con un montón de papeles en la mano.

"Ah, Elena". Me doy la vuelta y me apoyo en el escritorio con soltura mientras mis ojos recorren los contornos de su figura antes de devolverle la mirada. "Justo la mujer que quería ver".

"¿Necesitas algo más? Hoy quería terminar un poco antes, si te parece bien. El viaje a Las Vegas es mañana y todavía tengo que hacer la maleta y...". No me mira a los ojos, concentrada en los papeles, pero veo que sus mejillas se enrojecen ligeramente. Luego huele el aroma y la veo buscar mi mirada. Le gusta el aroma. Y a mí me gusta ella.

"Sí, la verdad es que sí". Me acerco un paso y bajo la voz a un murmullo. "Tengo que recordarte que dejes algo de espacio en tu bolso. Para un recuerdo... Las Vegas es inolvidable y está llena de sorpresas".

Vacila mientras sus dedos se enroscan alrededor de los papeles. "Estoy segura de que siempre habrá sitio para un recuerdo. Y a mí no me gustan mucho las sorpresas", responde con un tono comedido, pero con un punto de curiosidad.

"Las sorpresas también pueden ser un recuerdo", le respondo, observando cómo se ruboriza. Es entrañable cómo intenta disimular su reacción, y eso me anima aún más.

"Sr. Davis, yo...".

"Todavía Joshua", la corrijo suavemente, ladeando la cabeza. "Quiero decir que quizá quieras comprarte algo bonito en el *Strip*. Un cuadro, una obra de arte... pero a veces las experiencias de la noche son el mejor recuerdo, porque se quedan en nuestra mente para siempre".

"No lo sé". Sus palabras son un susurro, una concesión envuelta en reticencia. Se mueve de un lado a otro, dispuesta a huir, pero no se me escapa que hay un atisbo de deseo en sus ojos.

"La anticipación es la mayor alegría, ¿no?", le pregunto, dando un paso atrás para dejarle espacio.

"Tal vez", concede, pero añade rápidamente: "Entonces, ¿queda algo por hacer? ¿O puedo...?".

"Por supuesto. Puedes irte, Elena". Le dirijo una sonrisa que promete algo más que cumplidos y charla. Cuando se da la vuelta para irse, sé que la semilla ya está plantada. Es innegable que el aire entre nosotros está lleno de chispas y potencial.

"Nos vemos en Las Vegas, Elena".

"Quizá también en el avión, Joshua", dice y sonrío.

Y mientras se va, me permito un momento de satisfacción. Puede que Elena Martínez se haga la tímida, pero su rubor la delata. Quiere que la corteje, en Las Vegas jugaré con ella como con una baraja de cartas: con cuidado y confianza, hasta que esté desnuda delante de mí. Porque cuando Joshua Davis quiere algo, lo consigue.

Cada vez.



Capítulo 5



ELENA



Cuando las ruedas del avión tocan la pista, nos desabrochamos los cinturones de seguridad. Cuando llegamos a la posición de estacionamiento, soy una de las primeras en levantarme y estirar las piernas después de haber estado encajada en un asiento económico durante horas. La emoción entre nosotros es palpable, una mezcla de expectación y ambiente de Las Vegas corre por las venas de mis compañeros. El ambiente es omnipresente y casi tangible. No he visto a Joshua. Estoy segura de que habrá reservado un asiento en primera clase para él solo, cosa que no puedo reprocharle.

"Las Vegas, nena", chilla Tina mientras avanzamos por el pasillo. Su sonrisa es contagiosa y, a pesar del nudo en el estómago, un efecto secundario de saber que voy a ver a Joshua, no puedo evitar devolvérsela.

"Estamos aquí de verdad", me maravillo y entro en el puente de embarque, que parece una puerta a otro mundo. Ya es de noche y se ven las luces a lo lejos. Un espectáculo mágico.

"Sí, cariño. Y vamos a saborearlo al máximo todo", explica Tina, entrelazando su brazo con el mío mientras entramos en la terminal.

Nos conducen a un elegante autobús negro con cristales tintados más oscuros que las gafas de sol de un jugador de póquer. Cuando nos acomodamos en los asientos de cuero, el horizonte de Las Vegas nos saluda a través del parabrisas. Pronto estamos en la ciudad y el *Strip* se extiende como un oasis de neón, flanqueado por extravagantes hoteles que compiten por llamar la atención con su esplendor. Me parece oír ya el tintineo de las máquinas tragaperras y noto cómo el aire está mágicamente cargado.

"Mira todas las luces", respiro, hipnotizada por el resplandor eléctrico que se refleja en las ventanas.

"Genial, ¿verdad? Imagínate cuánta gente se juega aquí sus ahorros. Te hace preguntarte cuántos

sueños se están haciendo realidad, o se están haciendo añicos, en este momento", reflexiona Tina, apoyando la cabeza en la ventana.

Nuestra conversación da un giro inesperado cuando me mira con un brillo travieso en los ojos. "Hablando de sueños, ¿qué te parece Jerry, nuestro apuesto jefe de finanzas? Está soltero, ya sabes".

"¿Jerry?". Me río, un poco demasiado alto. "Es... Simpático, supongo. Pero, ¿por qué? ¿Te interesa?".

"Quizá". Ella se encoge de hombros y un rubor sube por su cuello. "Quiero decir, es inteligente, exitoso... Pero hay algo en él. A veces me pregunto si no debería intentarlo, ¿sabes?".

"Tú eras la que quería ir a por todas en el viaje, ¿no?", la animo, no sin una pizca de hipocresía, e incluso la admiro por su franqueza, preguntándome por qué no puedo admitir mis propios deseos...

"Hablando de eso", Tina me da un codazo, "¿alguna vez tienes pensamientos así? ¿Con otra persona, quizá?". Sus ojos bailan con curiosidad.

"¿Pensamientos?". Finjo que no lo sé y siento que me arden las mejillas. "¿De qué?".

"Vamos, Elena", me insta, "puedes decírmelo. Debe de haber alguien a quien le hayas echado el ojo. Alguien como... ¿Joshua?".

"¡No!". La negación llega demasiado rápido, demasiado bruscamente. "Quiero decir, no. Quiero mantener separados el trabajo y el placer, Tina".

"Claro, claro", se burla, aunque noto que frunce el ceño con preocupación. "Pero no puedes negar que hay algo en él".

Aparto la mirada y me concentro en los casinos que pasan a nuestro lado. Pero tiene razón: Joshua tiene algo atractivo, una atracción envuelta en trajes a medida, un perfume maravilloso y una sonrisa enigmática. Pero es una caja de Pandora que no quiero abrir, ni siquiera en la ciudad de los pecados.

"Disfrutemos del viaje", sugiero, con la esperanza de encauzar la conversación en direcciones más seguras.

"Trato hecho", acepta Tina y levanta una copa imaginaria. "Por Las Vegas, por la diversión y quizá también por un poco de pecado".

"Brindo por eso", respondo, brindando por su mano levantada con mi botella de agua mientras mi corazón late a un ritmo que habla de algo más que de la promesa de Las Vegas. Susurra de pensamientos prohibidos, de un hombre que debería seguir siendo un misterio y del peligroso juego al que parece estar jugando mi corazón.

Poco después, el hotel se alza ante nosotros, un oasis dorado de lujo que parece brillar incluso en la oscuridad que se aproxima. Mis colegas y yo entramos arrastrando los pies en el gran vestíbulo, con las cabezas giradas hacia arriba con curiosidad, los ojos muy abiertos ante el espectáculo que tenemos delante: plantas tropicales caen en cascada desde los balcones cubiertos, cascadas que murmuran promesas de felicidad oculta y el aire se llena de un aroma exótico y atrayente.

"Guau", exhala Tina, reflejando mis pensamientos. "Este lugar es especial".

"Desde luego que lo es", respondo mientras nos ponemos a la cola para registrarnos. Los suelos de mármol reflejan la luz como un espejo de agua y el sonido de los clientes crea una sinfonía de expectación. Cuesta creer que todo esto lo pague Joshua. ¿Por qué? ¿Sólo por agradecimiento?

"Imagínate las fiestas que se celebran aquí", reflexiona Tina, con los ojos brillando con picardía.

"O los tratos que se hacen aquí", añado, pensando en Joshua y su mundo, un mundo donde las salas de juntas y las mesas de blackjack se funden en uno.

"Hablando de eso". Tina me da un codazo mientras Jerry, nuestro director financiero, se me acerca con sobres en la mano.

"Cortesía de Joshua Davis", anuncia, entregándonos un sobre a cada uno. "Quinientos dólares en fichas para cada uno. Diviértanse".

"¿Joshua nos da quinientos dólares? ¿Así de fácil?". No puedo ocultar la sorpresa en mi voz ni el revoloteo en mi estómago. Miro a mi alrededor pero no le veo.

"¿Dónde está?".

"Está perdido", susurra Tina, dándome un codazo en el costado.

"Tiene cosas que hacer", dice Jerry. Tina sonrío, abre el sobre y le dedica a Jerry una sonrisa más larga de lo necesario. Sus ojos también se detienen en ella, y puedo ver la codicia en su mirada.

"Generoso, ¿verdad? Y eso sólo por hoy. Quizá deberías reconsiderar tu opinión sobre él", bromea.

"Gracias", le digo a Jerry y cojo mi sobre, lo abro y miro las fichas. Me parecen fruta prohibida, una tentación viniendo de un hombre que no debería ocupar mis pensamientos tanto como lo hace.

"¡Vamos al *Strip* después de registrarnos!". El entusiasmo de Tina me saca de mi ensoñación.

"De acuerdo", digo. Las formalidades se completan rápidamente. Me instalo en mi habitación individual de la cuarta planta. Para mi sorpresa, nuestras habitaciones no están una al lado de la otra, sino que todos nuestros compañeros parecen estar repartidos por el hotel. Me reúno con Tina un poco más tarde en el vestíbulo y nos ponemos en marcha.

El *Strip* de Las Vegas es un tumulto de ruido y neón, una entidad viva palpitante de energía. Nos abrimos paso entre la multitud, entre artistas callejeros y turistas, entre hoteles y casinos muy ostentosos. Como nuestras fichas sólo son válidas en el casino de nuestro hotel, volvemos allí tras nuestro breve paseo y decidimos probar suerte.

"A ver si estas fichas nos traen suerte", ríe Tina y se dirige a una mesa de ruleta.

"Sólo hay una forma de averiguarlo", digo, aunque mi corazón no está en el juego. Sigue en la habitación del hotel, preocupado por Joshua. Aun así, pongo mis fichas en el tablero.

"Eh, no tan rápido. Yo también quiero apostar", bromea Tina, notando la cara de confusión que pongo antes de que la crupier grite "*Rien-ne-va-plus*" y haga girar la ruleta.

"¿Qué pasa, pareces tan despistada?", pregunta Tina.

"Sólo estaba pensando", admito, porque es más fácil explicar el tira y afloja que llevo dentro. Deseo contra el deber. Atracción contra sentido común.

"La vida es demasiado corta para hacer suposiciones, Elena", dice Tina, mirando cómo gira la bola. "Estamos en Las Vegas. No pienses, hazlo".

"Para ti es fácil decirlo", respondo, recordando lo que dijo sobre Jerry. La bola cae, pero ninguna de las dos hemos ganado nada, así que seguimos adelante.

"Hagamos de ésta una noche para recordar", dice Tina un momento después, levantando su copa de champán de cortesía que nos ha traído un camarero. Y mientras brindo por ella con mi copa, me pregunto si inolvidable significa ceder ante mi jefe, cuya mirada parece seguirme incluso cuando no se le ve por ninguna parte.

Poco después, llegamos a las máquinas tragaperras. Después de unas cuantas rondas, deslizo una ficha de cincuenta dólares en la máquina brillante, me había dado suerte. El tintineo de metal

contra metal me hace estremecer por dentro. ¿Quizá pueda ganar aún más? El tintineo electrónico de la máquina compite con la multitud de sonidos que llenan el casino: el barajar de las cartas, el repiqueteo de los dados y la sinfonía de otras máquinas que prometen suerte con cada giro.

"¡Vamos, Elena, tú puedes!". La voz de Tina es una melodía cadenciosa a mi lado mientras sus propias manos se ciernen sobre una máquina con luces de neón parpadeantes.

"¿De verdad lo crees?", pregunto, agarrando la palanca con una fingida confianza que no llega a mi destrozado corazón. Tiro de ella hacia abajo con una floritura teatral y las bobinas digitales comienzan su vertiginosa danza.

"Por supuesto", exclama Tina, con los ojos brillantes de emoción mientras mira la pantalla. "Demuéstrale a la suerte que vas en serio".

Por un momento, todo lo demás se desvanece: los pensamientos sobre Joshua, las preocupaciones sobre lo que hay más allá de estas emocionantes y temerarias paredes. Sólo queda la expectación, la esperanza que baila al ritmo del zumbido de las máquinas tragaperras.

"¡Mírate, chica! Cerezas en el tablero". Tina me señala y yo sigo su dedo para ver la fruta alineada en una fila ordenada.

"¿Así está bien?". Me río, aunque estoy atrapada por las prisas.

"¿Está bien? Acabas de doblar cincuenta pavos". Me da una palmada en la espalda y nos reímos como colegialas haciendo trampas en la rayuela.

"Suerte de principiante", le digo y se me escapa una sonrisa al ver cómo se cuentan los puntos en la pantalla. Me siento como en una pequeña victoria, no sólo contra las probabilidades, sino también contra el peso de mi propia indecisión.

"Sigamos adelante", sugiere Tina, cuya máquina tintinea modestamente al anotarse una pequeña victoria. Volvemos a nuestros respectivos juegos, y la emoción compartida del juego unida al alcohol y las luces me provoca algo que realmente quería reprimir.

"¿Otra ronda?", pregunto, animada por el sabor del éxito.

"Sin duda", responde Tina con una sonrisa contagiosa. "¿Quién sabe? A lo mejor hasta hacemos saltar la banca esta noche".

La noche se extiende ante nosotras, cada tirón de la palanca una nueva oportunidad de desafiar al destino. Y por el momento, me dejo llevar por la magia, por el atractivo de lo que podría ser, en

lugar de la certeza de lo que debería ser.

Cuando nos hartamos, pasamos al bar del hotel. La música jazz se mezcla con el tintineo de las copas y crea una atmósfera tan embriagadora como el cóctel que tengo en las manos. Los cubitos de hielo suenan como campanillas en el vaso y su melodía queda ahogada por las risas de Tina.

"¿Te puedes creer que estemos bebiendo el mojito del millonario?", dice con los ojos desorbitados. Si Joshua no pagara la cuenta, me sentiría culpable porque hemos pedido la bebida más cara de la carta".

Me llevo el borde a los labios mientras la menta y la lima bailan en mis papilas gustativas. "Estoy segura de que Joshua ni pestañeará al ver la cantidad si nos da 500 dólares por persona todos los días", respondo. Mi mirada recorre la sala y se detiene en la silueta de nuestro enigmático jefe. Está sentado en una mesa cercana, su postura es relajada pero segura, e irradia una autoridad casi tangible. Y no sólo eso. Hay mucho más... es tan complejo, tan misterioso, tan...

"Cariño, parece que siente cierta atracción por ti". Tina sigue mi mirada y me da un codazo cómplice. "Admítelo, no estás pensando sólo en la bebida, ¿verdad?".

Bebo otro sorbo, dejando que el suave ron me caliente las entrañas y esperando que me alivie la agitación en el pecho. La risa profunda y ondulante de Joshua llega hasta nosotros y no puedo evitar volver a mirarlo, sentado allí con Jerry y otro jefe de departamento. Sus ojos se cruzan con los míos durante un instante y algo parecido a una corriente eléctrica me recorre.

"Su presencia es... difícil de ignorar", confieso, protegiendo mis pensamientos de la mirada inquisitiva de Tina.

"¿Ah, sí? Cada vez que mira hacia aquí, siento que debería enderezarme o algo así". Tina suelta una risita, se inclina hacia mí y me susurra. "¿Qué te pasa, Elena? ¿Tu jefe te lo hizo después de todo?".

"Tonterías". Involuntariamente, mis ojos vuelven a buscarlo. La forma en que la luz tenue resalta los contornos de su rostro, la elegancia despreocupada con la que ocupa su lugar... todo ello remueve algo en lo más profundo de mi ser. Maldita sea. ¿Estoy excitada? ¿Con sólo verle? Casi me ahogo al pensarlo.

"Joshua es... compqewruiopqewrrweqpoiueorpouiopqewrlicado", digo, mi voz apenas ahoga el zumbido del bar. Dentro de mí se desata una guerra en la que el deseo choca con la razón, y cada mirada robada aviva el fuego.

"Complicado, ¿eh?", bromea Tina levantando una ceja. "Podrías llamarlo así".

"Estoy siendo franca cuando te digo que no empujaría a este hombre desde el borde de mi cama", me dice, mirándolo y chupando su pajita demasiado tiempo y demasiado profundamente.

Imagino lo que podría pasar si dejara de lado mis reservas. Pero la imagen de Joshua, el multimillonario y playboy inalcanzable, me devuelve a la tierra. Ceder a mi deseo podría significar arriesgarlo todo: mi trabajo, mi integridad, mi corazón. Pero a medida que el alcohol susurra dulces palabras a mis inhibiciones, la fantasía del "y si..." se vuelve alarmantemente tentadora.

"Centrémonos en esta noche", digo finalmente, desviando el peso de mi agitación interior. "Las Vegas está a nuestros pies y la noche aún es joven".

"¡Brindemos por eso!". Tina levanta su copa y yo le devuelvo el entusiasmo con una sonrisa que no llega a mis ojos porque puedo sentir la mirada de Joshua sobre mí en el rabillo del ojo, encendiendo un peligroso anhelo al que no quiero ceder a pesar del cóctel. ¿O sí?



Capítulo 6



JOSHUA



Perdido en mis pensamientos, doy un sorbo a mi whisky, que no es especialmente bueno, de cualquier marca que sirven en el bar del hotel *Mirage*. El hielo tintinea perezosamente contra el vaso mientras Jerry, a mi lado, me da un sermón interminable sobre tetas y culos. Su voz es descarada y segura, en marcado contraste con el suave jazz que sale de los altavoces del bar del hotel *Mirage*.

"Tío, ¿has visto a Tina esta noche?". Jerry balbucea ligeramente y se inclina hacia mí con una sonrisa de complicidad. "Esas curvas están literalmente pidiendo atención. A mí me encantaría tocar ese culo".

Asiento distraídamente, sin mirar a Tina sino a Elena, que está sentada a su lado y se ríe de algo que ha dicho otra de las mujeres que acaba de unirse a ellas. El sonido es como una melodía que flota por encima del ruido de las máquinas tragaperras y las animadas conversaciones, un canto de sirena que me atrae.

"Mierda", continúa Jerry, sin darse cuenta de que estoy distraído. "De verdad que tengo que ir al trabajo hoy..."

"Claro, Jerry", murmuro, con los ojos fijos en Elena. La luz dorada le sienta de maravilla, el pelo oscuro le cae por los hombros y el vestido se ciñe a cada curva. Es un enigma, envuelta en deseo, y eso me vuelve loco.

Llevo toda la noche al acecho como un tigre, observándola desde lejos e incluso rechazando varias insinuaciones de otras mujeres. No quiero a otra mujer. Quiero a Elena en mi cama.

Me viene a la mente el recuerdo de sus suaves pero fuertes dedos agarrando el brazo de la máquina tragaperras. Cómo se mordía el labio concentrada y sus delicados dedos aferraban el frío metal... Maldita sea, era como si me estuviera ofreciendo una actuación privada pensada sólo para mí y el palo que tenía en la mano fuera la cosa que tenía en los pantalones y que ella

empezó a chupar justo después. Como dije, sólo una fantasía. Y sin embargo, tuve que ajustarme los pantalones de nuevo en ese momento, porque la idea de esos mismos dedos envolviéndome era demasiado papoiurweqpoiurweqra mí...

"Joshua, ¿estás escuchando?". Jerry suelta una risita y me da un codazo en el brazo. "Parece que estás a punto de perder los estribos".

"Claro que te escucho". Reprimo una sonrisa e intento concentrarme de nuevo. "Estoy pensando en los informes trimestrales que hay que entregar la semana que viene".

"Claro", resopla, sin creérselo. "Informes. Por eso te estás follando con los ojos a ese grupo de chicas de ahí. No me importa: pero recuerda. Tina está reservada para mí".

Ignoro su grosero comentario y bebo otro sorbo de whisky mientras dejo que el líquido de color ámbar se deslice por mi garganta. Es una distracción bienvenida del calor que se acumula en mi interior, una lenta quemadura contra la que estoy luchando, que se ha hecho aún más fuerte viendo a Elena allí con sus compañeras.

"Jerry, si tanto te interesa Tina, deberías ponerte a ello", sugiero, intentando cambiar de tema y quitármelo de encima. "Creo que uno de sus compañeros del departamento de contabilidad también está interesado en ella. Mira", digo, señalando al hombre que se acerca al grupo y susurra algo al oído de Tina, que suelta una risita tímida.

"No tiene ninguna posibilidad con ella. Pero tienes razón: quizá lo haga. Y si no: Jackie, de Marketing, también parece interesada", dice guiñando un ojo. "¿Pero qué hay de ti, Gran Jefe?".

"¿Yo?". Finjo que no tengo miedo, aunque se me acelera el pulso. "Creo que voy a dar por terminada la noche".

"Como quieras". Jerry se encoge de hombros y vuelve a mirar a su próxima conquista.

La risa de Elena vuelve a sonar y la siento como un disparo en las venas. La deseo. Dios, cuánto la deseo. Pero no es el momento ni el lugar adecuado, porque no quiero que nadie lo sepa. Especialmente Jerry, el bocazas.

Veo a Elena mientras camina hacia el bar, con una torpe mezcla de determinación y gracia. Una voz en mi interior grita, instándome a seguirla.

"¿Sabes qué? Me tomaré otra copa. Y esta vez pediré algo de verdad, un whisky de verdad, no una mierda sin nombre", digo, me levanto y camino hacia la barra poco después de ver que Elena acaba de llegar. Incluso a mis oídos, mi excusa suena endeble. "¿Y si te vas para allá? Tina te mira todo el rato".

"Sabes qué: lo haré. Comprueba la situación. Y luego tráeme un whisky. No, mejor no, porque a lo mejor no puede resistirse a mí...". Las palabras de Jerry quedan ahogadas por el ruido del bar, pero yo ya estoy en pie y en movimiento, tirado por un hilo invisible que parece estar unido a la figura de Elena.

"Whisky, por favor. Pero esta vez de verdad. ¿Tiene *Lagavulin* de 16 años o un *Glendronach* de una edad similar?", le digo al camarero y me deslizo hasta el taburete de al lado de Elena con una facilidad practicada, como si fuera una casualidad que esté ahí en ese momento.

Elena se gira un poco, un atisbo de sorpresa se dibuja en sus facciones antes de disimularlo con una sonrisa cortés.

"Joshua", me saluda, con una melodía en la voz que me produce un escalofrío. "¿Apenas te he visto hoy?".

"El trabajo no descansa", bromeo, con una sonrisa en la comisura de los labios. "¿Y tú?".

"Mi jefe no me ha puesto ninguna tarea hoy, un milagro, ¿no?", responde en tono ligero, pero con una mirada desafiante.

"Debe de ser un tipo raro ese jefe. Quizá haya cambiado", le digo juguetonamente, observando cómo da un sorbo a su gin-tonic y sus labios dejan una leve huella en el vaso.

"El cambio a veces puede ser... bueno", reflexiona Elena y deja la copa. El tintineo del hielo suena como el canto de una sirena.

"Depende de lo que pida", respondo y me inclino un poco más hacia ella. Nuestros brazos se tocan y hay una oleada de electricidad entre nosotros.

"Las perspectivas, por ejemplo", dice con un tono juguetón en sus palabras. "Ver las cosas desde un nuevo ángulo. Un cambio de perspectiva puede ser... esclarecedor".

"Esclarecedor, ¿eh?", murmuro, pasando el dedo por el borde de mi vaso, imaginando que es la curva de su mandíbula. "¿Y qué revelaste en tu último cambio de perspectiva?".

"¿Quién dice que he tenido uno?". Una sonrisa traviesa baila en sus labios, y estoy tentado de devolverla con la mía.

"Llámalo intuición", respondo. Nuestras miradas se cruzan y el mundo se estrecha hasta el azul de sus ojos, profundos estanques en los que me ahogaría de buena gana.

"Tu intuición debe de ser un gran don", dice en voz baja.

"La intuición también puede llevarte por el mal camino", bromea, con una pizca de audacia relampagueando en su semblante.

"Pero a veces hay que seguir la intuición, ¿no?", admito en voz baja y ronca.

La respiración de Elena se entrecorta, apenas perceptible, pero puedo oírla. Es el sonido de la victoria y la rendición al mismo tiempo. Ella se mueve, su rodilla roza la mía bajo la barra, delante del bar. Ninguno de los dos retrocede.

"¿Otra ronda?". La interrupción del camarero parece un cubo de agua helada que alguien ha vaciado sobre mí.

"Claro", digo, apartando la mirada de Elena para asentir al camarero. "Que sea doble y otro para mi colega de ahí detrás que me está esperando". Señalo hacia donde debe de estar sentado Jerry.

"¿Intentas seguirme el ritmo, Joshua?", bromea Elena, cogiendo su vaso relleno.

"Quizá intento darte la oportunidad de que me alcances", respondo, torciendo las comisuras de los labios en una sonrisa cómplice.

"¿Ah, sí?". Su risa es una melodía que envuelve mi corazón y lo aprieta cada vez más.

"Absolutamente", le aseguro, alzando mi copa en un brindis silencioso por la tensión eléctrica que crepita entre nosotros, fuerte e innegable.

"Entonces vuelvo con las chicas", dice.

"Ah, sí. Que te diviertas. Tú también", respondo, señalando mi asiento.

La silueta de Elena se retira. La sigo con la mirada y me fijo en los zapatos morados que combinan a la perfección con su vestido. Luego se sienta con las mujeres de la oficina, que ríen y charlan despreocupadamente en la mesa. Mi mirada se detiene en ella, recorriendo el contorno de su figura mientras se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja, con movimientos fluidos e involuntariamente seductores. Todavía puedo sentir el suave roce de su rodilla contra la mía, como una carga eléctrica que no desaparece.

"Tío, te lo digo, Tina está que se sale", dice Jerry mientras me acerco a él y le paso el vaso. "Acabo de estar allí y realmente creo que hoy se abrirá de piernas".

"Quizá deberías invitarla a una copa", sugiero, con voz inaudible incluso para mis propios oídos. Dios sabe que yo también necesito una distracción.

Jerry se ríe, un sonido que me pone de los nervios. "Vamos, Josh. Esto no tiene sentido porque de todas formas tú eres el que paga". Su cara está decorada con una sonrisa divertida.

"Piensa en otra cosa", murmuro, se me escapa una disculpa a medias mientras bebo mi whisky doble de un trago.

"Buena suerte, me voy a dormir".

"Aguafiestas", dice Jerry, vaciando también su vaso, pero ya no parece interesado en mí, lo cual es obvio porque lo único que tiene en la cabeza son las tetas y culos. Quién puede culparle. Yo también, pero sólo pienso en esa mujer.

"Hasta mañana entonces".

"Hasta mañana", responde Jerry, que ya se ha girado hacia Tina.

Echo un último vistazo a Elena y me pongo en marcha. A la sauna. El lugar donde podría olvidarme de todo antes de que mis ansias me tragan por completo.

Un poco de relajación no hace daño. Luego, en una o dos horas, volveré aquí y tal vez encuentre a una Elena borracha y sola, lista para mí.

El sensual espejismo del casino se desvanece mientras camino por los laberínticos pasillos del hotel *Mirage*.

Al entrar en la zona de la sauna, el fragante vapor me envuelve como un sudario, espeso y penetrante.

Me desnudo por completo, guardo la ropa en una taquilla y cojo una toalla grande que me han proporcionado y la uso para entrar en la sauna finlandesa, que está justo al lado y donde no hay nadie sentado en ese momento.

Encuentro un banco de madera y me siento mientras el aire caliente me abrasa los pulmones con cada respiración.

"Concéntrate", me digo, me reclino y cierro los ojos. La habitación está poco iluminada, las

sombras de una luz que gira en círculos bailan por las paredes de madera. Los únicos sonidos son el siseo del vapor y los latidos de mi corazón, un tamborileo implacable que no cesa.

Sin embargo, mis pensamientos se dirigen de forma automática y totalmente involuntaria hacia Elena. Su risa, ligera y genuina, resuena en mis oídos; el aroma de su perfume parece perdurar en el aire húmedo. La imagen de sus dedos acariciando la máquina tragaperras me atenaza y enciende el deseo que he intentado reprimir.

"Maldita sea", maldigo, obligando a mi cuerpo a relajarse y a liberar la tensión que se ha acumulado en mi interior.

¿Por qué no me lo quito de encima? ¿Me estoy engañando a mí mismo? Al fin y al cabo, la deseo. Nunca antes había sentido tanto deseo por una mujer. Es casi como un enamoramiento pasajero: es fuego y tentación, envuelta en un misterio que estoy desesperado por resolver. Pero, ¿desde cuándo tengo esos pensamientos? El sudor me resbala por el pecho en pequeños riachuelos, reflejando la agitación que siento en mi interior. El calor aquí es agobiante, pero eso no es nada comparado con el infierno que se enciende dentro de mí.

"Contrólate, Joshua", me regaño. Pero mientras busco consuelo en el aire caliente, me doy cuenta de que no es la sauna lo que me hace sudar, sino que es pensar en ella lo que se me mete dentro y no puedo quitármelo de encima.

Después de la sauna, es hora de darse una ducha fría y descansar. Después, el baño de vapor romano. El calor implacable y la humedad me envuelven, sin embargo, mis pensamientos vuelven a ella: la silueta de Elena persigue cada uno de mis pensamientos, su risa es un canto de sirena que no puedo ignorar. Estoy aquí para expulsarla de mi cuerpo, para no sucumbir más a esta locura.

"Concéntrate en otra cosa", murmuro, cerrando los ojos en un vano intento de borrarla de mi mente. Pero es inútil; su visión permanece como una sombra obstinada de la que no puedo desprenderme.

Cambio de posición y ajusto la toalla debajo de mí. El movimiento hace que me doy cuenta de nuevo de la reacción traicionera de mi cuerpo. Un calor que no tiene nada que ver con la temperatura de la sauna, inunda mis venas, me doy cuenta, de lo que ha ocurrido bajo mi cintura. Se me empalma la polla.

"Mierda", murmuro con los dientes apretados y me alegro de que la humedad haga que sólo pueda ver las siluetas de las otras personas. Eso significa que ellos tampoco pueden verme a mí. Sin embargo, ha sucedido. Aquí, en una sauna pública, rodeada de vapor y desconocidos, la rebelión de mi cuerpo es total.

Mi mano se mueve instintivamente para ajustar la toalla sobre mi regazo, pero esto sólo confirma

mis temores. La dureza inconfundible y el bulto revelador en el centro hablan por sí solos. No quiero que nadie se dé cuenta. Aquí no.

Vámonos de aquí, es el mantra que late en mi cabeza con cada latido, reflejando la urgente necesidad de escapar. Me levanto rápidamente, me muevo con decisión y espero poder escabullirme sin que nadie se dé cuenta. La toalla es mi única protección, que me ciño con fuerza a la cintura mientras me dirijo a la salida.

"Lo siento", murmuro al pasar junto a unos cuantos saunistas desprevenidos, cuyas conversaciones suenan como un zumbido lejano contra el tamborileo de mis oídos.

El aire más fresco del pasillo me golpea como un chorro de agua fría, dándome un breve respiro mientras me dirijo a las duchas, que están justo al lado de la zona de entrada y, afortunadamente, consisten en cabinas individuales con cerradura. Pero la tensión permanece en mis hombros, como un resorte estirado al límite.

Entro en la ducha y abro el grifo, el sonido del agua corriente es una distracción bienvenida. Los azulejos están fríos bajo mis pies, en contraste con el calor persistente de la sauna.

En cuanto el agua fluye sobre mí, inclino la cabeza hacia atrás y suelto un largo suspiro. "Elena", murmuro, ahogado por el ruido de la ducha mientras me agarro la polla y la muevo lentamente hacia delante y hacia atrás mientras el agua cae sobre mi cuerpo musculoso.

Me apoyo en la pared con una mano, cierro los ojos y me pregunto si debería rendirme a todo. Aquí y ahora. Quizá eso me alivie un poco.

Pero entonces algo cambia... Al principio no sé qué es, pero siento que me observan. ¿Será eso? Giro la cabeza y entonces oigo un ruido. Pisadas de tacones. Miro por debajo de la rendija de la puerta de la ducha y veo unos zapatos de tacón morados, que desaparecen poco después. Un momento: ¿no era ese el color de los zapatos de Elena? ¿Qué hace ella aquí?



Capítulo 7



ELENA



Justo antes

¿Qué fue todo eso?

Este pensamiento recorre mi mente mientras camino de vuelta de este intenso encuentro con Joshua en el bar a la zona de asientos con Tina y algunos compañeros más. Todavía puedo sentir mi corazón latiendo salvajemente contra mi pecho desde dentro y el deseo subliminal extendiéndose a través de mí.

"¡Aquí viene, la reina del cosmos!", exclama Tina cuando me reúno con ellos. Sus labios rojos se tuercen en una sonrisa pícaro y contagiosa a partes iguales. Todos aplauden y brindan conmigo. El ambiente es relajado y distendido, alimentado por el alcohol, todo el mundo parece disfrutar al máximo de la velada.

Tina se acerca y su voz se convierte en un susurro conspirativo. "No te lo vas a creer, pero Jerry estuvo aquí mientras estabas fuera, flirteando conmigo. Si juega bien sus cartas, podría tener esto esta noche". Me guiña un ojo, se agarra los pechos y los mueve arriba y abajo antes de darme un codazo juguetón.

Mis mejillas se ruborizan y no puedo evitar sentirme un poco avergonzada. "Tina, eres incorregible", le regaño, aunque es difícil mantener la seriedad en su presencia.

"Venga, Elena, todo el mundo tiene sus pecadillos que confesar", se ríe Tina, quitándose de encima mi comentario como si fuera una pluma.

Como si su comentario hubiera despertado una idea, Tina golpea la mesa con la mano. "¡Ya lo tengo! Juguemos a verdad o reto", declara, sus ojos brillan con la promesa de historias escandalosas y retos.

"¿En serio, Tina? ¿Eso no es para niños?", gimo, pero es inútil. Cuando Tina hace una sugerencia, la resistencia es imposible.

"¡Relájate, Elena! Será divertido", dice, y de alguna manera asiento con la cabeza cuando veo que todos los demás en la mesa están dispuestos a participar. Cada uno tiene su turno. Alice, ansiosa por empezar, elige reto.

"Besa al siguiente que pase", le ordena Tina a Alice, quien, tras dudar un momento, besa en la mejilla a un sorprendido desconocido que pasa por delante.

"Confiesa tu momento más embarazoso", se le pregunta a Brittany que se ha puesto colorada, ella cuenta entonces un desliz durante una importante presentación de negocios.

Después es el turno de Victoria, que se decide por la verdad sin dudarlo. "Escúpelo, Vic. ¿Qué es lo más travieso que has hecho?", pregunta Tina, inclinándose hacia delante con tensión.

Victoria se echa el pelo hacia atrás y una sonrisa traviesa se dibuja en sus labios. "Dos chicos. Al mismo tiempo", ronronea y el grupo jadea al unísono, algunos sorprendidos, otros encantados.

"Vamos...", insiste Tina, acercándose aún más, insaciable de curiosidad.

"Digamos que había manos por todas partes. Y bocas. Y... Puedes adivinar el resto", continúa Victoria, pintando un cuadro vívido con sus palabras que deja poco a la imaginación. Las risas y las burlas se suceden, pero yo me quedo atónita mientras por mi mente pasan imágenes que no puedo reprimir.

"Es tu turno, Elena", dice Tina, dirigiéndose a mí con mirada expectante. Mi corazón se acelera: no estoy preparada para este tipo de exposición como Victoria. Pero Tina espera, implacable, sus ojos me desafían a lanzarme de cabeza al juego.

"¿Verdad o reto?", me dice con un brillo travieso en los ojos.

Trago saliva y trato de ignorar el rubor que se apodera de mis mejillas. La sola mención de la palabra "verdad" me produce un escalofrío. No puedo arriesgarme a que me hagan preguntas sobre Joshua. Su imagen pasa por mi mente: exigente, inescrutable, increíblemente guapo. Es una caja de Pandora que no quiero abrir.

Así que me decido por el mal menor y elijo: El reto.

"¡Oh, una decisión valiente!", exclama Tina, aplaudiendo como una niña a la que acaban de regalar una piruleta. Las mujeres que nos rodean se inclinan hacia delante y la expectación hace subir unos grados la temperatura de la sala.

"Muy bien", dice Tina, pasándose un dedo por los labios. "Te reto a que vayas a la sauna de hombres y traigas una toalla".

Un gemido colectivo recorre nuestro grupo; la sugerencia es la mezcla justa de atrevida y escandalosa. Siento que se me revuelve el estómago. ¿La sauna de hombres? ¿Y si hay alguien ahí? ¿Y si es alguien del trabajo? ¿Y si...? Mis pensamientos se ven interrumpidos por las palabras de ánimo del grupo.

"¡Vamos, Elena! Tú puedes!". Victoria anima, su confesión anterior olvidada en la emoción del desafío.

"¡Enséñales cómo se hace!", añade Alice, levantando su copa en señal de saludo.

"Vamos, todo es por diversión", me da un codazo Tina cuando se da cuenta de mi vacilación.

Mi determinación flaquea bajo su mirada. Sí, es sólo un juego tonto, pero la curiosidad me corroe. ¿Y si Joshua está allí? Pensarlo me produce una inesperada oleada de excitación, aunque no debería. Quizá sea el alcohol. Con un suspiro resignado, me pongo en pie y siento el peso de sus miradas mientras me dirijo a la zona de la sauna.

"Eso es, Elena. Coge una toalla", me gritan y sus risas me persiguen como una sombra burlona.

A medida que me acerco a la sauna, mi corazón martillea contra mi pecho porque estoy increíblemente nerviosa. El pasillo parece más largo que antes, cada paso resuena ominosamente. Abro la puerta de un empujón, medio esperando una nube de vapor y un coro de voces masculinas, pero en lugar de eso me recibe el silencio y una gran zona de sauna abierta. Claro, qué otra cosa: un hotel como el *Mirage* no tiene sólo una sauna. ¿En qué estaría pensando?

La zona de duchas parece vacía, salvo por una cabina al final por la que cae el agua, pero aparte de eso no se ve a nadie. Me invade una sensación de alivio, seguida de una pizca de decepción, que aparto inmediatamente. Las toallas están perfectamente apiladas en un banco, inmaculadas e intactas. Cojo una, la toalla está fría sobre mi piel.

"Rápido e indoloro", susurro para mis adentros, tratando de deshacerme de la adrenalina que aún corre por mis venas. Agarro la toalla como si fuera un trofeo, lista para mostrarla a los vótores triunfantes del grupo.

"Elena", oigo entonces una voz suave, desde el otro extremo de la zona de duchas.

¿Era mi nombre? El susurro es tan silencioso que casi creo que lo he conjurado con mi propia energía nerviosa. Me quedo helada, con la toalla en la mano. Los latidos de mi corazón laten con fuerza en mis oídos mientras me acerco, atraída por una fuerza magnética inexplicable.

¿Era él? Pero luego nada más: sólo el sonido del agua golpeando rítmica y tentadoramente las baldosas. Me inclino hacia el ojo de la cerradura y miro a través de la pequeña abertura.

Y ahí está. Joshua. Desnudo, su silueta está rodeada de vapor. Sus músculos están tonificados y definidos, sus tatuajes oscuros y atractivos, cada centímetro de él es exactamente igual al hombre que persigue mis sueños. Mis mejillas se ruborizan cuando mi mirada se posa en su figura dura, alta e imponente. Está apoyado contra la pared, con la cabeza echada hacia atrás en señal de placer, la mano cerrada en torno a su dura y enorme polla, que mueve con movimientos lentos y controlados. Estoy hipnotizada, la imagen está grabada en mi mente.

¿Está pensando en mí? No puedo evitarlo: observo, hipnotizada, cómo sigue dándose placer. Cada vez que se acaricia, me recorre un escalofrío. Casi puedo sentirlo.

De repente, se da la vuelta y siento como si sus ojos me miraran a través del ojo de la cerradura. Me invade el pánico. ¿Puede verme? Retrocedo sin aliento y salgo corriendo.

Mis pies, calzados con zapatos morados, resbalan traicioneramente sobre el suelo de baldosas, pero me llevan lo más rápido que pueden. Cada paso que doy lejos de la sauna es una mezcla de huida y arrepentimiento. ¿Me habrá visto? Y si es así, ¿qué pensará de mí? ¿Me avisará?

"Mierda, mierda, mierda...". Las palabras se me escapan mientras paso junto a otros huéspedes del hotel en los que apenas me fijo. No me detengo, no puedo detenerme, hasta que estoy a salvo detrás de la puerta de mi habitación, mi santuario.

Una vez allí, me apoyo en ella, con el corazón latiendo desbocado y apenas calmado. Siento la piel demasiado tensa, el cuerpo lleno de un hambre que he negado durante demasiado tiempo. La imagen de Joshua con su cuerpo desnudo y su polla grande y dura está grabada a fuego en mis retinas; su tacto es una sensación fantasma en las yemas de mis dedos.

"Dios, Elena, ¿qué has hecho?", me digo en voz baja. Mi susurro es áspero, casi extraño en el silencio de la habitación. ¿Y si viene hacia aquí?

No hago ruido durante unos minutos, porque temo que Joshua llame a la puerta y se enfrente a mí. Pero veinte minutos más tarde, nadie llama a la puerta y el miedo se desvanece poco a poco por otro tipo de sensación. Una sensación de puro deseo.

Me meto bajo las sábanas e intento dormir, pero siento un hormigueo en la piel y mis pensamientos se descontrolan. Se me aprieta el pecho al pensar en él, en la secreta excitación que me provoca. Su recuerdo apoyado en la pared, con la lujuria contorsionando sus rasgos perfectos, me hace estremecer involuntariamente. Sin poder evitarlo, mis manos recorren las sábanas de algodón, buscando las curvas de mi propio cuerpo. Mi respiración se entrecorta cuando mis dedos descienden, encendiendo un fuego que hierve a fuego lento en lo más profundo de mi vientre.

“Joshua”. Se me escapa su nombre, una plegaria o una maldición, no sé cuál.

Mis caricias en el cuerpo se hacen más insistentes, siguiendo el ritmo que Joshua ha marcado en la ducha. Imagino que es su mano, no la mía, explorándome, penetrándome, jugando con mi clítoris y haciéndome jadear en busca de aire...

"Mhhmmm", gimo con los pensamientos de mi cabeza. Cada movimiento es deliberado, una danza de dedos que me arranca un gemido. Es una fantasía, un juego peligroso en el que permito que Joshua esté conmigo y me provoque estas sensaciones.

"Por favor", suplico a la oscuridad de mi habitación, y mis caderas se mueven para ceder a cada presión de mis dedos, para ceder a mi lujuria. La tensión me aprieta, llevándome al borde de la cordura.

"Joshua, Joshua...". Su nombre se convierte en mi mantra, mi súplica de liberación. Y cuando llega, se abate sobre mí como un maremoto. Grito fuerte y desenfrenada mientras el placer sube y baja, llevándose todo lo que no sea la cruda intensidad del momento.

"¡Joder!", jadeo mientras las réplicas me sacuden. Pero entonces: confusión. Mi mano se entumece, un repentino entumecimiento se extiende hasta donde la he estado apretando con demasiada fuerza.

"Estupendo, Elena, muy suave", refunfuño, intentando devolver la vida al hormigueo de los nervios.

Poco después me invade el agotamiento, más pesado que el edredón bajo el que estoy acurrucada. Es tarde y, a pesar de las persistentes sacudidas de mi clímax, el sueño se obstina en apoderarse de mi conciencia.

"Espero que no me haya visto", susurro en la silenciosa habitación al hombre que me persigue en sueños y que se me reveló en la ducha. Me entierro más profundamente en la cama, notando que se me cae de la cama el móvil, que debe de haber estado tirado en algún lugar al lado o debajo de mí mientras... me entretenía con mis pensamientos y ansiaba descansar, aunque mi mente sigue preocupada por él "y si...". Oigo una vibración. Un mensaje de Tina, que me envía una foto de ella y Jerry enterrando la cara en su escote. Apago el móvil.

Mis párpados se cierran y lo último que toca mi conciencia antes de rendirme al sueño es la sensación fantasma del contacto de Joshua, un contacto que nunca se produjo y que, sin embargo, resulta tan devastadoramente real. Sé que esta noche he cruzado otra línea. Es mi jefe. No puedo olvidarlo.



Capítulo 8



JOSHUA



Maldita sea, esos eran sus zapatos. ¿O no lo eran?

Sigo convencido de que vi unos zapatos morados en la puerta: los zapatos de Elena. Pero... Nada más. Sólo el sonido del agua golpeando el suelo de baldosas. Mis pensamientos se aceleran. ¿Fue realmente así o es solo producto de mi imaginación tras demasiadas horas fantaseando con lo que no debería ser?

"Maldita sea", murmuro, pasándome la mano por el pelo húmedo, bajando por el cuerpo hasta mi enorme erección, que disminuye lentamente. "Contrólate, Josh. Estás alucinando".

Pero... el pensamiento persiste, como un picor que no puedo quitarme. La posibilidad de que Elena estuviera realmente allí, espiándome a través del ojo de la cerradura mientras yo estaba... ocupado. Casi puedo imaginarla mirándome, con los ojos abiertos de asombro... ¿o era deseo? Se me aprieta el pecho de vergüenza, pero también de excitación.

"¿Es esto una especie de juego para ti, Elena?", susurro a la habitación vacía, esperando a medias su respuesta.

Me invade la idea de que haya estado merodeando como una seductora silenciosa en una zona exclusiva para hombres. ¿Fue intencionado, un movimiento deliberado para pillarme en un momento de descuido? ¿O fue pura coincidencia que la llevó a un acto que nunca quise que viera?

"¿Coincidencia? Sí, claro", me burlo y salgo de la ducha, voy a mi taquilla y miro a mi alrededor. Pero no hay nadie.

Me vuelvo a poner la ropa y pienso: ¿Es una señal? ¿Es eso? Una señal de que es hora de tirar la cautela al viento y enfrentarse a lo que es sin los juegos habituales.

"A por todas", le digo a mi reflejo. "No te escondas más. Si lo quieres, cógelo".

La idea me enciende la sangre, un fuego salvaje que no se puede domar. Si Elena Martínez se ha embarcado en este baile prohibido, no seré yo quien se eche atrás. No, le demostraré de lo que soy capaz. Ella gemirá y gimoteará y deseará que nunca paremos.

Al salir de la zona de sauna, sigo adelante con mi plan, con cada paso decidido. Mi cuerpo aún zumba por el frío beso de la ducha, pero en mi cabeza bullen pensamientos sobre Elena. He dudado durante demasiado tiempo, y eso se acabó.

"Joshua Davis no se retira", murmuro para mis adentros mientras algunos de los huéspedes del hotel se giran para mirarme y ver que estoy hablando solo, pero no me importa. Estoy demasiado preocupado con la imagen de Elena, con el recuerdo de esos malditos zapatos de tacón morados y con la audacia de su juego, que me pone los pelos de punta.

Vamos a ver cómo juegas cuando cambie las reglas, cariño. Pienso, subiéndome las mangas mientras una sonrisa se dibuja en la comisura de mis labios. Se me acelera el corazón al imaginar todo lo que podría hacerle, cosas que nos dejarían a los dos sin aliento y con ganas de más.

Entonces llego a mi destino: La amplia zona que rodea el bar del hotel *Mirage*.

El murmullo de las risas, la música y el tintineo constante de las copas me envuelven. El aire está lleno de energía y huele a perfumes y licores caros. Escudriño la sala, buscando un atisbo de su pelo oscuro o el destello de su sonrisa. En lugar de eso, mis ojos se posan en Tina, Victoria y Jerry, que están sentados juntos donde estaban antes, echando la cabeza hacia atrás con desinhibida alegría.

"¡Hola, Joshua!", Jerry me saluda con la mano llena de anillos brillantes. Era evidente que era el centro de la fiesta que tanto había deseado.

"¿Buscas a alguien?", pregunta con una sonrisa cómplice, con el brazo echado despreocupadamente sobre los hombros de Tina.

"Te buscaba a ti", respondo evasivo, apoyándome despreocupadamente en la mesa. "¿Dónde está el resto de tu banda?".

"La señorita Martínez parece haber desaparecido y Alice está con el chico de marketing...", interviene Victoria con voz burlona y hace una pausa. "¿Por qué lo preguntas?", dice sonriéndome con ironía.

"Puro interés", digo, tratando de no mostrar mi fastidio. No tengo tiempo para sus bromas de borracho; tengo que encontrar a Elena.

"¿Por qué no te quedas con nosotros?", se ríe Jerry, levantando su copa para hacer un brindis. "Podemos divertirnos mucho aquí, si sabes a lo que me refiero".

"Sí, ¿por qué no te quedas? Podemos divertirnos juntos, ¿qué te parece?". Victoria murmura, sus labios se curvan en una sonrisa tentadora y se inclina hacia delante para dejarme ver su escote. Es una oferta obvia que espera que acepte.

"Lo siento, no me interesa", respondo secamente y rechazo sus insinuaciones con un gesto de la mano. Sólo tengo a una mujer en mente y pensar en ella espiándome antes todavía me produce una descarga eléctrica, una mezcla de rabia y algo peligrosamente cercano al deseo.

"Tú te lo pierdes", hace un mohín, pero ya me estoy dando la vuelta para abandonar la zona del bar. Que Jerry se divierta con las dos, me da igual.

Así que sigo buscando y me dirijo al casino donde la vi a la hora de comer. El zumbido de las máquinas vibra bajo mis suelas mientras deambulo entre el mar de gente encorvada sobre las tragaperras y grupos alrededor de las mesas de ruleta. La ausencia de Elena en el bar es una burla, un desafío silencioso que despierta en mí una necesidad primaria. La idea de apretar su cuerpo firme contra el mío, de tomarla de una forma que haría sonrojar al cielo y al infierno, me envía un pulso caliente directo a la ingle. Quiero encontrarla. Tengo que hacerlo.

"Vamos, ¿dónde estás?", murmuro, buscando en los rostros esa chispa de picardía, ese halo de pelo oscuro. Pero es escurridiza, un fantasma fuera de mi alcance, y pensar que me estaba observando antes sólo aviva el fuego que lame mi espina dorsal.

"Hola, cariño, ¿has tenido suerte esta noche?". Una mujer me da una palmada en la espalda, con los ojos vidriosos por el exceso de esperanza y alcohol.

"Este no es el juego adecuado para mí", respondo, ignorándola. Mi mirada se detiene en una figura al otro lado de la mesa de blackjack: no es Elena, sino una mujer de silueta similar, embriagada. Un gruñido retumba en mi garganta al darme cuenta de que no es ella, no está aquí.

"Maldita sea, Elena", murmuro, apartándome de la falsa promesa. La desesperación por encontrarla y hacer cosas indescriptibles que ambos ansiamos me vuelve loco. Quiero devorarla, adorarla, llevarla al límite hasta que pronuncie mi nombre como una plegaria.

Con cada minuto que pasa, mi deseo crece. Debe ser castigada por lo que ha hecho. Y eso es exactamente lo que exige. "Destrozaré este maldito lugar si es necesario", me juro a mí mismo.

Me queda una última idea: ¡su habitación!

"¿Puedo ayudarle, señor?". La voz de la recepcionista es pulida y profesional, pero rechina ante la urgencia que me araña las entrañas.

"Necesito saber en qué habitación está Elena Martínez", exijo, levantándome por encima del mostrador, con la voz baja y llena de una orden que no admite discusión.

"Señor, me temo que no puedo darle los datos de ningún huésped debido a nuestra política de privacidad". La recepcionista me mira con serena determinación, imperturbable ante la tormenta que se avecina en mi pecho.

"Escuche, es importante, es mi empleada y yo pagué la habitación", me inclino más hacia ella, intentando dejar clara la gravedad de la situación sin derramar el caótico torrente de lujuria y frustración que amenaza con desbordarse.

"Señor Davis, independientemente de las circunstancias, debemos respetar la intimidad de todos nuestros huéspedes. Si conoce a la señora, ¿por qué no la llama?", responde imperturbable.

Se me habría ocurrido a mí. Por supuesto. Mi smartphone está en mi suite, así que me dirijo hacia allí.

Una vez allí, el silencio me sofoca y me aplasta con el peso del deseo insatisfecho. Las paredes resuenan con el recuerdo de su risa, el fantasma de su tacto. Me tiro en las sábanas frías e impersonales de la cama, y busco mi smartphone en el cargador de la mesilla.

Cuando miro la pantalla, me sorprende: hay un mensaje de voz. De Elena. Dura 5:14 minutos.

¿Tal vez una confesión? ¿Una disculpa? ¿O una invitación? Pulso el botón de reproducción con una mezcla de miedo y expectación.

Al principio no entiendo lo que oigo. Hay un susurro, seguido de movimiento y luego... un gemido.

"Joshua", gime, y mi nombre en sus labios es como una chispa que enciende la yesca seca de mi atadura.

Durante cinco minutos y catorce segundos, sólo oigo gemidos, los inconfundibles sonidos del placer. Estoy atónito, clavado en el sitio mientras escucho la sinfonía de su excitación. ¿Lo está haciendo ella misma, lo ha grabado y me lo ha enviado? ¡Qué guarra!

"Dios mío", jadeo y mi cuerpo reacciona instintivamente. El susto da paso a la fascinación cuando vuelvo a escuchar el mensaje, y cada vez estoy más hipnotizado por los sonidos eróticos que se despliegan en mis oídos. Mi polla se endurece en respuesta, prueba física del efecto que está teniendo inconscientemente en mí.

"Joder, Elena", gruño después de la tercera vez. Necesito oír su voz en directo, quiero follármela como nunca, quiero poseerla, domarla, follármela... lo que sea.

La llamo, pero sólo hay buzón de voz y vuelvo a colgar.

¿Ha apagado el móvil después? ¿Cree que puede jugar así conmigo?

Pienso febrilmente qué hacer: entonces lo sé. Le escribo un mensaje sin ambigüedades y me aseguro de que mañana reciba su merecido. Y ya está.

¡Y será celestial!

Entonces el mensaje se envía. Pero sólo tiene un tick. Así que el móvil está realmente apagado.

Me desnudo y me deslizo entre las sábanas, con el cuerpo palpitante de deseo insatisfecho. Por un momento, pienso en terminar la ducha, pero me lo guardo para ella. Para mañana. Porque entonces será mía. En mi cabeza, vuelvo a oír sus gemidos desde el buzón de voz. Es el último pensamiento antes de que el sueño me atrape y tenga un sueño de Elena tras otro.



Capítulo 9



ELENA



La dura luz de la mañana que se filtra a través de las cortinas de gasa me despierta suavemente, un cegador recordatorio de que la noche ha terminado y la realidad me espera.

Mis párpados se abren con dificultad tras esta noche agitada llena de sueños salvajes y el cansancio se aferra a mi conciencia como una terca tela de araña. La mullida cama del hotel me resulta extraña, pero por un momento agradezco su comodidad. Y entonces, como si fuera la cosa más natural del mundo, Joshua inunda mis pensamientos: un torrente imparable de recuerdos de lo que vi a través del ojo de la cerradura, su imagen persiguiendo mis sueños de una forma que hace que mi corazón se agite.

Suspiro, cojo el móvil que está en el suelo frente a la cama y lo enciendo, mientras una sensación de terror se instala en mi estómago.

Una serie de notificaciones de Tina aparecen en la pantalla, mostrando su escapada nocturna. Al parecer, no tiene ningún problema en hacerse un selfie mientras Jerry está detrás de ella sin pantalones, poniéndole las manos en el culo y... Ya sé lo que está haciendo.

Y así sigue: una foto incriminatoria tras otra de ella y Jerry. Las limpio mientras siento un hormigueo en la piel. Y entonces... ahí está. Un mensaje que me da escalofríos. De Joshua.

"Ven a mi suite a las 9 en punto. Lo he oído todo. Ven sola".

Las palabras de Joshua resuenan en mi cabeza como un sombrío tamborileo. ¿Qué ha oído? ¿Quiso decir ver? ¿Se ha equivocado? ¿Yo en la puerta de su ducha?

La confusión se mezcla con el miedo, y entonces mis ojos se posan en el mensaje de voz sobre su texto. Mi propio mensaje de voz. Uno que no recuerdo haber enviado.

Pulso el play. Al principio no oigo nada, pero luego, muy despacio, me doy cuenta de lo que

oigo. A mí misma. Mi voz, pero no sólo habla, sino que gime. Oh Dios, ¿qué he hecho? Anoche debí de sentarme en el móvil, pulsar el icono de desbloqueo, que no es especialmente complejo, y el resto... simplemente ocurrió.

El pánico se apodera de mí y siento el calor de la vergüenza inundar mis mejillas. "Oh, Dios", murmuro mientras el sonido de mi propia vulnerabilidad procedente de la grabación perfora el silencio de la habitación.

Me levanto demasiado deprisa y la cabeza me da vueltas mientras corro hacia el baño. La ducha parece ser el único lugar donde puedo lavarme la desesperación que se aferra a mí. Dejo que el agua corra por mi cuerpo, pero no ayuda a apagar la energía nerviosa que crepita bajo mi piel.

¿Qué dirá Joshua? ¿Me echará a la calle?

El pensamiento me recorre con una intensidad que no tiene nada que envidiar a la del agua hirviendo. Hasta ese momento, pensaba que lo de la sauna fue horrible. Pero esto era peor.

"No sirve de nada, hay que afrontar la situación", me amonesto y cierro el grifo. Mi reflejo en el espejo me mira, con los ojos muy abiertos por la preocupación y los labios apretados en una fina línea.

"Pase lo que pase, podrás con ello", le repito a mi reflejo, intentando creérmelo.

Me visto con cuidado, opto por un atuendo profesional pero discreto, con la esperanza de desprender una confianza que no siento. Cada segundo pasa con agonizante lentitud mientras me preparo para Joshua.

El desayuno está descartado, de todos modos no quiero ver a nadie más y espero en mi habitación. Entonces llega la hora: son casi las nueve cuando miro el reloj y sé que ha llegado el momento de la verdad. Vuelvo a mirar su mensaje, con el número de habitación debajo. Respiro hondo, cojo mi bolso y me pongo en marcha.

Hay un silencio inquietante en el pasillo de mi planta, la alfombra amortigua mis pasos. Casi tan silencioso que creo que se podrían oír los latidos de mi corazón martilleando contra mis costillas, recordándome con cada latido lo que está en juego. Mi trabajo, mi dignidad, mi estúpido corazón, todo.

"Respira hondo", me recuerdo, deteniéndome frente a su puerta cuando por fin encuentro la suite en la última planta. Mi mano vacila antes de llamar, y el sonido parece más fuerte que el trueno en el silencioso pasillo.

"Adelante", me dice la inconfundible voz de Joshua desde el otro lado y empujo la puerta,

adentrándome en lo desconocido.

Obedezco, abro la puerta y entro en la boca del lobo, donde Joshua Davis, mi jefe, el playboy multimillonario, ya me está esperando.

"Buenos días, Elena", me saluda, con un tono apenas interpretable. Está de pie frente a una pequeña mesa, justo en la amplia zona de recepción.

"Joshua". Su nombre es un susurro en mis labios. "Sobre el mensaje, yo..."

Elude mi tartamudo intento de disculpa y hay un brillo en sus ojos que no puedo descifrar. "Me gustó lo que oí. Y aparte de eso: ¿Has ido a la sauna últimamente?"

Mis mejillas se sonrojan y agradezco la distancia que nos separa. "Sí. Una vez".

"¿Sólo una vez?". Se levanta y acorta la distancia hasta que puedo oler su colonia, una mezcla de cedro y algo picante que me acelera el pulso.

"Solo una vez", repito, aunque mi voz apenas suena convincente, ni siquiera para mis propios oídos.

"¿Una sauna para hombres, quizás?", pregunta en voz baja, inclinándose despreocupadamente hacia mí. "Es bastante... liberador la sauna. ¿No te parece?"

"Tal vez". Mi mirada se posa en sus labios antes de que pueda contenerme. Este es un terreno peligroso y, sin embargo, la carga eléctrica que hay en el aire entre nosotros me mantiene firmemente atrapada.

"Dime, Elena", dice, levantándose la barbilla con un dedo para que podamos mirarnos a los ojos, "¿tú también enviabas a tus antiguos jefes... mensajes después del trabajo?"

Se me seca la garganta. "Fue un error. Un error grande y embarazoso".

"¿Lo fue?". Ladea la cabeza y me mira con una curiosidad que parece alimentar este extraño baile en el que estamos metidos. "¿O fue sincero? ¿Crudo? ¿Algo que siempre has querido expresar?"

"Joshua...". Su nombre es una llamada, una advertencia, pero él se limita a sonreír.

"Vamos Elena. Ambos sabemos que hay algo aquí. Una tensión que hemos estado ignorando".

"Porque es inapropiada", replico, aunque mi cuerpo traiciona mis palabras y me inclino hacia su atracción invisible.

"¿Es eso?". Se acerca y noto el calor que irradia su cuerpo. "¿O es exactamente lo que necesitamos los dos?".

"¿Necesitamos?". Tartamudeo, con la respiración entrecortada. Debería dar un paso atrás, pero no lo hago. No puedo.

"Deseo. Hambre. Llámalo como quieras". Su mano llega hasta mi cintura, sus dedos acarician la tela de mi blusa como si reclamara un nuevo territorio.

"Joshua", exhalo, mi determinación se derrite bajo su contacto. "No deberíamos".

"¿Qué, no hacer las cosas *interesantes*?". Su pulgar roza mi cadera y me recorre un escalofrío.

"*Interesante* no es la palabra que yo elegiría".

"Entonces dime, Elena", susurra mientras sus labios se ciernen a escasos centímetros de los míos, "¿qué palabra elegirías?".

"No lo sé, yo...".

"El deseo", dice en voz baja, "es un plato que se sirve mejor... íntimamente".

El corazón me golpea la caja torácica, cada latido resuena en sus palabras. Da un paso adelante y no puedo evitar estremecerme hasta que mi espalda choca contra la fría pared. El aire está cargado de expectación y me envuelve el calor de su mirada.

"Joshua, nosotros...".

"Shh". Su dedo presiona suavemente mis labios, haciéndome callar. "Has visto todo de mí, Elena. Es justo que yo también te explore".

Sus manos se deslizan hábilmente bajo mi blusa, piel contra piel provocando un gemido involuntario en mí. Cada caricia suya es deliberada, cada movimiento planeado para hacerme desear más. Mi ropa se cae como hojas de otoño y quedo a merced de sus ojos hambrientos.

"Precioso", susurra besándome el cuello, con su aliento caliente en mi carne.

"Joshua...". Es una súplica, una rendición.

"Dime lo que quieres", me exige, mordisqueando la clavícula.

"Por favor", es todo lo que consigo decir, perdida en la sensación de sus dedos trazando círculos alrededor de mi ombligo y hundiéndose aún más.

"¿Por favor qué?". Se burla de mí y el brillo juguetón de sus ojos oculta la intensidad de sus actos.

"Tócame", jadeo cuando su mano encuentra su objetivo y sus dedos abren los pliegues de mi deseo con una maestría que me produce un escalofrío.

"¿Así?". Es implacable, rodea mi clítoris con precisión, provocando oleadas de placer que me recorren jadeantes y me estrechan contra sus hombros.

"Joshua, yo... ". Las palabras se interrumpen en un grito cuando me corro bajo sus caricias. Mi cuerpo se sacude bajo la magia de sus dedos, la primera cresta de una marea oceánica.

Pero no ha terminado. Por supuesto que no. La mirada salvaje de sus ojos promete más, mucho más. Con gracia fluida, se coloca en mi entrada y lo siento: duro, insistente, imposible de ignorar.

"¿Estás lista para mí, Elena?".

"Sí", susurro suavemente y cada centímetro de mí grita por él.

Me agarra, me tumba en el gran sofá y se desnuda. Entonces, el cuerpo de ensueño que me permitió ver ayer está encima de mí. Está allí, llenándome, estirándome, sus movimientos a un fuerte ritmo que hace que todo pensamiento coherente desaparezca de mi cabeza. Cada embestida es una exigencia, una declaración que resuena en mi interior.

"¡Joshua!", mis manos se aferran a sus brazos, anclándome en la marea de nuestra pasión.

"Mírame", me ordena y lo hago. En sus ojos se desata una tormenta, como la que hay dentro de mí.

"Soy tuya", le digo y la palabra me es arrebatada cuando me penetra con más fuerza y más profundamente, nuestros cuerpos rodando de deseo y satisfacción.

"Dilo otra vez", gruñe y lo siento palpar dentro de mí, la inminente ola de su clímax creciendo junto al mío.

"Soy tuya, Joshua. Sólo tuya", repito, con la voz quebrada cuando nuestro placer llega al clímax y nuestra liberación sacude la habitación que nos rodea, dejando sólo el eco de nuestros gritos compartidos.

Entonces se tumba a mi lado, sudoroso y respirando agitadamente, y las secuelas de nuestro encuentro son un testimonio de la ferocidad de nuestra conexión. Hay un latido, un momento de silencio, lleno del peso de lo que hemos hecho y de la certeza de que nada volverá a ser igual.

"¿Qué tal un jacuzzi?", pregunta entonces con una sonrisa.

El vapor del jacuzzi se arremolina a nuestro alrededor, un núcleo brumoso que oculta el mundo más allá de la suite de Joshua.

"Siéntate encima de mí". Sus palabras son una orden y obedezco encantada. Sus labios se tuercen en una sonrisa perversa y sus dedos recorren tentadoramente mi carne sensible, amasándola tan hábilmente que me retuerzo sobre él.

"Sí, jefe", exhalo, meciéndome contra él al sentir su deliciosa dureza dentro de mí, incluso a través del calor del agua burbujeante. Con cada movimiento, las ondas de la superficie se agitan a medida que nuestros cuerpos se sumergen en este oasis ilícito.

"Joder, Elena", gime mientras me agarra por las caderas y me empuja hacia él. "Eres increíble".

"Joshua...". Su nombre es como un mantra, cada sílaba acentuada por el empuje de su longitud dentro de mí. El agua que nos rodea se arremolina y fluye, igual que las sensaciones que crecen y menguan en mi interior.

"Mira qué rubor tan bonito tienes en la piel", murmura, con sus ojos oscuros de deseo recorriendo mi cuerpo, observando cada una de mis reacciones. "No me canso de mirarte".

"Yo tampoco", confieso, inclinándome hacia delante para capturar su boca con la mía. Nuestro beso es salvaje y desinhibido: las lenguas se enredan, el sabor del cloro se mezcla con la sal de nuestra piel. Es una mezcla embriagadora que alimenta nuestra pasión.

"Más", gimo mientras nos separamos y perseguimos el clímax que está cerca de nuestro alcance. Nuestro sexo es una serie de clímax, cada uno más intenso que el anterior, que marcan las horas que hemos pasado juntos en nuestro placer.

Entonces sucede y nos unimos en un mar de agua, vapor y placer.

"Date la vuelta", ordena Joshua mientras nos secamos y nos tumbamos en su cama. Su voz es ronca de lujuria mientras nos tumbamos en las sábanas de su enorme cama. Obedezco y me pongo de rodillas, con el corazón palpitando con anticipación. El aire fresco de la habitación contrasta con el calor que aún siento en la piel por el jacuzzi.

"Dios, sí, así, sin más", gimo al sentir cómo me penetra por detrás y me llena por completo. Sus manos recorren mi espalda, trazan la línea de mi columna antes de posarse en las nalgas, donde sus dedos se clavan con intención posesiva.

"Dime qué se siente", me pide, con un ritmo implacable mientras me penetra con un fervor que roza lo primitivo.

"Mancillada... Divina", digo entre jadeos mientras la crudeza de nuestra unión me recorre por dentro. La palabra "depravado" intensifica la excitación y confirma la naturaleza lasciva de nuestro encuentro.

"Buena chica", elogia y hay un matiz de oscuridad en su voz que me produce un escalofrío.

"Sólo para ti", repito y mi confesión anterior se convierte en un juramento que me ata, al hombre cuya implacable búsqueda del placer domina mis sentidos.

"Eres mía", gruñe y la posesividad de su tono aviva un fuego en mi interior que me hace desear aún más su dominación. Es una danza de dominio y entrega, me dejo llevar voluntariamente por su ritmo.

Su mano me rodea y sus dedos encuentran el manojito de nervios dentro de mi coño que promete liberación. Mis pensamientos se pierden en la letanía de gemidos y jadeos que llenan la habitación. Estoy a punto de hacerlo y Joshua está a mi lado.

"Ven conmigo", me ordena, y su orden me lleva al éxtasis una vez más. Con una última y profunda embestida, me sigue, su propio clímax se apodera de él mientras se desploma sobre mí. Nuestros cuerpos sudorosos son testimonio del hambre insaciable que no puede saciarse.

"Joshua", susurro, su nombre se me escapa como un suspiro en el silencio que sigue. Puede que la intensidad de nuestro deseo se haya apagado por el momento, pero las brasas de nuestra pasión siguen ardiendo, listas para volver a encenderse.

Me habré dormido. En cualquier caso, Joshua ya no está tumbado a mi lado cuando me

despierto. La luz ámbar del sol poniente cae sobre el horizonte de Las Vegas, proyectando largas sombras que se extienden perezosamente por su suite. ¿Ya es de noche? ¿Hemos pasado aquí todo el día?

¿Dónde estará? Entonces le veo. Está de pie junto a la ventana, una silueta en la luz mortecina, y su voz rompe el silencio que se ha instalado entre nosotros desde nuestro último y urgente encuentro amoroso.

"Escucha, Elena, tengo que irme. Una comida de negocios en la ciudad", dice sin girarse para mirarme. Su tono es despreocupado pero definitivo, un marcado contraste con la apasionada urgencia de antes.

Me incorporo, envuelvo mi cuerpo desnudo con la sábana de satén y de repente me siento expuesta. "Por supuesto", murmuro, intentando corresponder a su despreocupación.

Joshua ladea la cabeza y por fin me mira. Sus ojos siguen mi mandíbula con una intensidad que me revuelve el estómago. "Hoy... ha sido increíble. Hacía mucho tiempo que no tenía sexo así".

Sus palabras deberían calentarme, pero las siento como hielo. Asiento con la cabeza, aunque un inquietante escalofrío me recorre la piel.

"Que quede claro: fue algo de una sola noche. Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas, ¿no?". Me dedica una sonrisa apenada que no le llega a los ojos. "Eres mi asistente, Elena. Y quiero que siga siendo así".

Me trago el nudo que se me hace en la garganta y esbozo una sonrisa. "Entendido, Joshua. Por supuesto". Pero mi instinto me dice algo completamente distinto. ¿No había dicho que yo era suya? ¿Era sólo palabrería?

"Bien". Asiente, aparentemente satisfecho y se da la vuelta para terminar de vestirse.

Mientras recojo mis cosas, cada caricia pasa por mi mente, cada promesa susurrada se siente vacía. Mi corazón late dolorosamente, una sinfonía de arrepentimiento al ritmo de mis movimientos apresurados. Soy su asistente. Sólo su asistente. ¿Cómo he podido olvidarlo?

Me pongo el vestido, la tela se adhiere a mi piel enrojecida y me recuerda lo que ocurrió entre estas paredes. Cada paso que doy hacia la puerta me parece más pesado, lastrado por el peso de lo que he hecho.

"Nos vemos, Elena", dice Joshua, ya concentrado en su teléfono móvil.

"Nos vemos", repito, mi voz suena extraña a mis oídos.

Fuera, en el pasillo, el clic de la puerta al cerrarse resuena como un martillazo y sella mi destino. Me apoyo en la pared, con una mano en el pecho, donde mi corazón vacila entre la rabia y la nostalgia. ¿Había cedido a sus caprichos de playboy? ¿Era una conquista más? ¿Una broma en el viaje de la empresa?

Mi reflejo en la superficie pulida del ascensor se burla de mí y miro hacia otro lado. El descenso es rápido, pero la caída parece interminable.

"Estúpida", me susurro a mí misma. La palabra es un duro golpe para mi ya magullado ego. La oficina va a ser un infierno, puedo sentirlo. El persistente olor de él en mi piel es la prueba de mi error de juicio.

"Nunca más", juro, pero el temblor de mi voz delata mi inseguridad.

El aire fresco del vestíbulo apenas puede calmar el calor de la vergüenza que me rodea. Joshua Davis, el jefe multimillonario con un atractivo imposible de resistir. Y yo, Elena Martínez, he entrado directamente en el ojo de la tormenta, armada sólo con un corazón insensato.

"Nunca más", repito, saliendo a la noche iluminada por el neón e intentando recuperar el aliento. Mi determinación es tan frágil como la fachada que llevo puesta y estoy al borde de las lágrimas, preguntándome si debería dejarlo ya mismo o esperar hasta después del viaje.

El vuelo de vuelta a casa es mañana, ¿cómo voy a pasar el día?



Capítulo 10



JOSHUA



Se ha ido. Y eso es bueno, me digo, poco después de que cierre la puerta tras de sí con decisión y el silencio de mi suite amenaza con engullirme.

Me dejo caer de nuevo en la cama, con las sábanas arrugadas, húmedas y con su olor, prueba de la pasión a la que nos hemos entregado durante todo el día. Dios mío, el sexo ha sido genial. No sé cuántas veces lo hemos hecho, cada vez ha sido como desprender una nueva capa de pasión cruda y desenfrenada y dejar al descubierto la esencia de esa mujer que tanto me fascina.

"Es perfecto", murmuro en la habitación vacía y recuerdo cómo se retorció debajo de mí y cómo gemía, sonidos que podrían volver loco de deseo a un hombre. Pero es más que lo físico; es el fuego en sus ojos, el desafío en su tacto. No se rindió sin más, se enfrentó a mí.

Y eso es exactamente por lo que tenía que terminar. Aunque me costara.

Me levanto, balanceo las piernas sobre el borde de la cama y me sirvo un whisky solo. El líquido me quema la garganta y me tranquiliza. Sólo uno. Esa es la regla tácita que sigo. Así es más seguro para todos.

"Aunque, ¿no debería haber añadido otra noche?", me pregunto, mientras agito el contenido de color ámbar en mi vaso. "No, sabes que no. Los recuerdos de mujeres pasadas arañan los bordes de mi mente y amenazan con asomar: mujeres que querían más, que veían en mí algo que yo no podía o no quería darles. El final es siempre el mismo: Decepción, dolor... y a veces algo peor.

Bebo otro sorbo y dejo que el alcohol difumine estos recuerdos. *Las cosas podrían haber sido diferentes con Elena, ¿verdad?*, susurra una voz interior. Sacudo la cabeza con fuerza. No puedo permitirme pensar en ello, siempre me lleva a complicaciones, a sentimientos que no tienen cabida en mi mundo.

"Mantente profesional, Davis", ordeno al reflejo en la ventana. Las luces de Las Vegas me

devuelven el parpadeo, indiferentes a la confusión que me invade por dentro. A las luces no les importa que el nombre de Elena esté grabado a fuego en cada rincón de mi cerebro y que pensar en ella me produce escalofríos.

"Seguiremos trabajando con normalidad. Ella lo entenderá, se lo he puesto fácil para que se olvide de esto", me digo. Y sin embargo, el hambre vuelve a crecer en mí, insaciable, como si ese día con ella hubiera encendido algo en mí que ya no se puede apagar. Jugueteo con la idea de ir tras ella, de follármela de nuevo, pero eso es una fantasía. Una fantasía peligrosa.

"¡Basta ya!, parezco un desastre emocional. Sólo ha sido sexo", gruño, dejando el vaso vacío sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

Es hora de que el viaje llegue a su fin. Pasado mañana la veré en la oficina y entonces tendré que volver a ser el jefe, no el hombre que ha saboreado el paraíso y anhela más. Enterraré estos anhelos, los encerraré y tiraré la llave. Porque si no lo hago, corro el riesgo de que todo termine como siempre. Y no quiero eso. Ni para mí ni para ella.

Dos semanas después.

Hojeo los contratos de mi escritorio con la mente ausente, pero no dejo de levantar la vista y mirar a Elena, sentada en su escritorio tras la pared de cristal. Las resplandecientes luces de Las Vegas fueron hace unos días, pero los ecos de aquella noche reverberan en cada rincón de mi despacho. Elena está aquí, haciendo su trabajo como antes. Sigue habiendo un vacío palpable entre nosotros. ¿Pero no es eso exactamente lo que yo quería?

"Buenos días, Josh", me saluda Jerry, asomando la cabeza por la puerta del despacho y sonriendo ampliamente, sacándome de mi ensoñación. Todavía me resuenan en los oídos sus anécdotas en el vuelo de vuelta, cuando quiso describirme con detalle su sexo anal.

"Buenos días", respondo con voz ronca. "Estoy ocupado", añado, porque no quiero oír otro sermón al respecto. Afortunadamente, se marcha enseguida.

Miro la pantalla y el informe en el que estoy trabajando. En realidad es un trabajo para Elena, pero he decidido reorganizar un poco su trabajo. Eso significa que se acabó la sobrecarga, en su lugar le he asignado tareas más sencillas y le he dado más libertad. Si puedo hacer su día a día más fácil, tal vez ella pueda superar su resentimiento hacia Las Vegas ... ¿y no renuncie después de todo? La idea me parece absurda, porque eso era exactamente lo que quería antes de Las Vegas.

"Elena", grito, tratando de mantener mi voz normal después de imprimir el informe. "¿Puedes archivar esto? No hay prisa".

Sus ojos parpadean hacia los míos, fríos y distantes. "Por supuesto, señor Davis". La formalidad de su tono me escuece más de lo que quisiera admitir. Desde que volví, ha vuelto a llamarme por mi apellido. No puedo culparla.

"Gracias, Elena", le digo, manteniendo una fachada neutra.

Cuando asiente con la cabeza y vuelve a darse la vuelta, no puedo evitar que mi mirada se detenga en su figura en retirada y en ese culo tan bien formado. Sé que me evita deliberadamente; parece lógico después de mi desaire. Probablemente piensa que ha caído en la trampa del cliché porque se acostó con el jefe y en este momento intenta recuperar su autoestima. No se da cuenta de que no es la única culpable del rechazo.

"Jerry", grito a mi teléfono porque necesito concentrarme en otra cosa. "Vamos a repasar la propuesta Henderson antes de comer".

"Claro, jefe". Casi puedo oírlo sonreír al otro lado del teléfono porque estoy seguro de que está a punto de volver a sacar sus historias de Las Vegas.

La tarde avanza a cuentagotas, silenciosa y llena de trabajo. Observo a Elena a través de la pared de cristal. Cada uno de sus movimientos es meticuloso, su dedicación inquebrantable.

"Joshua, ¿estás bien? Pareces... distraído", me dice Jerry, llamando mi atención sobre el presente y el papel que tengo delante.

"No pasa nada", miento suavemente. "Sólo estoy pensando en la mejor manera de abordar a Henderson".

"Ya veo. Entonces vamos a presionar para..."

Pero sus palabras son desechadas por la visión de Elena agachándose frente a la pared de cristal para recoger algo y sacando inconscientemente el culo en mi dirección, igual que en la habitación del hotel, lo que despierta en mí un calor que no quiero reconocer. Desvío la mirada y aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duele.

"Perdona, ¿qué has dicho?", le pregunto a Jerry, fingiendo interés mientras una guerra se desata en mi interior.

"No pasa nada, obviamente tienes otras cosas en la cabeza. Podemos hablar de ello más tarde", sonríe y me lanza una mirada cómplice. "¿Sabías que Victoria, la de marketing, es bisexual? Te lo digo, la forma en que amasaba las tetas de Tina cuando me la follaba era única y..."

"Está bien, Jerry.", digo, odiando que pueda tener razón. No importa cuántas veces me diga a mí mismo que lo mantenga profesional, la imagen de Elena invade mis pensamientos, rogándome ardiente. "Déjame en paz, ¿vale?".

"Está bien. Hasta pronto, compañero", dice Jerry y se despide con una sonrisa. "De todas formas quería pasarme por el departamento de contabilidad a ver qué se pone hoy Tina".

"Céntrate, Joshua", murmuro, intentando recordar los detalles de la cuenta de Henderson. Pero sólo puedo pensar en su risa suave que solía enriquecer mi vida en la oficina antes de Las Vegas.

"Maldita sea", maldigo, levantándome bruscamente al darme cuenta de nuevo de que no hago más que mirarla. Necesito espacio, aire... lo que sea para librarme de esta obsesión. Porque eso es exactamente lo que es, una obsesión que crece con cada desaire.

"Me tomo un descanso", salgo de la oficina con una determinación que más bien parece una huida. En realidad, huyo de ella, de mí mismo y del hecho innegable de que, a pesar de todo, sigo teniendo la tentación de cruzar esa línea una vez más.

Más tarde, cuando vuelvo a sentarme detrás de mi escritorio con la puerta bien cerrada, las cosas no mejoran. Elena ya ha dado por terminada la jornada y tampoco hay nadie más. El interminable zumbido de la ciudad se filtra a través de las persianas, un marcado contraste con el silencio que reina entre estas paredes. Me reclino en la silla, mis dedos se ciernen sobre el teléfono con una ansiedad que parece estúpida.

Entonces pulso PLAY.

Y de nuevo, escucho el mensaje de voz de Elena y siento cómo mi polla se agranda al oír cómo pronuncia mi nombre. Es una instantánea de pasión que nunca podremos volver a vivir. Parece que me va la agonía, porque saboreo cada sonido que hace: el sonido de su lujuria descarada, sus suaves jadeos que antes se mezclaban con los míos. Y no hay duda de que siento una opresión en el pecho; no es sólo lujuria, es algo más profundo, algo peligroso.

"Joshua", vuelvo a oír suspirar al teléfono, cierro los ojos y dejo que el recuerdo me inunde. Es una especie de cruel auto-tortura, escuchar esta intimidad de fantasía mientras estoy sentado aquí solo.

"Maldita sea, Elena", murmuro, aunque no es culpa suya. Es culpa mía por darle al play, por aferrarme a un momento que ya ha pasado.

Pasan los minutos, ¿o son horas?, mientras lucho con esta obsesión incontrolable. Me levanto

bruscamente y atravieso mi despacho. La oscuridad entra por las ventanas, pero eso no es nada comparado con las sombras que golpean mi determinación.

Mi imaginación se me escapa por completo. En mi mente, la veo entrar en este momento, mirándome con lujuria, inclinada sobre mi escritorio, con el lápiz atascado en el pelo mientras me enseña el culo, invitándome a tocarlo. Casi puedo sentir de nuevo el sedoso vello castaño deslizándose entre mis dedos.

Llevo la mano al cinturón, que me desabrocho con movimientos rápidos y experimentados para sacar la polla. Aquí no hay nadie más que los fantasmas y el velo de la noche; nadie que vea al poderoso Joshua Davis perecer de su propio deseo y ocuparse de sí mismo.

Giro la silla del despacho hacia la ventana, miro a lo lejos y empiezo a frotarme la polla dura mientras imagino la imagen de Elena debajo de mí, su cuerpo complaciente y ansioso. Su nombre es una plegaria silenciosa en mis labios mientras mi mano persigue la liberación con movimientos fervientes que no hacen sino aumentar mi hambre.

"Dios, Elena", jadeo, imaginando sus ojos oscuros brillando de lujuria y sus labios abriéndose en un gemido destinado a mí y sólo a mí.

Mi débil reflejo en la ventana es el retrato de un hombre enrojecido por el deseo y ensombrecido por el arrepentimiento. La tensión aumenta y estalla en el clímax.

Cuando la lujuria amaina, queda una gran claridad. Me sorprende y me deja sin aliento una intensidad que me es ajena incluso a mí. Como playboy que soy, he tenido más de una cita de una noche, pero ninguna me ha dejado tan... tocado.

"Dios mío", murmuro, pasándome una mano por el pelo. El corazón aún me late con fuerza por las secuelas de mi placer solitario, pero es la imagen de Elena la que permanece en mi mente, vívida e indeleble. Es como si la tuviera grabada a fuego en el alma, y eso me pone nervioso.

Nunca he sido de los que se detienen en el pasado, y mucho menos en las conquistas sexuales. Son deliberadamente fugaces. Pero no puedo negar la verdad. Elena no es sólo otra muesa en el poste de la cama; se ha convertido en el estándar por el que se miden todas las demás... y se encuentran deficientes.

Siempre me he enorgullecido de tener el control y de ser impermeable a los enredos emocionales que parecen seducir a los hombres inferiores. Sin embargo, aquí estoy, atrapado por sus recuerdos, una mujer que tiene motivos para odiarme después de que la echara tan cruelmente de mi suite.

"Tal vez tenga que hacerlo con ella una vez más. Sólo una vez más para deshacerme de ella para siempre", pienso, intentando racionalizar lo irracional. Pensarlo me electriza. Pero no será fácil.

Me ha estado evitando desde nuestro regreso y me ha tratado con una fría profesionalidad que es tanto una barrera como cualquier muro. Acercarme a ella, después de todo lo que ha pasado, sería una temeridad y una locura... una desesperación. Pero eso es exactamente lo que me va. Puedo ganar hasta el juego más desesperado. Ya sea profesionalmente o en la cama. Eso es lo que me hace, eso es lo que me define.

"Mañana", susurro, la palabra es una promesa o una maldición. "La conquistaré de nuevo. Una vez más".

Es un riesgo que podría explotarme en la cara. Pero la alternativa, este ciclo interminable de añoranza y arrepentimiento, es insostenible.

De repente, se me ocurre una idea. Una idea tan atrevida, escandalosa y diabólica al mismo tiempo que al principio quiero descartarla. Pero entonces me doy cuenta de que esta pequeña idea podría proporcionarme múltiples placeres. Sin limitaciones, las líneas estarían completamente claras. Sin complicaciones como antes. Pienso para mis adentros como que no se me había ocurrido antes y sonrío ante mi propia ingenuidad.

"Lo tendrás. Y mucho más", me digo.

Con una última y decidida inclinación de cabeza, limpio mis huellas en el suelo, apago la luz y salgo del despacho.

Mañana haré a Elena una oferta que no podrá rechazar.

Y entonces será mía. Al menos físicamente.



Capítulo 11



ELENA



Las últimas dos semanas fueron simplemente horribles! ¡El más puro infierno! Sentada en el sofá descolorido de mi estrecho piso de Nueva York, no puedo evitar sentir que el zumbido incesante de la ciudad se burla de mi ingenuidad.

"Estúpida, estúpida, estúpida", susurro a la taza de café tibio que sostengo entre las manos. El amargo líquido hace tiempo que perdió su acogedora calidez, igual que la que una vez sentí por Joshua Davis.

Cada mañana, en el trabajo, me reciben sus penetrantes ojos azules, unos ojos que parecen mirarme, indiferentes. No puedo olvidarme de cómo se oscurecieron de deseo bajo las luces de Las Vegas, ni puedo olvidar la sensación en mi alma cuando me despidió después de haberse hartado de sexo conmigo.

"Buenos días, Elena", me saluda despreocupadamente todas las mañanas, con una nueva amabilidad que antes no existía, como si no hubiéramos compartido cama y como si mi piel no siguiera ardiendo donde él la ha tocado.

"Buenos días", murmuró débilmente, mirando la pantalla del ordenador mientras siento el rubor en las mejillas y el temblor en los dedos. Una lucha diaria para fingir que todo es normal mientras sigo temblando por dentro, me ahogan los recuerdos de nuestro día de sexo juntos.

No puedo entender su comportamiento. Lo que tuvimos fue tan diferente, tan intenso. ¿O me he dejado seducir por su encanto y todo ha sido una farsa? Sé que debe ser así, aunque me cueste admitirlo. Probablemente no significaba nada y yo no era más que otra conquista en su carrera de donjuán.

Una parte de mí quiere gritar, exigir respuestas, entender por qué parecía tan real en esos momentos. Pero no quiero. No puedo. Porque sé que se burlaría de mí con la mirada.

En lugar de eso, voy a hacer algo diferente: algo que debería haber hecho hace mucho tiempo. Mañana voy a renunciar y tomar las riendas de mi vida, que perdí por completo en Las Vegas.

¡Control!

Lo que estoy haciendo aquí en este momento es más o menos lo contrario.

Las sombras se forman en mi dormitorio, veo constantemente el contorno de un hombre que estoy tratando de olvidar. El zumbido de la ciudad bajo mis pies es una canción de cuna que no ayuda a calmar la inquietud de mi alma. Joshua invade mis pensamientos, sin ser invitado ni bienvenido. En la tranquila oscuridad, la nostalgia me envuelve como un sudario.

Cierro los ojos e intento bloquear las imágenes, pero persisten, como el deseo palpitante con el que lucho desde Las Vegas. Lo odio, quiero odiarlo tanto que me quema, pero cada vez que intento dormirme, mis pensamientos vuelven donde no deben y siento sus manos y su aliento en mi piel. Es una traición que he cometido contra mí misma y la detesto.

Sé que debería parar, pero no puedo. Mientras todo mi cuerpo se estremece, me levanto y me ducho para quitarme la suciedad, pero sigo sin sentirme limpia después. Luego voy al salón, miro mi smartphone, que he dejado allí, lo suficientemente lejos como para no poder enviar otro mensaje, y miro el reloj: 00:30. Debería intentar dormir y dejar de pensar en él.

Pero en lugar de dormir, las voces de mis compañeros en la cocina del café empiezan a aparecer en mi cabeza. Sus susurros son un trasfondo constante, tan insidioso como un virus. Creen que no me doy cuenta, pero lo hago: la forma en que juntan las cabezas, las miradas furtivas que me dirigen cuando creen que no estoy mirando.

"Chica, si has tenido algo con Joshua Davis, quiero detalles", me dijo Tina hace unos días, explicándome que la rumorología estaba a punto de desbordarse. Se apoyó en mi escritorio con una sonrisa conspiradora. "Eres oficialmente mi heroína, cariño".

Me obligo a sonreír con lo que parecía una mueca. "No hay nada que contar", mentí, pero la duda en sus ojos me dijo que no se lo creía.

"Vamos, Elena. Todos vimos cómo te miraba, y el segundo día no estabas por ninguna parte". Su voz se reduce a un susurro. "Puedes decírmelo. No se lo diré a nadie".

"¿Él... quiero decir... ¡su cosa! ¿Es tan encantadora como él? "

Resoplé, intentando disimular mi fastidio con humor. "¿Te refieres a que su encantadora fachada

oculta unos cimientos que se desmoronan?".

"Aun así, debió de ser un gran placer", me guiñó un ojo, apartándose de mi mesa.

"El placer está sobrevalorado", dije tras ella y volví a mi ordenador con un suspiro.

"Bueno, me lo estoy pasando muy bien desde Las Vegas. Mis colegas son muy amables conmigo", dice Tina con una sonrisa. "Pero no se lo diré a nadie y te respeto, cariño".

Más tarde, en la cocina del café, la inoportuna presión de una mano en la parte baja de mi espalda me produjo un escalofrío. Me di la vuelta y me encontré cara a cara con uno de los jefes de ventas, un hombre que obviamente pensaba que mi cuerpo era propiedad de la comunidad.

"Cuidado", gruñí, dando un paso atrás con una mirada capaz de cortar cristales.

"Eh, tranquila", se rió entre dientes, poco impresionado. "Después de Las Vegas, pensé..."

"Entonces pensaste mal", le interrumpí con gélido desdén. "Guárdate las manos en los bolsillos".

"Claro, princesa", dijo, levantándolas en señal de rendición antes de alejarse.

"Asqueroso", murmuro en voz baja, con las mejillas acaloradas por la humillación.

RING RING RING

El zumbido de un smartphone me saca de mis pensamientos. El mensaje era de Tina:

Acabo de volver de casa de Bob. Ha sido celestial. Me dijo que Joshua te había probado. Traté de explicar a todos que no había nada.

Pero te lo digo yo: te estás perdiendo algo con Bob...

Poniendo los ojos en blanco, dejo el smartphone a un lado y me pregunto si simplemente estoy con la compañía equivocada. Parece que todo el mundo lo hace con todo el mundo después de Las Vegas. Estaba todo bien para todos. Excepto para mí. Estaba literalmente consumida por el pasado.

"Voy a seguir adelante con esto. Lo dejo hoy". Me planto delante del espejo del baño, frente a mi

cansado reflejo, que muestra a una mujer al borde del abismo, con los ojos brillantes de una determinación forjada en el fuego de la humillación.

"Joshua, renuncio", digo en voz baja, ensayando mis palabras de nuevo, decidiendo llamarle por su nombre de pila por última vez. "Esto... no es lo que elegí".

Me maquillo, guardo la carta en el bolso y me siento como si llevara una piedra conmigo. A cada paso que doy hacia la oficina, repito mi mantra, un tamborileo silencioso que me impulsa hacia delante: Hoy recupero mi vida.

La ciudad palpita a mi alrededor y no se da cuenta del pequeño drama que tengo dentro. Pero cuanto más me acerco a la oficina, más pesan mis pasos. Cuando llego a las puertas giratorias, me siento como si estuviera vadeando maleza.

"¡Elena!". La voz de Joshua resuena a través de la pequeña rendija de la pesada puerta de roble cuando dejo el bolso. "A mi despacho. Te necesito para un dictado. Es urgente".

"¿Puede esperar?". Mi voz no suena como la mía: demasiado alta, demasiado tensa.

"No. Ven aquí".

Estoy temblando. Y aún así saco la carta de renuncia del bolso. Es como si el papel me quemara y me dejara una marca de fuego en la mano.

"Tranquila, Elena", murmuro, me doy la vuelta y me dirijo hacia la puerta como si me estuviera preparando para una pelea, mientras la carta de renuncia yace en mi mano como un ancla de plomo.

Entonces abro la puerta de su despacho.

"Entra", me dice Joshua.

Empujo la puerta y el olor a cuero y perfume me golpea como un puñetazo. Joshua está sentado detrás de su escritorio, con un vigor desenfadado y una despreocupación furiosa. Tiene las mangas de la camisa arremangadas, dejando al descubierto sus antebrazos y tatuajes.

"Cierra la puerta", me dice, y sus ojos se clavan en los míos. Asiento y obedezco, con el corazón latiéndome desbocado en el pecho. Luego, con un gesto sin palabras, me indica que tome asiento.

"En realidad, hay algo que...", empiezo, pero él me interrumpe con un gesto de la mano.

"Vayamos primero al grano. Es importante". Su tono de voz no admite discusión.

"No puedo esperar. Lo dejo", le digo y le tiendo la carta en la mano.

Joshua no se mueve. Se limita a mirarme. Es evidente que me tiembla la mano cuando le tiendo el sobre sobre la mesa.

"No", dice en voz baja y se inclina hacia delante, con voz dura como el acero.

¿Qué quiere decir con "no"? ¡Este tipo es aún más grosero de lo que pensaba!



Capítulo 12



JOSHUA



"Renuncio", la media frase de Elena resuena en mi interior mientras sigue tendiéndome el sobre blanco.

"No", es mi respuesta, que suena tan simple como ridícula, me niego a aceptar el papel de su mano. La palabra "No" flota entre nosotros, llenando el silencio y haciendo que nos miremos profundamente a los ojos e intercambiamos miradas que parecen tan naturales como el respirar.

Maldita sea: No me lo esperaba. Debo convencerla rápidamente de lo que pensé anoche.

"¿Cómo dices?". Parpadea, sorprendida.

"Ya me has oído, Elena. No voy a aceptar tu renuncia". Me levanto y me inclino sobre el escritorio para estar aún más cerca de ella.

Sus ojos se entrecierran ligeramente. "No puedes negarte, Joshua".

"Mira a tu alrededor". Mi tono es tan inflexible como las vigas de acero que sujetan este rascacielos.

Ella abre la boca, pero yo pongo mi dedo índice sobre sus preciosos labios, que tengo tan cerca en este momento y siento como un recuerdo pecaminoso. "He estado pensando en Las Vegas", admito sin rodeos, viendo cómo se sonrojan sus mejillas al recordarlo. "Y creo que cometí un error al alejarte de esa manera".

"¿Qué quieres decir?". Su voz se tambalea. "Eso fue... Quiero decir, estábamos...".

"¿Desinhibidos?". Me recuesto contra el fresco cuero de mi silla. "Tal vez".

"Joshua...". Ella traga saliva, su mirada se desvía brevemente antes de encontrarse de nuevo con la mía.

"Tengo una propuesta para ti, Elena". Elijo mis palabras con cuidado y me alegro de que su mirada muestre interés.

“¿Una propuesta?”. Hay confusión en su tono, sus manos juegan con el dobladillo de su blusa. “¿Qué tipo de propuesta?”.

"Digamos que me gustaría explorar un... un acuerdo que nos beneficie a los dos", digo, con la comisura de la boca torcida en una media sonrisa.

"Te escucho", murmura, y su voz es un sonido vacilante casi ahogado por el zumbido de la ciudad frente a las ventanas de mi despacho. En sus ojos parpadea un atisbo de incertidumbre, pero permanece sentada y retira la mano con el sobre, lo que yo interpreto como un pequeño éxito. La habitación parece cargada de tensión mientras ella se mueve inquieta de un pie a otro.

No puedo evitar sentir una oleada de satisfacción ante estas palabras. El tema de la renuncia parece estar fuera de la mesa de momento. Perfecto.

Me inclino hacia delante, apoyo los codos en el escritorio y entrelazo los dedos. Es el momento de jugar mis cartas.

"Antes dije que necesitaba que tomaras dictado, pero no era del todo correcto. En realidad quiero que escuches algo". La observo atentamente para calibrar su reacción mientras meto la mano en el cajón y saco el móvil. "Ya lo sabrás. Es tu mensaje, lo sigo escuchando". Entonces pulso el play.

El sonido llena la habitación y es inconfundiblemente Elena: sus gemidos entrecortados y sus súplicas susurradas resuenan en las superficies lisas. Su vergüenza es palpable, sus mejillas se sonrojan, pero también hay algo más, un deseo subyacente que no puede ocultar.

"Joshua, por favor...", empieza, pero su protesta se desvanece cuando la grabación continúa su sinfonía íntima. Su rostro palidece y se levanta, como si quisiera huir. ¿Acaso ha sido demasiado?

Entonces pulso STOP.

"Pienso mucho en Las Vegas y en ti", le digo en voz baja, casi como un gruñido, mientras el aire entre nosotros cruje con electricidad. "Esa es la parte de ti que no puedo olvidar. Esta es la mujer que quiero".

Se tapa la boca con la mano y sus ojos se desvían hacia la puerta antes de volver a centrarse en mí, con una tormenta de emociones hirviendo a fuego lento en sus profundidades. Está claro que se debate entre el deseo de escapar y la innegable atracción de nuestro pasado común.

Las palabras no fallan. Elena se queda inmóvil, como un ciervo atrapado en los faros de mi revelación. Me apoyo en el cuero de mi sillón de ejecutivo, mostrando con cada línea de mi cuerpo que controlo la situación.

"Sexo", le digo sin rodeos. "Contigo. Con regularidad. Tan desinhibido como en Las Vegas. Eso es lo que anhelo". Me pongo de pie y me apoyo en la parte delantera de mi escritorio para crear un espacio íntimo entre nosotros. "Y por eso, estoy dispuesto a pagar una prima considerable. A través de la nómina, por supuesto".

Esta última parte es complicada y tengo curiosidad por ver su reacción. Su boca se abre ligeramente y se queda sin palabras mientras procesa mi oferta. El pulso de su garganta late desbocado, como un pájaro enjaulado que bate las alas contra los barrotes de su jaula.

"Joshua", empieza de nuevo, tirando del dobladillo de su blusa, un tic nervioso que me resulta entrañable y excitante a partes iguales. "Eso no está bien. Se suponía que tenía que renunciar".

"¿Renunciar?". Me burlo un poco y me acerco un paso. "Sabes que no puedes hacerlo. Necesitas este trabajo". Hago una pausa y le levanto la barbilla para que me mire. "Se trata de nosotros".

"¿Nosotros?". Su palabra es más aire que sonido, sus ojos oscuros se abren de par en par por el conflicto. "No hay un "nosotros", es sólo un acuerdo, uno que es erróneo".

"¿Erróneo o poco convencional?", replico, dejando que mi pulgar roce su mandíbula. "Somos adultos. Nosotros ponemos los límites. Controlamos lo depravado que puede llegar a ser. Y yo te necesito, Elena. De todas las formas imaginables".

Se estremece, atrapada por la atracción de nuestro deseo mutuo. Pero hay una guerra detrás de sus ojos, una batalla entre su conciencia y el deseo que he despertado.

"Control", susurra, "¿es todo lo que quieres?".

"¿No es eso lo que has estado buscando? ¿Un hombre que se haga cargo?", murmuro, acortando la distancia hasta que sólo hay centímetros entre nuestros cuerpos. "Dime que tú no lo sientes también: el hambre, la anticipación. Dime que no te quedas despierta por la noche pensando en Las Vegas".

Mueve los labios, pero la protesta muere antes de nacer. En lugar de eso, exhala un suspiro tembloroso y su determinación parpadea como una llama en una tormenta.

"Joshua, yo...". La voz de Elena se interrumpe, su mirada cae hacia mi corbata antes de volver a mí. "No puedo dejar que me compres y ser tan carente de emociones. No puedo ser sólo una de tus historias".

"Eres más que una historia, ¿no te das cuenta?", pregunto, suavizando la voz. "Los sentimientos complican las cosas. Pero un acuerdo aquí...". Hago un gesto entre nosotros, "...es puro. Sin complicaciones".

Veo cómo su mente se agita y la agitación interior se refleja en su rostro. Es una mezcla embriagadora de miedo, excitación y una pizca de algo que se parece sospechosamente al anhelo. Quiere saltar, pero tiene miedo de aterrizar.

"¿Qué me dice, Srta. Martínez?".

Elena no contesta, y en ese silencio, mi propia necesidad se hincha, un maremoto que amenaza con llevarse toda mi distancia fingida. Porque, a pesar de todo lo que he dicho, sé que ella puede dejarlo y salir corriendo a contar una gran historia sobre el playboy Joshua Davis al mejor pelusa de la prensa.



Capítulo 13



ELENA



"¿Así que quieres comprarme... para tener sexo?". Susurro las palabras y siento que me tiemblan las rodillas cuando las imágenes de nuestra noche juntos resurgen en mi mente. Sus ojos se clavan en mí, sin parpadear, depredadores, pero con algo parecido a... ¿Deseo?

"Elena...". Joshua hace una pausa, inclinándose y apoyándose en su escritorio. "¿No ves que éste es el camino más fácil para nosotros?".

El corazón me late contra las costillas. ¿Lo dice en serio? ¿Es una especie de prueba enfermiza? La parte sensata de mí grita que salga corriendo, que escape de esta propuesta indecente. Debería haberlo hecho inmediatamente y no hacer montones de preguntas como una adolescente curiosa e inmadura.

Sé que eso es exactamente lo que debería hacer, pero hay algo peligroso y excitante parpadeando en lo más profundo de mi ser que no quiere huir del hombre que habitualmente atormenta mis sueños.

"Joshua, no puedo", digo débilmente, porque es la respuesta moralmente correcta, doy un paso atrás, necesitando distancia de su presencia avasalladora que amenaza con arrastrarme bajo su hechizo. Se acerca, paso a paso, como un león acechando a su presa. Y que Dios me ayude, una parte de mí anhela la caza.

"¿No puedes o no quieres?". Su voz es un ruido sordo que serpentea en el aire entre nosotros.

"Las dos cosas". Aprieto las manos para que no me tiemblen. Pero la imagen de Joshua, sin camiseta y sonriendo, me viene a la mente, igual que anoche en mi cama, cuando mis dedos bailaron sobre mi piel, traicionando mi determinación.

Sé que debería gritarle, resistirme a la idea de que pudiera poseerme con su riqueza. Pero, ¿me estaría negando algo más que dinero si me alejara? ¿Estaría negando la innegable atracción que

existe desde Las Vegas? En realidad quería que volviera a mí. Bueno, tal vez no de esa manera, pero...

"Joshua, yo...". Me quedo sin palabras mientras lucho con la confusión que siento en mi interior. Me está observando, esperando y sabe que ha desatado una guerra dentro de mí. Y maldita sea, es paciente, disfruta del espectáculo de mi lucha interior como si fuera la actuación más cautivadora que haya visto jamás.

Mi corazón galopa como un caballo salvaje en mi pecho. El silencio entre nosotros es grande, pesado y expectante. La oferta de Joshua sigue en el aire, llena de insinuaciones y deseos. Mi mente da vueltas, atrapada en un torbellino de *y si... y tal vez...* ¿Puedo hacerlo? ¿Debería hacerlo?

"Vale, me lo pensaré. Pero necesito tiempo", empiezo, con voz firme aunque me tiemblan los huesos.

"¿Tiempo?". Él levanta una ceja, una imagen de imponente seguridad contra el telón de fondo de su elegante despacho.

"Sí, tiempo para pensar". Mi determinación se endurece como la lava fría. "Y algo de distancia. Me gustaría tomarme una semana libre. Unas vacaciones".

Se sienta en su silla, el cuero cruje bajo su peso. Su mirada es inquebrantable, diseccionando cada una de mis palabras. "Vacaciones", repite, como si escuchara la palabra por primera vez.

"Por favor". Me llevo las manos a la cara y me muerdo las uñas, nerviosa. Me doy cuenta de que no parece que yo esté rechazando su oferta, sino más bien un intento desesperado de posponerlo todo.

"De acuerdo". Asiente lentamente, como un depredador que se rinde ante su presa. "Tómate tu semana. Pero que sepas, Elena", dice, levantándose de su asiento, el movimiento tan fluido es casi depredador. "Que cuando vuelvas, espero una respuesta".

"Una respuesta", respondo, sintiendo que el espacio a mi alrededor se encoge.

"Porque lo que quiero", dice con pasos deliberados, "eres tú, en mi cama, en mi escritorio, donde yo quiera".

Se me corta la respiración. Es una exigencia, no una petición, la adrenalina corre por mis venas. "No puedes...".

"¿No puedo?". Se detiene a escasos centímetros de mí, su presencia me abruma. "Te doy tiempo,

Elena, porque veo que lo necesitas. Pero recuerda siempre...", me levanta la barbilla con un dedo, obligándome a encontrar su intensa mirada, "siempre consigo lo que quiero".

"Y tú me deseas a mí", susurro, incrédula y con un deje de algo prohibido en las palabras.

"Más de lo que crees". Su tacto persiste, una promesa de calor y éxtasis.

"De acuerdo". Las palabras se escapan, pequeñas e inseguras.

"Vale", repite, con una sonrisa de satisfacción en la comisura de los labios. "Disfruta de tus vacaciones, Srta. Martínez".

Asiento con la cabeza, me doy la vuelta sobre piernas temblorosas y huyo de la oficina antes de que pueda seguir luchando. Cada paso que doy lejos de Joshua es como una batalla ganada, pero la guerra continúa en mi interior. Huyo en el ascensor, bajo las escaleras y me pregunto qué debo hacer. ¿Y si lo rechazo? ¿Me echará? Por otro lado, yo misma quería dejarlo...

"Vamos, Elena, no todos los días una mujer recibe una oferta así", me dice Tina entusiasmada por teléfono esa misma tarde cuando se lo cuento. Tenía que hablarlo con alguien, pero aún no estaba segura de si era correcto decírselo a Tina. Pero ya era demasiado tarde. "¿Has oído cómo suele tratar a las mujeres? Eso es prácticamente una declaración de amor del mismísimo Joshua Davis".

Mi agarre del auricular se tensa y se me escapa un suspiro cansado. *"Tina, no lo entiendes. Está ofreciendo dinero por..."*.

"¡Pasión, Elena! Pasión!", interrumpe, casi cantando la letra. "Y las dos sabemos que llevas fantaseando con él desde Las Vegas".

Me muerdo el labio al recordar algo que me resulta familiar. El sexo con él en Las Vegas fue algo fuera de este mundo. Como un secreto grabado a fuego en mis huesos. Pero lo que me propone me parece una traición a mis propios valores. Sin embargo, pensar en sus manos explorando mi piel me produce un escalofrío.

"Haces bien en tomarte un tiempo", me consuela Tina, que malinterpreta mi silencio como inseguridad. "Aclara tus ideas, sopesa tus opciones".

"Opciones". La palabra me pesa en la lengua. Opciones significaría que hay otra opción que no acaba conmigo comprada o en el paro.

"¡Exactamente! ¿Y quién sabe? Para cuando vuelvas, Jerry podría volver arrastrándose después de que le pillara con esa joven becaria haciéndole una presentación privada en la sala de fotocopias", dice Tina con una risa carente de humor. "Los hombres son tan predecibles".

Me río en voz baja, aunque no lo digo en serio. *"Sí, predecibles".*

Por otro lado, el atractivo de Joshua es magnético, innegable y omnipresente. Pero, ¿es realmente predecible? Se ha colado en mis momentos más íntimos, quiere comprarme para que sea suya. Y mi corazón y mi moral luchan constantemente entre sí por su culpa.

6 días después

El zumbido sordo de la televisión suena incesantemente de fondo en un débil intento de ahogar el caos de mis pensamientos. Me tumbo en el sofá, con los ojos vidriosos, mientras las risas de una comedia en la televisión se burlan de mi inquietud. No he dormido bien en días y mi mente se acelera cada noche, reproduciendo las palabras de Joshua como un disco rayado.

Pero la verdad desnuda me afecta: quiere comprarme, un trato. Mi conciencia me grita que eso está mal, pero ¿por qué mi cuerpo me traiciona con su deseo de que me toque?

"Inmoral", murmuro, intentando grabar la palabra en el corazón. Pero la moralidad parece ser un escudo débil contra la tormenta que ha desatado en mi interior.

"Piensa, Elena, piensa", me imploro una vez más, pero todos los caminos conducen a él, al calor de Las Vegas, al peso de su mirada. A cada momento que pasa, la línea que separa el deseo del deber se difumina, una danza peligrosa en la que nunca quise participar.

Me levanto del sofá, apago la tele y decido que al menos en este último día no voy a pedir comida rápida a domicilio, sino que voy a preparar algo sensato para cenar.

Coloco las verduras sobre la encimera y saco el cuchillo del cajón, que brilla con el sol de la tarde y proyecta una nítida línea de luz sobre la encimera.

Luego empiezo con los tomates, mis movimientos son mecánicos: cortar, trocear, apartar. Una parte de mí está en sintonía con el ritmo del cuchillo, pero otra parte, la que no ha estado en contacto en toda la semana, sigue caminando por el fango de mis decisiones, imaginando el cuerpo de Joshua y mirando una vez más por el ojo de la cerradura de aquella ducha.

"Para ya, ¿y después qué?". La pregunta se cuela en mi cabeza como un invitado no deseado y no puedo apartarla. "Sin trabajo, sin certificado... O dicho de otro modo: ¿qué referencias me dará

entonces?". No se trata sólo del dinero, sino también de la mancha en mi reputación, la mancha del fracaso. Pero, oh, la tentación de huir de su mirada depredadora, del recuerdo de cómo se sienten sus manos....

"¡Lo quieres!", susurra una voz en mi interior, socarrona y seductora. Es verdad, ¿no? Su oferta puede ser inusual, pero también es una prueba. La prueba de que Joshua Davis, mi jefe, me ve como algo más que su eficiente ayudante. Más que un pensamiento fugaz.

"Más que...". Mi hilo de pensamiento se interrumpe cuando el cuchillo resbala y atraviesa la suave carne de mi pulgar en lugar del tomate maduro. "¡Maldita sea!". Maldigo en voz alta, suelto el cuchillo y me llevo la mano al pecho. La sangre brota de inmediato, resaltando en rojo vivo sobre mi pálida piel, el corazón me late con fuerza contra la caja torácica, alimentado por el dolor y una repentina oleada de miedo.

Busco una toalla y me la pongo sobre la herida. El corte es profundo y la visión de la sangre filtrándose a través de la tela me produce una oleada de náuseas.

"Esto es lo que pasa cuando dejas que algo se te meta bajo la piel, cuando dejas que venga a por ti en cualquier momento", me regaño, aunque no es sólo el ardor en la cabeza lo que me mareo.

Le pongo un apósito improvisado a la herida, pero las vendas de gasa que envuelvo siempre se empapan de color rojo. ¿Podría necesitar puntos?

Tropiezo con el teléfono, me tiemblan las piernas. Marco el número de emergencias y cada pitido se burla de mí y me recuerda lo sola que estoy en este caos. Mientras espero a que alguien me hable al otro lado de la línea, me apoyo pesadamente en la encimera y veo cómo una gota de sangre que parece haber salido de debajo del vendaje mancha el mármol impoluto: un vívido recordatorio de lo fácil que es que las cosas se desmoronen.

El olor estéril a antiséptico inunda mis sentidos cuando atravieso las puertas dobles de Urgencias, el resplandor de los faros como un interrogatorio tras el breve trayecto en taxi. Me han dicho por teléfono que lo haga. Probablemente no envíen una ambulancia para algo así. No es de extrañar, en realidad, ya que millones de personas viven en la ciudad, pero aún así me sorprendió la sugerencia del hombre al otro lado de la línea.

Mi mano, envuelta en un vendaje improvisado que es más morado que blanco, palpita sin cesar, un doloroso recordatorio de mi falta de atención.

"Por favor, necesito ayuda", le digo a la recepcionista, con voz más firme de lo que siento. Ella levanta la vista y sus ojos se abren ligeramente al ver mi mano.

"Por supuesto, déjeme registrarla". Sus dedos vuelan sobre el teclado, los clics resuenan demasiado fuerte. "¿Qué ha pasado?".

"Cocinando, me distraje y me corté". La mentira sabe amarga en mi lengua, pero admitir que la idea de Joshua me hizo caer en picado es demasiado humillante.

"Bien, toma asiento y te llamaremos en un minuto".

Asiento con la cabeza y me dejo caer en una de las sillas de plástico contra la pared. El dolor no es malo, me preocupa más la hemorragia que no cesa. Además, el dolor no es nada comparado con la angustia mental que me provocará la vuelta al trabajo mañana. Las últimas palabras de Joshua corren en bucle en mi cabeza: "Siempre consigo lo que quiero".

"Martínez, Elena", me llama una enfermera, sacándome de mi ensoñación.

"Aquí", respondo y me pongo de pie.

"Acompáñeme, por favor. Me lleva por un pasillo, con las suelas de las zapatillas chirriando en el suelo de linóleo.

En la sala de reconocimiento, la enfermera me quita el vendaje y estoy preparada para su reacción. Reacciona con una brusca inspiración. "Realmente te has cortado".

"Eso parece", murmuro, apartando la cabeza de su mirada. Puedo lidiar con enfrentamientos en la sala de juntas y crisis de última hora, pero esto... Esta vulnerabilidad me es ajena.

"El Dr. Rodríguez estará con usted en un momento". Me da una palmada en el hombro.

"Genial, otra persona para presenciar mi idiotez", murmuro para mis adentros.

"No se preocupe, hemos visto cosas peores. Le sacaré más sangre. Es la rutina normal en un caso como este".

"¿Más sangre?".

"Sólo un poco y del hombro. Es sólo rutina y una medida de precaución", dice.

Una vez hecho esto, me deja sola. Pasan los minutos, unos más largos que otros, hasta que por fin entra un joven médico. "¿Señorita Martínez? Soy el Dr. Rodríguez. Vamos a ver la herida".

El Dr. Rodríguez habla en un tono tranquilo y profesional, pero lo único que siento es la sangre

que me corre. "Puede que necesite puntos. Pero no es tan grave".

"Puntos. Estupendo". Aprieto los dientes mientras empieza a limpiar la herida. El dolor me sacude, agudo e implacable, pero es sólo una sombra de la confusión emocional que llevo dentro.

"No te preocupes. No te muevas. Puedo hacerlo enseguida", dice el Dr. Rodríguez con suavidad.

"Lo siento, es que...". ¿Cómo voy a explicarle que no es el dolor físico lo que me hace estremecer, sino la mirada exigente de Joshua, el peso de sus expectativas?

"Es comprensible. Ya casi ha terminado".

"¿Lo está?", le susurro, no sólo a él, sino a mí misma. ¿Hay algo que realmente haya terminado cuando se trata de Joshua Davis?

"Ya está. Espere fuera, le echaremos un vistazo al análisis de sangre dentro de una hora y podrá irse", me dice y se despide de mí, poniéndome una pequeña tirita en la herida, que ya no tiene ningún color rojo. Parece que ha hecho un buen trabajo.

Mientras espero y examino mi dedo, decido cerrar las heridas que Joshua me ha infligido en el corazón, aunque aún no sé si eso significa rendirme o marcharme. ¿Cierto?



Capítulo 14



ELENA



Me balanceo impaciente en la incómoda silla de plástico, la herida que me he curado parece olvidada hace tiempo, mis pensamientos vuelven a la oferta de Joshua, a quien tengo que contarle mañana lo que he decidido.

¿Pero no lo sé ya? ¿No tengo demasiada curiosidad como para rechazarlo todo? ¿Podría decir que sí y ver qué pasa? No es como si estuviera haciendo un pacto con el diablo para toda la eternidad, aunque a veces lo parezca. Se me dibuja una sonrisa en los labios al pensar en comunicarle mi decisión mañana.

"¿Señorita Martínez?". La voz de una enfermera rompe mi ensoñación y vuelvo la mirada hacia ella: "El Dr. Rodríguez la verá ya".

Asiento con la cabeza y visualizo lo que va a decir, esperando que el lío de mi cabeza haya terminado para cuando entre en la consulta del doctor.

"Por favor, siéntese", dice el Dr. Rodríguez con expresión seria. Me acomodo en el borde de la silla mientras mi corazón late tan deprisa que parece querer escaparse de mi pecho.

"Ya están los análisis de sangre y...". Hace una pausa y me mira con una seriedad que me revuelve el estómago. "Sabes que estás embarazada, ¿verdad?".

¿Embarazada? La palabra me golpea como un tren de mercancías y descarrila todos mis pensamientos menos uno: esto debe ser un error.

"No lo entiendo". Me tiembla la voz, al igual que las manos, que intento en vano mantener firmes.

"Según los resultados", continúa el Dr. Rodríguez, empujando una hoja de papel sobre el escritorio, "está embarazada".

Sus palabras flotan en el aire, pesadas e imposibles. Levanto el papel, pero los números en blanco y negro bien podrían ser jeroglíficos, ese es el sentido que tienen para mí.

"No, no puede ser". Me levanto bruscamente, me tiemblan las rodillas. "Tiene que haber un error. Por favor... Vuelva a comprobarlo. Tiene que haber otra prueba, algo..."

El Dr. Rodríguez me mira con una mezcla de distanciamiento profesional y preocupación subyacente. Tras un momento de duda, asiente. "Podemos hacer más pruebas si le hace sentir mejor, pero tendrá que tener paciencia. Déjeme decirle algo: Este resultado es bastante confiable".

"Haga otra prueba", le digo, con una mezcla de miedo y desafío en la voz.

"Muy bien", concede y se levanta de la silla. "Tomaremos otra muestra y haremos una gama más amplia de pruebas, así como un frotis. Seguro que tardaremos un par de horas más".

"Gracias", exhalo, aferrándome a estas palabras como a un salvavidas.

Mientras me tumbo en la camilla, mi mente se acelera. ¿Y si es verdad? Eso lo cambia todo. El trato con Joshua, mi carrera, mi futuro... todo se va al traste por dos pequeñas líneas en un informe médico.

Entonces me toman la siguiente muestra de sangre, me hacen la citología y me llevan de nuevo a la sala de espera, donde me pregunto si esto puede estar pasando de verdad e intento recordar cuándo tuve mi última regla.

Tres horas más tarde me vuelven a llamar. El Dr. Rodríguez me recibe con una pila de papeles sobre la mesa y una expresión ilegible. La fría certeza de sus ojos me lo dice todo incluso antes de que hable.

"Las pruebas lo confirman, señorita Martínez", dice en voz baja. "Está embarazada".

Escucho las palabras y cada sílaba es una pesada piedra que cae en la boca de mi estómago. Miro al médico aturdida, buscando un error, un resquicio, cualquier cosa.

"¿Está realmente seguro?". Mi voz es un susurro, una débil esperanza que se aferra a la negación.

"Absolutamente seguro. Hemos hecho varias pruebas". El Dr. Rodríguez me entrega los resultados, pero los números y la jerga médica nadan ante mis ojos. "Aún es pronto para una

ecografía, todavía no podrá ver nada. Entiendo que, obviamente, esto no estaba planeado. Si quieres hablar de opciones o de apoyo a las embarazadas...".

"Opciones", resuena hueco, sin haber asumido aún el cambio irrevocable en mi vida.

"Créeme. También hay opciones para los embarazos no deseados". Su voz es suave y penetrante, intentando llegar al fondo de mi estado de ánimo sin interferir demasiado.

No respondo, porque ¿cómo voy a explicar la maraña de miedo y confusión que bulle en mi interior? Mis pensamientos son una tormenta, caótica y furiosa, con el enigmático y furioso Joshua en su centro.

"¿Cómo es la relación con el padre? Hablar con él a veces ayuda a poner las cosas en perspectiva", continúa el Dr. Rodríguez, interpretando correctamente mi silencio. "Sabes quién es el padre, ¿verdad?".

"Es... complicado", respondo débilmente. La habitación parece contraerse, las paredes se acercan. Se me corta la respiración. En ese momento, siento que estoy expresando mis miedos más profundos.

"Vale", concede el Dr. Rodríguez, intuyendo la línea que no debe cruzar. "Recuerda que no estás sola. Hay gente que puede ayudarte con esto".

"Gracias", murmuro, agradecida por la atención, pero sintiéndome aún más sola que de costumbre.

"Tómate tu tiempo para pensarlo y no saques conclusiones precipitadas. La enfermera te dará folletos e información sobre cuidados prenatales. Me temo que tengo que pasar a la siguiente paciente. Y pida cita con el ginecólogo, debería verle con regularidad". Me dedica una sonrisa cálida y tranquilizadora antes de dejarme en la silenciosa habitación.

Cierro los ojos e intento respirar con calma, aunque me resulta difícil después de oír la noticia. Joshua, con sus trajes y su mente más aguda, se cierne sobre mí, una sombra que ensombrece mi futuro. ¿Cómo voy a decirle al hombre que quiere comprarme para su placer que vamos a tener un hijo? Se reirá de mí y me echará.

Me levanto inestable, las piernas me tiemblan mientras recojo mis cosas. El pasillo del hospital es largo, impersonal y estéril. Lo atravieso como un fantasma, sin ser vista, luchando con la enormidad de lo que tengo ante mí.

Las puertas correderas se abren con un silbido y me liberan al aire fresco del mundo exterior. Debería sentirme libre, pero el peso de mi secreto me retiene.

¿Qué debo hacer?, me pregunto, llevándome involuntariamente una mano al abdomen. Dejar que Joshua se entere. ¿O debo callarme y mantener la fachada de normalidad, al menos mientras no se vea nada en el exterior?

La puerta de mi piso se cierra de golpe a mis espaldas y el sonido resuena en la habitación vacía como un presagio. Me quito los zapatos y me dejo deslizar contra la fría madera de la pared de la entrada, con las rodillas recogidas hacia el pecho y los brazos rodeándolas con fuerza.

Mi corazón late como un tambor despiadado en mi pecho, amenazando con salir de su caja.

Me obligo a levantarme y camino mecánicamente hacia la cocina. La encimera sigue siendo testigo del desorden anterior a mi viaje al hospital, que limpio en silencio. Pero mi mente es un torbellino, atrapada entre una oferta inmoral y el niño que llevo en el vientre.

"¿Se lo digo?", me pregunto en voz alta, con la voz perdida en la inmensidad de mi piso. "Seguramente pensará que intento tenderle una trampa y que no es más que una táctica". Mi risa carece de humor, es una bocanada de aire que rompe el silencio. Joshua Davis, el hombre que lo tiene todo pero no regala nada, desde luego ni su corazón ni dinero para el hijo de su asistente.

"Maldita sea, ningún camino parece ser el correcto", digo y atravieso el salón de mi casa. Al pasar, un marco de fotos se tambalea precariamente en la estantería: una instantánea mía en mi graduación, llena de esperanza y determinación. Poco sabía la mujer de la foto que acabaría debatiéndose entre darle la noticia de su embarazo a su enigmático jefe multimillonario o dejar que la comprara.

"Tal vez... tal vez podría posponer esa decisión", reflexiono, sintiendo que el pánico se convierte en algo manejable. "Aceptar su propuesta, seguirle la corriente hasta que sepa qué hacer por nosotros, por mí y... y el bebé".

Instintivamente, vuelvo a llevarme la mano al estómago, un gesto protector que me resulta tan extraño como innato. Aparto la mirada del marco de fotos y siento que una nueva determinación, desconocida hasta entonces, se apodera de mí. Porque ya no se trata sólo de mí. También se trata de nuestro hijo.

"Sí, me parece lo mejor", digo al hacerme a la idea de la magnitud de mi situación. "Al menos por el momento".

Y tiempo es exactamente lo que necesito y es más probable que lo tenga si le doy a mi jefe exactamente lo que quiere.

Me desplomo en el sofá, repaso todo de nuevo en mi mente y espero que la decisión sea la correcta.



Capítulo 15



JOSHUA



Los últimos rayos de sol se filtran a través de las persianas y proyectan vetas doradas sobre el escritorio de caoba, un dibujo de cebra que no ayuda precisamente a calmar mis nervios. Sobre todo después de la acalorada reunión de negocios que acaba de terminar, tras la cual sólo se ha quedado en mi despacho Jerry, que por supuesto quiere hablar de mujeres y sueños sobre la becaria, mientras yo sólo escucho a medias. En general, todas las citas de esta semana parecían acaloradas. Mi temperamento se desborda prácticamente en cualquier ocasión.

"Jerry", le digo bruscamente cuando hace otro comentario lascivo sobre el largo de la falda de la becaria, "quiero ese tipo de comentarios fuera de mi despacho. Ya mismo".

Me mira, su asombro es evidente. "Vamos, Josh", se ríe, ajeno a mi mirada. "¿Desde cuándo te has convertido en el Sr. Moralidad?".

"Eso no tiene nada que ver". Las palabras son cortas y dulces. A veces me molesta que sólo me conozca en mi papel de playboy. ¿Cuándo cambió eso? ¿Cuándo pasó que me pone de los nervios con sus líos de cama? Conozco la respuesta. Se llama Elena.

"Lo que usted diga, jefe". Jerry sonríe, pero hay una pizca de cautela en sus ojos. Esta semana se ha dado cuenta de lo que pasa cuando me toma el pelo.

Después de que se despida y cierre la puerta tras de sí, el silencio de mi despacho me envuelve e intento aprovecharlo... pero no funciona, la inquietud de toda la semana sin Elena sigue ahí.

Camino arriba y abajo por el despacho, pensando en mañana. El día en que Elena volverá, me sirvo un vaso de whisky y me quedo de pie frente a la amplia ventana con el vaso en la mano. El líquido ardiente se arremolina y atrapa la luz, pero lo único que puedo ver es el rostro de Elena en el fondo ámbar del vaso.

¡Qué larga puede ser una semana! Pero no es sólo eso: es una semana para que ella piense y

decida. Se me aprieta el pecho cuando pienso en la propuesta que le hice: pago por sexo.

¿La aceptará? ¿Acaso he ido demasiado lejos?

"Mañana", murmuro al horizonte frente a mí, "volverá".

Un sorbo de whisky recorre mi garganta, reflejando la lenta espera de su regreso, de su respuesta. Miro las luces de la ciudad, que lo iluminan todo mientras el sol proyecta sus últimos rayos tras los rascacielos y desaparece poco a poco. El resplandor de la ciudad bajo mis pies no es nada comparado con la tormenta que se avecina en mi pecho. Me alejo de la ventana y me refugio en la fortaleza de mi escritorio mientras el peso de mis pensamientos me arrastra hacia el sillón de cuero.

¡Elena!

Ella es como un cometa que pasa sobre mi cielo, por lo demás predecible, iluminando los rincones oscuros que tanto he luchado por ocultar. Su dedicación al trabajo, las arrugas de su ceño al enfrentarse a cada reto... es más que admirable. Es... cautivador. Y luego estaba nuestra pequeña aventura.

Pero no son sólo sus curvas y sus labios suaves, aunque eso también suma, por supuesto. Toda su personalidad parece haberme calado hasta los huesos.

Pero también está la forma en que me miró antes de sus vacaciones, sus ojos llenos de dolor y rechazo, y a la vez brillantes y desafiantes. La imagen me persigue, una mancha indeleble en mi conciencia. Quizá por eso le di tiempo para pensar en ello, algo que normalmente nunca hago.

"Joshua", la voz de Jerry rompe el silencio al irrumpir en mi despacho sin llamar, "de verdad que no he entendido por qué me has tirado al cuello antes".

"Basta, Jerry", le digo, agitando el vaso de whisky para tener algo que hacer con las manos. Pero mientras el hielo tintinea contra el cristal, me parece oír la risa de Elena en mi interior.

"Tío, si estás tan tenso por lo de tu asistente, entonces...", se interrumpe, dejando que la insinuación cuelgue en el aire como la sogá de un presidiario.

"Tonterías", replico, pero en realidad sus palabras son púas que quedan atrapadas en las dudas que ya acechan en mi cabeza.

"Escucha", empiezo, suavizando un poco, "es diferente de lo que crees. Mucho más complicado".

"¿Desde cuándo Joshua Davis es complicado?". Jerry se burla, pero esta vez no me enfado. No lo entiendo porque nunca le he mostrado, ni a él ni a nadie, esta faceta mía.

"¿Tengo que ser siempre quien tú crees que soy?". Me doy la vuelta con el sillón para mirar hacia la ventana y no tener que mirar a Jerry. El débil reflejo que me devuelve la mirada no es el de un hombre que ve a las mujeres como conquistas... ya no.

"¿No eras así antes? ¿No era antes todo sexo para ti?", bromea Jerry, pero su chiste no da en el blanco.

"Normalmente, sí". Hago una pausa, con el sabor amargo de la sinceridad en la lengua. "Pero Elena... Ella es diferente".

"Ah, ¿el invencible Joshua Davis se ha enamorado?".

"¿Enamorado? No". La negación viene rápidamente, como reflejo. Pero no encaja. Hay un sentimiento persistente, una picazón bajo mi piel que insinúa problemas. "Es que... He estado pensando".

"Pensar puede ser peligroso", advierte, medio en broma, medio en serio.

Me paso una mano por el pelo y me pregunto si tendrá razón. ¿Estoy realmente enamorado? Y entonces, ¿no fue un gran error ofrecerle esto del sexo por dinero?

"Pero es la primera vez que te veo así. Desde...", Jerry hace una pausa. "Bueno, ya sabes, desde el asunto con...".

"No digas su nombre", digo demasiado alto. "Eso no tiene nada que ver". Jerry asiente y nos miramos en silencio, probablemente ambos sabiendo que mi forma de ser tiene algo que ver con el incidente de hace muchos años. Desde aquel recuerdo, que he desterrado de mi memoria, es mejor que no deje que nadie se me acerque demasiado. Nadie, especialmente las mujeres.

Por eso la oferta a Elena era el mejor compromiso posible. "Está bien. Será mejor que vuelva a...", dice Jerry, sabiendo perfectamente que no quiero hablar de esto y señala hacia la puerta.

"Sí, déjame en paz", le digo y me vuelvo hacia el cristal de la ventana con el sillón y el vaso de whisky, mirando las luces de la noche que cae.

Y funciona. Los oscuros fantasmas de mi pasado desaparecen y son sustituidos por pensamientos sobre Elena.

Vacíó el vaso y lo dejó sobre el escritorio con una sacudida que llena la habitación y me despierta del todo. Cuando vuelva a este despacho, a mi reino, lo haremos exactamente como le he sugerido. He dejado las condiciones muy claras: sexo disfrazado con beneficios económicos.

Mi reflejo en el cristal del ventanal parece asentirme, casi como si confirmara mis intenciones.

Pero no voy a ser tajante. No, primero voy a cortejarla. Cenas, bailes, promesas susurradas bajo las luces de la ciudad. Y cuando por fin se someta a mí porque lo desea, será maravilloso.

"Más tarde, mucho más tarde", pienso, y una sonrisa se dibuja en la comisura de mis labios, "me llamará por mi nombre y oírlo será tan dulce como una victoria".

Un golpe seco en la puerta rompe el silencio de mi despacho y desvío la mirada del sombrío horizonte de Manhattan. La pesada puerta de roble se abre y Jerry entra con su sonrisa arrogante, una sonrisa que me hace olvidar que compartimos dormitorio cuando éramos jóvenes.

"Joshua, otra vez yo", refunfuña Jerry, ajeno al ceño fruncido que se forma en mis facciones. "Tengo justo lo que necesitas. La distracción perfecta. Victoria de Marketing va a dar una de sus infames fiestas esta noche. ¿Y sabes qué? Todavía le faltan algunos tipos para..."

"Fuera, Jerry". Mi voz es firme e inflexible, pero corta su entusiasmo como un cuchillo. "No estoy interesado, ¿no fui lo suficientemente claro antes?"

Hace una pausa y su expresión se vuelve confusa. "Una orgía con Victoria es justo lo que necesitas, ¿no? Y creo que la becaria también". Su tono oscila entre la incredulidad y la burla.

"Fuera". Me levanto y la silla de cuero gime en señal de protesta. "No me lo vuelvas a preguntar, ¿entendido?"

Jerry está a punto de replicar, pero se detiene al ver el brillo peligroso de mis ojos. Luego levanta las manos desarmado y sale del despacho, murmurando algo sobre las reinas del hielo mientras la puerta se cierra tras él.

De nuevo solo, exhalo lentamente e intento deshacerme de la irritación. El tictac del reloj es un recordatorio implacable. Faltan doce horas para que Elena entre por esa puerta. Doce horas hasta que sepa lo que ha decidido.

Estoy seguro de que dirá que Sí. Pero, ¿y si no lo hace? ¿Se complicará todo aún más?



Capítulo 16



ELENA



Ha llegado el momento! ¡Voy a decírselo!

i Las puertas del ascensor se abren con un suspiro y entro en el despacho que tan bien conozco. Mis tacones repiquetean sobre el suelo de mármol y ahogan los latidos de mi corazón. Espero el momento de volver a enfrentarme a él. La agitada noche ha mantenido los sueños a raya, pero en este momento, cuando la pesada puerta de roble de su despacho aparece ante mí, las fantasías y los miedos se mezclan en una peligrosa danza, desplazando los pensamientos sobre nuestro bebé creciendo y complicando todo infinitamente más.

Llamo suavemente, casi esperando que no me oiga. Su voz retumba a través de la madera y abro la puerta de un empujón.

"Buenos días, Joshua. Mis palabras son tranquilas y no revelan nada de la agitación que hay en mi interior. Está sentado detrás de su escritorio de caoba, con el horizonte de la ciudad enmarcándole como un Zeus moderno. Su mirada se levanta de una pila de papeles y se detiene en la mía, una familiar sacudida de electricidad me recorre.

"Buenos días, Elena. ¿Qué tal las vacaciones?". Su pregunta tiene un matiz burlón y yo lucho contra el rubor que amenaza con revelar demasiado.

"Relajantes", miento entre dientes mientras me acerco a su mesa.

"Me alegra oírlo", se echa hacia atrás, con escepticismo en las cejas. Nuestras miradas se detienen, cargadas de un entendimiento tácito, un vínculo de tensión que se extiende entre nosotros.

"Sobre tu oferta...", empiezo y luego hago una pausa.

"Estoy deseando oír tu respuesta". Su sonrisa es confiada, como la de un depredador seguro de su

presa. Pero, ¿qué diría si supiera lo del bebé?

"Ya me he decidido: me lo quedo. Me refiero al dinero". La frase suena extraña en mi lengua, pero la desesperación le da un poder persuasivo.

"Excelente". Se levanta y acorta la distancia entre nosotros hasta que puedo oler su perfume, una mezcla de madera de cedro y algo más oscuro, más primitivo. Es embriagador, una tentación a la que me cuesta resistirme.

"Me alegro de que aceptes". Su tono es juguetón, pero sus ojos buscan en los míos una verdad que no quiero revelar.

"Digamos que... Lo he pensado y tengo mis razones. Razones personales". La confesión tácita sobre la pequeña vida que crece en mi vientre me arde en la garganta. Pero decido no decirle nada y esperar a ver qué pasa.

"Razones personales", murmura, pero parece satisfecho. Se acerca, me roza con una mano y siento un escalofrío.

"Eso lo arregla todo. ¿Podemos ponernos a trabajar?"

"Sí, me encantaría", digo, casi aliviada de que no quiera empezar en ese momento. Ese era mi mayor temor.

"¡Genial!". Da una palmada, el sonido es muy claro en la inmensidad de su despacho. "Y cuando acabemos hoy, ¿podríamos cenar juntos?". Su tono sugiere que es una pregunta y que podría estar de acuerdo o en desacuerdo, pero la intensidad de su mirada dice lo contrario, de lo que soy muy consciente, ya que acabo de acceder a ello

"¿Esta noche?", pregunto en voz baja.

"¿A no ser que tengas otros planes?". Su voz sigue siendo amable y tengo que admitir que, si así van las cosas, es la mitad de malo.

"No, no tengo planes. La cena suena bien". Me siento muy emocionada por esta proposición pero trato de no sonreír.

"Perfecto". Su sonrisa es contagiosa, y por un momento olvido que todo esto entre nosotros es mucho más complicado.

La jornada laboral es la misma que antes de mis vacaciones, sin embargo, de algún modo todo parece distinto. Joshua se muestra inesperadamente amable, me deja hacer descansos y me pregunta por mi carga de trabajo con verdadero interés, lo que en realidad me resulta bastante agradable.

Sigue dándome muchas tareas, pero son más fáciles, están mejor explicadas o son más manejables que antes. Es como si intentara integrarme de nuevo en la empresa sin agobiarme.

Pero cada vez que paso por delante de un espejo, cada vez que me detengo, la realidad me susurra lo que parece que estoy olvidando: ¿Qué pasará si le hablo del bebé? ¿Cómo puedo esperar que el infame Joshua Davis lo apoye?

"¿Estás bien? Pareces pensativa". Me sorprende y se coloca detrás de mí con una calidez en los ojos que nunca antes había visto.

"Todo va bien", le aseguro, poniendo una sonrisa practicada. "Sólo estoy volviendo a la rutina".

"Bien, bien". Asiente, aparentemente satisfecho y se retira a su despacho, pero luego se vuelve de nuevo. "Hoy puedes terminar pronto, ¿sabes?", dice, me guiña un ojo y desaparece tras su puerta de roble.

¿Joshua Davis me deja irme antes? Debo de estar soñando, ¿no?

Estoy hecha un manojo de nervios, de pie frente al espejo del baño mientras intento maquillarme, preguntándome cómo será la cena con Joshua. ¿Será tan simpático como hoy en la oficina o mostrará su otra cara? Es tan complejo y a la vez tan inescrutable. Entonces aparece un pensamiento: nunca hemos salido a cenar. Parece extraño, porque ya hemos dormido juntos, pero describe muy bien cómo lo nuestro no se parece a nada de lo que hayamos hecho antes. Nada es lo que parece. Nada. Ni siquiera mi vientre plano, que esconde un secreto.

Entonces me concentro: aplico una pasada de rímel para acentuar mis pestañas, seguida de un toque de colorete para dar color a mis mejillas y una pasada de pintalabios rojo que demuestre confianza, no desesperación. Quiero impresionar a Joshua, sí, pero a mi manera.

"Contrólate, Elena", murmuro, alejando los pensamientos. Cuando termino, salgo del baño, me acerco al armario y abro las puertas. Mis manos se deslizan sobre telas y estampados hasta que se detienen en un vestido que consigue el equilibrio perfecto entre elegancia y atractivo: un azul intenso que acentúa el color de mis ojos, con un corte que me favorece sin revelar demasiado. Perfecto. Porque no es una cena cualquiera, es un baile en la cuerda floja entre la lujuria y la profesionalidad.

El zumbido de mi smartphone me saca de mis pensamientos. Un mensaje de Joshua:

Tengo ganas de verte. Nos vemos pronto.

Me trago el nudo que se me hace en la garganta al darme cuenta de que yo también estoy contenta, cojo el bolso y bajo a llamar a un taxi para que me lleve a la dirección que me ha dado esta tarde.

El restaurante italiano que ha elegido Joshua es uno de esos lugares de los que la gente habla en voz baja, una joya escondida que brilla por su discreta opulencia. Cuando llego, un camarero me conduce a una mesa privada para dos, donde la luz de las velas parpadea seductoramente sobre el mantel de lino blanco. Joshua ya está sentado y me dedica una sonrisa casi seductora.

"Srta. Martínez, está usted... impresionante", me saluda Joshua y se levanta. Su voz es una caricia aterciopelada, su sonrisa lo bastante cálida como para ahuyentar el frío del aire vespertino.

"Gracias, señor Davis", respondo, dejándome llevar por la fingida formalidad. "Esto es precioso".

"Sólo lo mejor para ti", dice, y su mirada es tan intensa que se me acelera el pulso. Nos sentamos, pero en lugar de un silencio incómodo, comienza una conversación informal sobre pasta, marisco y su afición por la cocina italiana. Elegimos un menú y los platos son deliciosos.

A medida que avanza la velada, la distancia entre Joshua y yo disminuye, tanto físicamente, al acercarnos a la mesa, como emocionalmente, al desaparecer las capas de reticencia con cada confesión compartida.

"Nunca pensé que le contaría a nadie lo de mi miedo a las alturas", admite Joshua con una sonrisa tímida, mientras se limpia un poco de salsa de la barbilla con la servilleta.

"Todo el mundo tiene miedo a algo", le digo con voz suave y alentadora. "Para mí, es la pérdida de control. La sensación de que la vida me está sucediendo y no puedo... Ya no la controlo".

"¿Te sientes así en este momento?". Su pregunta flota en el aire, cargada de significado.

"A veces", confieso, la palabra se me escapa antes de que pueda contenerla. El corazón me golpea la caja torácica, traicionando la fachada de calma que he mantenido hasta el momento.

Joshua extiende la mano y toca la mía con el dorso. "Elena, sea lo que sea, nos ocuparemos de ello. No estás sola". En ese momento, siento como si mirara dentro de mi alma y viera el secreto que le he estado ocultando. Pero el momento se esfuma, seguimos hablando y entramos en temas que ninguno de los dos esperaba: sueños de infancia, aficiones y vacaciones. Cuanto más hablamos, más familiares nos volvemos, de modo que podemos olvidar fácilmente el mundo que hay más allá de la mesa. También le cuento mi secreta afición por el arte y las galerías de todo tipo y que he leído numerosos libros sobre ellas.

El encanto de Joshua es implacable y facilita que me abra, nuestra conversación fluye sin esfuerzo, me hace reír y a veces me sonroja a partes iguales.

"Dime, Elena, ¿qué te ha parecido el día? ¿Ha sido lo que esperabas?", me pregunta, agitando un poco del vino sin alcohol que, para mi asombro, sugirió de inmediato y me alegré de no tener que inventar una excusa por mi repentina abstinencia después de Las Vegas.

"La verdad es que no", admito, bajando la mirada hacia el mantel y el resto del postre que tengo delante. "Estabas... diferente. Más agradable". Levanto la vista y lo miró. "No es que por lo demás fueras terrible, quiero decir...".

"Terrible, ¿eh?". Su tono burlón se acentúa con el brillo de sus ojos. "Tendré que recordarlo".

Se me escapa una carcajada genuina y desprevenida y por un momento me olvido de todo lo demás, el trabajo, el trato y el bebé que llevo en la barriga, porque es agradable estar aquí sentada con él. Casi como si fuera real. Pero la realidad nunca está lejos y mientras las velas se consumen suavemente, proyectando sombras danzantes a nuestro alrededor, mi alegría se ve atenuada por la certeza de que todo esto podría arruinarse con una sola revelación.

"Joshua, tengo que decirte algo", empiezo, a punto de confesarme.

Me interrumpe suavemente y me coge la mano por encima de la mesa. "¿Quieres venir a mi casa?". Su contacto es electrizante, me recorre un escalofrío por la espalda y asiento con la cabeza, incapaz de expresar la tormenta de emociones que llevo dentro. La música suena, una melodía lenta y conmovedora que parece resonar con cada latido de mi corazón. El ambiente está cargado, lleno de promesas tácitas y pasión inexplorada. Me doy cuenta de lo que acabo de acordar y es exactamente lo que quiero, del hombre que quiero.

La tensión en el aire es casi palpable cuando las puertas del ascensor se cierran tras nosotros. Seguimos intercambiando miradas y su mano aprieta suavemente la mía mientras nos llevan directamente a su ático en el ascensor privado.

"Guau...", exclamo al abrirse el ascensor, revelando el amplio salón bañado por el suave

resplandor de las luces de la ciudad, pero los labios de Joshua capturan los míos antes de que pueda terminar de hablar.

Su beso es insistente, hambriento y devora toda duda. Puedo sentir que esto es exactamente lo que estaba esperando. Estamos hambrientos, codiciosos y nos dirigimos a trompicones hacia el dormitorio, dejando un rastro de ropa desechada a nuestro paso. Sus manos recorren mi piel con un fervor que me dice que me necesita tanto como yo a él.

"Joshua", jadeo cuando su boca recorre mi cuello y encuentra el punto sensible que me produce un escalofrío.

"Dilo otra vez", murmura contra mi piel.

"¡Joshua!". Mi voz es una súplica, una rendición mientras me aferro a él, perdida en la tormenta de pasión que nos rodea.

Caemos sobre la cama, la seda de las sábanas frescas contra mi espalda, en marcado contraste con el calor del cuerpo de Joshua apretado contra el mío.

Me toca el clítoris con la mano, jugando, provocándome. Gimo, agarro su polla dura e intento darle placer también. Los preliminares son bruscos, demasiado rápidos, y ambos nos damos cuenta de lo que queremos.

Entonces me penetra y me mira fijamente. Empuja despacio y va aumentando el ritmo. Nuestras respiraciones se entremezclan, calientes y pesadas, mientras él se mueve a un ritmo que me lleva al borde del abismo. Sus manos están por todas partes, dibujando fuego en mi piel y avivando las llamas que amenazan con devorarme.

"Joshua", exhalo, mi voz es un susurro ahogado en el mar de la emoción.

"Dime que quieres esto, Elena", me ordena, con la voz áspera por el deseo.

"Lo deseo", confieso, aunque una parte de mí tiembla al admitirlo. Mi corazón se acelera no sólo por la pasión, sino también por el peso del secreto que yace latente en mi interior. Un bebé, nuestro bebé, está creciendo dentro de mí, una verdad que aún no se la he dicho. Pero la lujuria simplemente barre ese pensamiento y no deja espacio para nada más que ardientes sensaciones rojas que recorren todo mi cuerpo.

Se mueve más deprisa, levantando mis caderas, cambiando el ángulo, jadeo ante la nueva profundidad que alcanza. La habitación da vueltas, cada nervio está lleno de placer mientras nos movemos en una nueva danza de pura lujuria, cada empujón y tirón nos acerca más al abismo común.

"Mhhmmm", gimo.

Nuestros movimientos se vuelven aún más salvajes, como una promesa silenciosa de liberación, y me aferro a él, con las uñas clavadas en los anchos músculos de su espalda. Juntos perseguimos la ola, nuestros cuerpos hablan un lenguaje más antiguo que las palabras, hasta que de repente estamos allí, cayendo por el borde hacia el olvido. Nuestros gritos se entrecruzan cuando nos separamos y volvemos a unirnos en el mismo instante.

Después, estamos tumbados uno junto al otro en un fuerte abrazo, Joshua sonríe lánguido y satisfecho mientras se vuelve hacia mí, sus rasgos se suavizan de una forma rara y hermosa.

"Esta noche ha sido genial", me dice, con un murmullo ronco que me provoca otro escalofrío.

Asiento en silencio, porque así ha sido. Pero también intento organizar el caos de mis pensamientos. Porque la alegría lucha con el miedo, la emoción con la aprensión. ¿Cuánto tiempo más podré mantener a nuestro hijo en secreto? ¿Qué pasará cuando se entere?

"Una cosa más: lo mantendremos entre nosotros. No quiero que nadie del trabajo se entere, ¿lo entiendes?", pregunta, a lo que yo asiento con la cabeza e intento no pensar en Tina. Pero estoy segura de que se callará. Está claro lo que quiere: saborear al máximo nuestro acuerdo para poder ponerle fin cuando quiera. Y así será, sin duda, a más tardar cuando mi vientre empiece a abultarse.



Capítulo 17



JOSHUA



Han pasado algunas semanas desde aquella primera cena y lo que ocurrió después. Aún recuerdo lo serena que se quedó cuando le expliqué que lo que había entre nosotros iba a seguir siendo un secreto, confinado a las sombras de la sobremesa.

"Joshua, el expediente Henderson que me pediste", dice Elena, colocando la carpeta en el borde de mi escritorio con su precisión habitual. Sus dedos apenas rozan los míos, pero están ahí: la tensión instantánea y el deseo que puedo ver en sus ojos. Cuando pienso en lo que hicimos anteanoche, me muero de ganas de repetirlo.

"Gracias, Elena", respondo cuando nuestras miradas se cruzan durante un instante. El aire cruje con palabras no dichas y deseo reprimido.

Ella asiente, tan profesional como siempre, pero noto que su respiración se entrecorta ligeramente. "¿Necesitas ayuda para algo más?".

La puerta de mi despacho bulle de actividad, pero en esta habitación es como si fuéramos las únicas personas del mundo. "En realidad, sí", digo, reclinándome en la silla y mirando el informe que tengo delante. "¿Puedes conciliar las cifras de esta sección con las del trimestre pasado? Hay algo que no cuadra".

"Por supuesto". Se acerca, se inclina sobre el documento y se concentra en las cifras. Nuestros hombros están a escasos centímetros y el aroma de su pelo, una mezcla de vainilla y algo exclusivo de Elena, me hace querer acortar la distancia. Pero los negocios son los negocios, desde aquella noche, jugamos a este peligroso juego de moderación en mi despacho, pero cada vez me resulta más difícil.

"Aquí", dice pasando el dedo por una línea de datos, "estas cifras se han ajustado debido a las nuevas normas fiscales. Puede parecer diferente, pero está en línea con las normas actuales".

"Ah, vale". Asiento, impresionado por su atención al detalle. "Bien visto. Tu habilidad para estas sutilezas es inestimable".

Sus mejillas se sonrojan ante el cumplido. "Muchas gracias. ¿Algo más?". Hay un tono juguetón en su voz que baila al borde de la coquetería.

"Nada por el momento". Me obligo a volver a concentrarme en la pantalla que tengo delante, aunque deseo con todas mis fuerzas que se quede y romper las reglas que nos hemos impuesto. "¡Esta noche seguro!".

Ella comprende, asiente y se retira a su escritorio, con el vaivén de sus caderas susurrándome secretos que no puedo retener por mucho más tiempo. Le envío un mensaje con los detalles de nuestro encuentro de esta noche, como de costumbre, siento cómo la expectación se apodera de mí una vez más.

"Hola", me saluda Elena al abrir la puerta de su piso. Su sonrisa irradia calidez mientras se aparta para dejarme entrar. Es mía. Sólo estamos nosotros, sin fingir, sin público, sin dramas.

"Hola", respondo en voz baja, sintiéndome atraído por ella como por la gravedad. Su piso es un reflejo de ella: sencillo y acogedor, su santuario que sólo conozco desde la semana pasada, cuando estuvimos aquí por primera vez y no en mi casa.

Tomo el agua que me ha servido, porque hace poco me dijo que no quería beber alcohol desde Las Vegas, lo que me sorprendió y me divirtió al mismo tiempo, pero de todos modos el sexo es mucho mejor sobrio. Nos acomodamos en el sofá e iniciamos una conversación como si fuera lo más normal del mundo. "¿Cómo te ha ido el día?", le pregunto, genuinamente interesado.

"Mucho que hacer. Tengo un jefe exigente, ¿sabes?", dice burlona y riéndose. Sus ojos se iluminan con una chispa que he llegado a anhelar.

"Exigente suena excitante, ¿verdad?", bromeo, viendo cómo sus labios se curvan en una sonrisa.

"Excitante no es la palabra adecuada", dice y me da un golpe en el hombro, con lo que le paso un mechón de pelo por detrás de la oreja. "Más bien...".

"¿Interesante?", murmuro, saboreando la conexión de nuestras miradas.

"Tal vez", dice con una sonrisa.

"¿Qué te apetece hoy?", pregunto en tono tranquilo.

"¿Sinceramente?".

"Por supuesto", respondo.

"Hemos hablado de tantas cosas que lo sabes todo sobre mí. Y tú me has contado todo sobre tu infancia, tu juventud, tu paso por la universidad". Hace una pausa. "¿Puedo saber también qué hiciste después de graduarte, hasta el momento en que te convertiste en jefe de tu empresa? No sé, casi parece que...".

La interrumpo antes de que pueda terminar y mi corazón martillea contra mis costillas. No es el momento. No estoy preparado para hablar de ese oscuro periodo de mi vida, así que hago lo que siempre cuando sale el tema. Acorto la distancia que nos separa, mis manos encuentran su cintura. "¿Cómo qué?".

"Joshua", empieza ella, con voz más suave. "¿Puede ser que estés intentando distraerme?".

"Tal vez". Mi voz es un susurro, pero la verdad es demasiado peligrosa, demasiado real. En lugar de eso, me inclino para besar sus labios, un beso que habla un lenguaje propio, que dice mucho de lo que no se ha dicho.

Ella me devuelve el beso de inmediato, con su cuerpo apretado contra el mío como si llevara todo el día esperándolo, y puede que así sea. Hay hambre en su tacto, una necesidad que refleja la mía, está claro que ambos lo estábamos esperando.

Mis dedos recorren sus mejillas y descienden por su cuello, sintiendo la suavidad de su piel. Nuestros besos se vuelven más urgentes, pero entonces me aparto un momento y veo una vulnerabilidad en sus ojos que antes no estaba ahí. ¿Qué le pasa?

"Dime que pare", digo, aunque todo en mi interior me pide a gritos que continúe. Es una prueba, un desafío, pero también un llamamiento.

"No lo hagas", me susurra, su mano encuentra la mía y sus dedos se entrelazan con los míos, una confirmación silenciosa de la creciente conexión entre nosotros.

"Bien", suspiro aliviado, porque parar es lo último que quiero hacer. Y cuando vuelvo a acercarla a mí, el resto del mundo desaparece y sólo me queda el deseo.

"Joshua", jadea entre besos mientras sus manos tantean los botones de mi camisa, dejando al descubierto centímetro tras centímetro de tentadora piel. Mis manos, igual de ansiosas, se deslizan bajo su blusa y recorren su cálida piel.

Nos levantamos, nos quitamos la ropa y la tiramos al suelo sin cuidado. Levanto a Elena, sus piernas me rodean la cintura y la llevo al dormitorio sin que nuestras bocas se separen.

La cama nos acoge y mimo su cuerpo con el mío. Cada roce es deliberado, cada empujón es un testimonio del hambre que hemos contenido. El mundo exterior deja de tener importancia; sólo existe Elena, sus gemidos llenan la habitación y me estimulan.

"Joshua, yo...", grita, clavándome las uñas en la espalda mientras perseguimos juntos la liberación, un crescendo de éxtasis compartido que nos deja jadeantes, exhaustos y entrelazados.

Cuando después se tumba a mi lado, el calor de su cuerpo contrasta con el frío que me cala hasta los huesos, me asaltan las dudas. Observo cómo sube y baja su pecho, cómo se le ablanda la cara por el sueño, y me entran unas ganas irrefrenables de contárselo todo: los miedos, las cicatrices, las sombras que se han instalado en mi alma.

Pero me prometí que no lo haría. Jamás. Así que me contengo, entierro mis confesiones en el pliegue de su cuello, respiro su aroma y dejo que el silencio hable por mí. La carga de mi pasado, pesada e inflexible, se interpone entre nosotros, una barrera invisible que deseo derribar desesperada y temerosamente.

Y sin embargo, ¿es posible que ese pasado me esté alcanzando? ¿Cómo puede ser, quise enterrarlo para siempre con el propio acuerdo entre Elena y yo?



Capítulo 18



ELENA



Una semana después.

Mis dedos vuelan sobre el teclado, escribiendo informes a un ritmo que se ha convertido en algo natural para mí, sobre todo desde que Joshua parece haber reducido la carga de trabajo por razones que desconozco, esta parte del trabajo me resulta fácil.

"Eres como una máquina", me dijo Tina esta mañana cuando vino a recogerme para mi descanso. Pero las apariencias engañan. Porque este afán por trabajar sólo pretende distraerme del torbellino que llevo dentro y que sigue amenazando con hacer aflorar, en orden alterno, mi embarazo, el trato con Joshua y lo que pueda deparar el futuro.

Ha pasado una semana desde nuestro último encuentro y todo en mi interior anhela que se repita y una pregunta angustiosa se impone en mi mente: ¿Me ha sustituido en secreto?

Cada mirada que intercambiamos aquí en la oficina, cada roce casual de su mano con la mía cuando coge un documento me hace temblar el corazón y me da esperanzas. Pero sé que no debo tener demasiadas.

Hago una pausa porque me tiemblan las manos al reflexionar sobre la profundidad de la conexión física que compartimos la semana pasada. Pero no es sólo eso: la conexión no es sólo física, es emocional y espiritual, algo mucho más profundo de lo que jamás habría imaginado de un acuerdo así. Parece estar lleno de secretos, que va desvelando capa a capa. Y lo que revela, muestra a un hombre que sólo me fascina más. Pero la semana pasada hubo algo... oscuro. Algo que aún no quiere compartir y que está relacionado con los años posteriores a la universidad. ¿He ido demasiado lejos con mi pregunta? ¿Acaso no está bien que cada uno tenga sus secretos? Sé que sólo me lo digo a mí misma porque soy la que tiene el gran secreto: el bebé en mi vientre que debería contárselo en algún momento y...

"Elena", interrumpe mi ensoñación la voz de Joshua, que suena tan frío y tranquilo como

siempre en la oficina. Realmente es un profesional en este juego. "¿Puedes venir un momento a mi despacho, por favor?".

Asiento con la cabeza, me levanto de la mesa, me aliso la falda lápiz y le sigo. Mis tacones repiquetean sobre el suelo pulido, un sonido que enmascara el revoloteo nervioso de mi estómago. Mientras cierro la gran puerta de roble tras de mí, me pregunto si debería decírselo en ese momento. Pero, por alguna razón, su despacho aún me intimida un poco. Quizá porque la habitación refleja al hombre mismo: imponente, inmaculado, con una pizca de salvajismo bajo la superficie y sin hijos.

"Hay un evento de negocios esta noche. Una cena. Me gustaría que me acompañaras", dice, cruzándose de brazos y apoyándose en su escritorio.

"Por supuesto, Joshua". Mi respuesta es automática y profesional, una máscara que oculta la maraña de esperanza y confusión que llevo dentro. "Supongo que se trata sólo de negocios", pregunto en voz baja, sintiendo el temblor en mi voz.

Levanta la vista, sus ojos penetrantes se clavan en los míos y el aire entre nosotros está lleno de anhelo tácito. "En realidad, no quiero que seas mi asistente, quiero que seas mi pareja".

Las palabras flotan en el aire y siento una sacudida de excitación. Este es un nuevo territorio, una desviación del guión al que ambos nos hemos ceñido tan estrictamente y de lo que creía que me estaba pidiendo que hiciera.

"¿Tu pareja?", repito, mi voz es poco más que un susurro mientras intento comprender qué significa eso para lo que sea que haya entre nosotros.

"¿Qué tan chocante es la idea?". Se acerca a mí lentamente, con una sonrisa en los labios. "Ya hemos jugado bastante al escondite, ¿no? Esta noche quiero que parezca real".

Mi cabeza zumba: ¿quieres que parezca real? ¿Entonces esto no es real? Eso es, la ambigüedad de sus palabras que hace que todo con él sea tan excitante, pero que al mismo tiempo me vuelve loca.

"Quiero decir: no más actuación. Sólo tú y yo", añade cuando se da cuenta de mi incertidumbre. ¿Así que una cita de verdad después de todo?

"Me... encantaría", tartamudeo y siento cómo se me sonrojan las mejillas. Los recuerdos de nuestros encuentros anteriores en su casa o en la mía se agolpan en mi interior: Piel con piel, respiraciones entremezcladas, el mundo confinado a nosotros dos. Nadie podía saberlo. Y en este momento todo es diferente.

"Quiero explorar a dónde nos puede llevar esto", susurra, acercándose tanto a mí que puedo respirar su aroma.

"Explorar podría ser... interesante", susurro, saboreando el hecho de que esté tan cerca de mí. Doy otro pequeño paso para que nuestros labios casi se toquen, atraídos por una fuerza a la que no puedo resistirme. Hay algo agudo y seductor en nuestras bromas.

"Ya lo creo". Su mirada es intensa y penetrante. "Después de todo, nuestras veladas juntos siempre son... interesantes".

Se me dibuja una sonrisa en los labios y me tiemblan las rodillas, porque nuestras veladas lo son. Nunca me había sentido tan deseada. Pero mientras nuestro coqueteo en la oficina baila al borde de lo apropiado, reprimo la pregunta que surge en mi interior. ¿Es todo esto real?

"Esta noche, entonces", dice, apartándose bruscamente un poco para que la tensión se disipe como el humo de un fuego apagado. "Ponte algo... inolvidable".

"Inolvidable", murmuro, con el corazón acelerado por la expectación.

"Ya está. Puedes volver al trabajo. Te escribiré todos los detalles más tarde", dice, yo asiento con la cabeza, me doy la vuelta y salgo de su despacho sin poder reprimir una sonrisa.

De nuevo en mi mesa, intento concentrarme en mi trabajo, pero es inútil. La imagen de Joshua, la sensación de su mirada, persisten. Esta noche seré su pareja. Esta noche los límites se difuminarán aún más. Pero la emoción disminuye rápidamente y mi cabeza se llena de preguntas. ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Adónde nos lleva esto? ¿Y cuándo tendré el valor de contarle lo de nuestro bebé?

Una voz en mi cabeza murmura. *Díselo ya, antes de que sea demasiado tarde. Después de esta noche, todo se complicará.*

Dudo y un calor desagradable me recorre. Pero la voz tiene razón.

"Joshua, ¿tienes un momento?", le pregunto mientras vuelvo a abrir silenciosamente la puerta de su despacho y capto su mirada.

"Adelante. ¿Qué pasa?", dice y me hace un gesto para que entre.

"Hay una cosa más que quería decirte, yo...", empiezo.

"¡Joshua! ¿Dónde estás? Henderson está en la sala de reuniones 4, esperando". La voz de Jerry

atraviesa mis pensamientos como un cuchillo al aparecer de repente detrás de mí y anular mi confesión.

"¡Mierda! Ya voy. Elena, puede esperar, ¿no?", pregunta, recogiendo sus archivos sobre el escritorio y corriendo junto a mí mientras yo doy un susurrado "claro".

Con un suspiro resignado, dejo pasar la oportunidad de confesarme, me siento en mi escritorio y miro su agenda para ver si hoy vuelve a tener tiempo para mí. Pero una cita sigue a otra. Tal vez unos minutos antes de comer, de lo contrario probablemente no vuelva a verle hasta esta tarde.

La única persona que apareció antes de la pausa fue Tina, que quería quedar conmigo para dar un paseo por el parque cercano. Joshua seguía en la reunión cuando nos fuimos. Mientras bajábamos solas en el ascensor, las palabras brotaron de mi interior: "Joshua me ha invitado a cenar esta noche, como su pareja".

"¡Chica, eso es fantástico!". A Tina se le iluminan los ojos de alegría. Su entusiasmo es contagioso, pero no sabe lo del embarazo, así que no puedo disipar la inseguridad que se esconde bajo mi alegría superficial.

Veo cómo la sonrisa de Tina se desvanece un poco y su mente parece divagar.

"¿Qué te pasa?", le pregunto.

"¿Podemos hablar fuera cuando estemos en el parque? Las paredes de aquí tienen oídos", dice, a lo que yo asiento con la cabeza.

"Jerry y yo hemos terminado", admite mientras cruzamos la carretera y entramos en el parque. "Debería haberme imaginado que había algo más. Las Vegas era sólo... Las Vegas, ¿sabes?".

Me detengo, tendiéndole la mano, se la aprieto para tranquilizarla. "Oye, nunca dejas de aprender, ¿verdad? ¿Y quién necesita a Jerry? Te mereces algo mejor que eso".

Suelta una risita y se le levanta un poco el ánimo. "¡Exacto! Cuéntame más sobre la cena. ¿Qué te vas a poner?".

No puedo reprimir la sonrisa que se me dibuja en la cara. "Obviamente algo memorable, si Joshua se sale con la suya", digo. "¿Pero no crees que debería cancelarlo porque al final sólo va a romper conmigo?".

"Joshua es diferente a Jerry. Nunca invita a nadie a salir". Tina me mira insistentemente. "Esto podría ser el comienzo de algo nuevo para ti".

"Tal vez", murmuro, aunque la duda asoma por los bordes de mi mente. Soy su asistente, y esa es la única parte que Tina conoce. No sabe nada del bebé. Así que quizá también sea el principio del fin.

"Sea lo que sea, es emocionante", dice Tina, sacándome de mi ensoñación. "Y te mereces toda la felicidad del mundo, Elena".

Asiento y me trago el nudo que tengo en la garganta. Quizá esta noche debería dejar a un lado las preguntas y los y si... y lanzarme a ver qué pasa. Aunque sólo sea por unas horas.

"Gracias, Tina. De verdad", le digo, sintiendo una oleada de gratitud por sus amables palabras y un poco de tristeza al mismo tiempo por el hecho de que ese tal Jerry se estuviera aprovechando de ella.

"Cuando quieras, nena", responde con un guiño. "Y quién sabe: después de una cita de verdad, podría haber algo de diversión. Imagínate..."

Dejo de escuchar y me dejo llevar por mis propios recuerdos de la semana pasada y los tiempos anteriores de los que Tina no sabe nada.

Sea lo que sea lo nuestro, ¡seguro que será una velada interesante!

Pero tenemos que enfrentarnos a la verdad antes de que nos pille desprevenidos.



Capítulo 19



JOSHUA



"A quí es. Espere aquí", le digo al chófer de la elegante limusina negra que he alquilado especialmente para esta noche.

"Sí, señor", dice y se detiene frente a la casa de Elena. Espero embelesado y me pregunto por un momento si la palabra cita no habrá sido demasiado precipitada. No, no lo es. Llevo una semana dándole vueltas. Es hora de dar este paso y conquistar mi pasado.

En cuanto la veo salir por la puerta, el tiempo se ralentiza y sé que he tomado la decisión correcta.

Lleva un vestido rojo que se ciñe a sus curvas como si se lo hubieran pintado y el collar de plata que lleva en el cuello hace que la luz de la luna destelle sobre su piel. Contengo la respiración; está impresionante, una imagen que se graba a fuego en mi memoria.

"Es un conjunto inolvidable", digo mientras abro la puerta y le tiendo la mano para que suba.

"Gracias", responde Elena y se sonroja. Es como ver florecer una rosa en cámara rápida y siento el impulso de saborear esa belleza de inmediato, pero me obligo a frenar. "El coche también", dice y me sonrío.

Mientras nos acomodamos en los asientos de cuero de la parte trasera de la limusina, el chófer cierra la puerta tras nosotros con un clic que nos protege de la realidad. El chófer también sube la ventanilla que nos separa de la zona del conductor, porque sabe que no debe escuchar, sobre todo porque la discreción forma parte de su trabajo. Cojo una botella y sirvo dos copas de vino espumoso sin alcohol; no se me había escapado la preferencia de Elena por las bebidas sin alcohol y tuve que decirle al chófer que trajera una botella. Le tiendo una copa con una sonrisa.

"Por una velada que espero sea tan encantadora como tu compañía", brindo, nuestras copas tintinean en silencio.

Bebemos un sorbo y nos miramos. Ninguno de los dos dice nada, ni falta que hace. Sus dedos tocan los míos cuando le quito la copa y es casi como si estuviéramos solos en el mundo. Nuestras manos se entrelazan casi automáticamente, como si fuera lo más natural del mundo.

"Joshua, yo...", empieza, pero me adelanto con un beso que expresa toda mi ilusión por la noche. Es un beso que promete más, de lo que hay bajo la superficie de nuestro acuerdo.

"Estoy deseando presentarte a algunas personas esta noche", confieso después de soltarla, mientras mi corazón sigue latiendo a un ritmo entrecortado contra mi caja torácica. "Pero, sobre todo, estoy deseando pasar la noche contigo".

Su sonrisa es una melodía que baila en el estrecho espacio del coche, y yo la absorbo, cada parte de ella.

"Asegúrate de no arrepentirte de esas palabras, jefe", bromea, sus ojos centellean divertidos, pero parece haber algo más acechando tras la fachada. ¿Pero qué? ¿Inseguridad? ¿miedo?

"Imposible", le aseguro y le aprieto suavemente la mano. Mi cabeza da vueltas a planes para hacer que esta noche sea inolvidable... para los dos. Ella no tiene por qué tener miedo, al menos no como yo.

"¿Más champán?", pregunto, a lo que Elena asiente.

La limusina se detiene suavemente frente a la gran entrada y al bajar ya puedo sentir el pulso del evento. La suave melodía de un cuarteto de cuerda se cuela por las puertas abiertas y se mezcla con el parloteo de la alta sociedad. Ayudo a Elena a salir del coche y no la suelto. Su mano está cálida entre las mías mientras caminamos hacia la entrada, cuya fachada de piedra está bañada por el resplandor dorado de numerosos focos.

"¿Estás preparada?", le pregunto, con una voz que apenas puede ocultar la expectación que caracteriza mi tono.

"Por supuesto", responde ella, con una fina sonrisa en la comisura de los labios.

Subimos los escalones cogidos de la mano. Todas las miradas parecen clavadas en ella, el rojo de su vestido resalta sobre la noche. Pero no es sólo el vestido, es la propia Elena. Lo sé, porque siento lo mismo cada vez que la miro. Es su aura la que atrae la atención de quien la mira.

"¡Joshua, cariño!". Isabelle Martens, una mujer de la alta sociedad, muy bien peinada, que es uno de los poderes filantrópicos de la ciudad, se abalanza sobre mí y me besa en las mejillas. "¿Y

quién es esta impresionante criatura?".

"Isabella, un placer como siempre", le digo con una sonrisa encantadora. "Permíteme que te presente: Elena Martínez, mi pareja de esta noche".

"Buenas tardes, Isabella. Encantada de conocerte", saluda Elena con una elegante inclinación de cabeza y con palabras llenas de calidez.

"Joshua, te has superado a ti mismo", sonríe Isabella, mientras sus ojos van y vienen entre Elena y yo. "Una belleza con gracia, tengo que decir que hacéis buena pareja".

"Gracias, Isabella", responde Elena, tan cortés como sincera es su sonrisa.

Nos movemos entre la multitud, un mar de trajes a medida y vestidos de diseño y cada conversación es una suave ola que nos anima a seguir. En cada esquina, otra cara, otro nombre, miembros del ayuntamiento, empresarios, artistas, todos deseosos de conocer a la mujer que tengo a mi lado.

"La Srta. Martínez tiene muy buen ojo para el arte", le digo a uno de los artistas y me enorgullezco cuando levanta las cejas con asombro.

"¿Ah, sí? Entonces tenemos que hablar de la última exposición", dice el hombre, dirigiendo sus palabras a Elena, que asiente con entusiasmo.

"Por supuesto", asiente Elena y observo la facilidad con la que conduce la conversación y formula sus pensamientos con un conocimiento que delata su juventud.

Mientras tanto, la estrecho contra mí y acaricio el dorso de la mano con el pulgar para tranquilizarla. Cada cumplido que recibe es una victoria compartida, cada mirada de admiración un testimonio de la increíble mujer que tengo a mi lado.

"Vaya, Joshua", comenta un magnate inmobiliario con una sonrisa, "no te creía capaz de una elección tan encomiable".

"Yo tampoco", confieso medio en broma, medio en serio e inclino la cabeza hacia Elena. "Pero aquí estamos".

"Efectivamente", responde Elena, y el brillo de sus ojos me dice que está disfrutando del momento tanto como yo.

"Disfrutad de la velada, los dos", brinda con nosotros mi interlocutor antes de saltar a la palestra.

"¿Acaba de...?", empieza Elena y sus palabras se disuelven en risas.

"¿Me ha piropeado piropeándote? Sí, lo ha hecho", termino por ella y no puedo reprimir una risita.

"Parece que estás lleno de sorpresas, Joshua Davis", se burla Elena, pero también hay admiración, un aprecio mutuo por esta noche casi mágica de momento.

"Sólo quiero lo mejor para ti, Elena". Las palabras se escapan, serias y descuidadas.

"¿Me lo prometes?". Su pregunta es ligera, juguetona, pero hay algo más profundo detrás de ella, algo que me atrapa con un fervor inesperado.

"Lo prometo. Aprieto su mano y sello el pacto con una simple palabra, sabiendo muy bien que la promesa va más allá de la reluciente fachada de esta noche.

"¿Quieres bailar? ", le pregunto a continuación, a lo que Elena me dedica otra sonrisa.

Un poco sudoroso por el último baile, que más bien fueron los preliminares, me apoyo en la barra y observo cómo Elena se ríe de algo que dice el camarero. Su cabeza está echada hacia atrás y el vestido rojo sigue atrapando mis sentidos.

"Veo que os lleváis bien", pregunto, aunque sólo es una excusa para acercarme a ella. El champán sin alcohol que le sirve el camarero parece brillar igual que sus ojos cuando se vuelve hacia mí.

"Sólo me dijo que te conocía y que no se había dado cuenta de que últimamente sales con mujeres sensatas", me responde brindando y sonriendo. Su voz es una melodía que acentúa mi creciente deseo. Se sienta en el taburete a mi lado y cruza las piernas con un movimiento lento y pausado que me acelera el corazón.

"Eres un auténtico golpe de suerte". Le hago una señal al camarero para que me sirva champán sin alcohol y me inclino hacia ella, tocándonos los brazos. El contacto me produce una descarga eléctrica que me esfuerzo por reprimir.

"Joshua", empieza, sus ojos se posan en los míos, "esta noche es realmente maravillosa, pero...".

"¿Está a la altura de tus expectativas?". Quiero saber todo lo que piensa y siente.

"Más que eso", admite, y puedo ver la sinceridad en sus ojos oscuros. Esta proximidad es embriagadora, más de lo que podría serlo cualquier licor.

Me acerco, con los labios a escasos centímetros de su oreja. "Estás impresionante esta noche, Elena. No sólo estás a la altura de la grandeza de este acontecimiento, sino que la superas".

Su respiración se entrecorta y gira la cara hacia mí, sus labios se acercan peligrosamente. "Todo es tan nuevo para mí, Joshua".

"Estás haciendo un trabajo maravilloso. Mejor de lo que yo nunca podría". Nos miramos a los ojos, el aire entre nosotros está cargado. Me doy cuenta de que ella también puede sentirlo, esta atracción que literalmente nos está pidiendo a gritos. Después de todo, ha pasado una semana desde que...

Vaciamos nuestras copas y las miradas entre nosotros lo dicen todo, es como si toda la música y todos los ruidos del evento pasaran a un segundo plano y nos quedáramos solos Elena y yo.

"Hay una habitación en esta casa donde se pueden ver las estrellas. Vamos y te la enseño", sugiero con una despreocupación que enmascara el palpitar de mi pulso.

"Muéstrame el camino", dice con una sonrisa. Serpenteamos por la villa, alejándonos del bullicio de la fiesta. Mi mano está en su espalda, guiándola por los pasillos repletos de obras de arte, Elena se detiene de vez en cuando para explicarme con entusiasmo de qué época es cada cuadro.

"Mira qué vista", le digo finalmente cuando llegamos a una maravillosa sala con enormes ventanales y una cúpula de cristal que enmarca el cielo nocturno. Esta noche está salpicado de estrellas como diamantes sobre terciopelo negro.

"Hermoso", susurra con los ojos fijos en el cielo, luego me mira a mí.

Le tomo la cara entre las manos. "No tan hermosa como tú". Entonces la beso, al principio suavemente, saboreando el sabor de sus labios, todavía dulces por el champán sin alcohol. Nuestro beso se hace más profundo y urgente, alimentado por el hambre que hierve entre nosotros.

Entonces la agarro y la atraigo hacia mí para que sienta lo que quiero.

"Joshua", respira contra mis labios, y hay una súplica en su voz que me dice que lo desea tanto como yo.

"Dime que pare y lo haré", le ofrezco mientras recorro con mis besos su mandíbula y su cuello, esperando que diga que no.

"No te atrevas", responde y vuelve a besarme. Cruzamos la habitación hasta la puerta, besándonos. Luego la suelto y cierro la cerradura con un chasquido que indica que estamos completamente solos.

Por un momento me mira como si quisiera decir algo, pero cierro la brecha que nos separa y la atraigo hacia mí. Su respiración se entrecorta cuando vuelvo a capturar sus labios, esta vez con indisimulada pasión. Mis manos recorren su cintura hasta llegar a los tirantes de su vestido rojo, que deslizo lentamente por sus hombros. Cada centímetro de piel que queda al descubierto aumenta un poco más mi deseo.

Los dedos de Elena trabajan en los botones de mi camisa y cada botón desabrochado me produce una sacudida. Nuestros movimientos son frenéticos pero sincronizados, una intrincada danza impulsada por nuestra creciente pasión.

"Joshua", gime mientras sus manos recorren el contorno de mi pecho, descubierto ante ella.

"Te deseo, Elena", respondo, sintiendo el calor de su piel bajo mis manos mientras su vestido se recoge a sus pies y se queda en ropa interior. Pero no por mucho tiempo. Le quito las dos prendas de su cuerpo perfecto.

La levanto sin esfuerzo, me rodea la cintura con las piernas y casi siento que mi polla encuentra automáticamente su objetivo. Pero sólo presiona suavemente contra su húmeda entrada mientras la empujo contra la pared. Cada jadeo y suspiro de sus labios alimenta el infierno que hay dentro de mí. Nuestras bocas vuelven a encontrarse, las lenguas se baten con un hambre insaciable.

"Dime lo que quieres", gruño en su cuello, mordisqueando su tierna piel.

"Todo", exhala, "lo quiero todo".

Es todo lo que necesito saber. La guío hasta la alfombra de felpa, nuestros cuerpos se entrelazan y nos exploramos mutuamente con una urgencia casi palpable. Primero se tumba debajo de mí, donde lentamente juego con mis dedos alrededor de su clítoris antes de dejar que mi dura polla se deslice dentro de ella. Tras unos minutos de placer, cambiamos de postura y ella se sienta encima de mí. Sus movimientos tienen un ritmo seductor que coincide con las palpitaciones de mi pecho.

"Joshua", susurra, clavándome las uñas en la espalda mientras se mueve a la perfección conmigo, "creo que...".

"Yo también", termino por ella, sabiendo que ambos estamos cerca del límite. "Yo también".

Y entonces ocurre, el mundo se reduce a nosotros dos, a la sensación de éxtasis que borra todo pensamiento excepto el nombre que grito en la oscuridad.

"¡Elena!".

"¡Joshua!".

El deslumbrante destello de luz ante mis ojos señala la tan esperada liberación, y las sacudidas de Elena encima de mí me indican que siente lo mismo. Después, nuestras respiraciones se mezclan en el silencio cargado, prueba de la tormenta que acabamos de capear juntos. Mi polla sigue dentro de ella y puedo sentir que esto es sólo el principio, lo haremos toda la noche....

RUMORES

La puerta se abre de golpe con una fuerza que retumba en toda la habitación, desgarrando el íntimo capullo en el que Elena y yo nos hemos envuelto. Elena grazna de asombro y mi corazón se acelera, la adrenalina se dispara mientras huimos bajo la manta de lana que tenemos al lado para cubrirnos. Los ojos muy abiertos de Elena reflejan mi propia sorpresa y su pecho se aprieta contra el mío con suaves respiraciones.

"Me lo imaginaba", dice la voz de una mujer cuyo nombre he querido borrar para siempre de mi memoria. ¿Qué hace ella aquí?

"¿Quién...?". La voz de Elena es un quejido, ahogado por la repentina intrusión.

"Sal de aquí, Virginia", ladro, intentando a la vez escudar a Elena con mi cuerpo.

"No creo que eso pase", dice Virginia, entrando y cerrando la puerta tras de sí.

¿Y qué lleva en la mano? ¿Un cuchillo?

Está realmente loca, nunca pensé que volvería a verla, precisamente aquí.



Capítulo 20



ELENA



"Pensé que te encontraría aquí", dice Virginia en un tono visiblemente divertido, mirando a Joshua y entrando en la habitación poco iluminada como si fuera suya. Parpadeo y me pregunto qué lleva en la mano. Entonces lo reconozco: es un manojo de llaves enroscadas en su dedo, un brillo metálico en la penumbra que podría haber sido cualquier cosa.

La observo con una mezcla de incredulidad y pánico creciente. "¿Quién es y de dónde ha sacado la llave?", pregunto al ver que Joshua no parece emitir sonido alguno y la mira como si hubiera visto un fantasma. Mi voz suena débil y delata el temblor de mi interior mientras abrazo la manta más fuerte a mi alrededor, cubriendo mi desnudez para no hacer esto más embarazoso.

Me dedica una sonrisa pícaro, con las comisuras de los labios torciéndose maliciosamente. "Le robé la llave al portero. Un poco de pestañeo y enseñar el escote puede llegar muy lejos". La despreocupación con la que admite el robo, como si no fuera más que un juego de manos, me hace estremecer.

"¿Y qué haces tú aquí? ¿Quién eres?". Me dirijo a Joshua. "La conoces, ¿verdad? La has llamado por su nombre. ¿Quién es esta mujer?", pregunto, con el corazón latiendo rápido en mi pecho.

Pero es Virginia quien responde. "¿Qué es lo que quiero? Cariño, esto no te va a gustar". Virginia se limita a enarcar una ceja como si le divertiera mi incomodidad, mirando al todavía silencioso Joshua.

"Vete, Virginia", dice entonces Joshua, y me alegro de que por fin diga algo. "Por favor, vete".

Virginia sonríe, pero no hay calidez en su sonrisa, como un gato jugando con un ratón particularmente interesante. "¿Por qué no me obligas, Joshua, como hiciste aquella vez?", se burla, con tono desafiante.

Luego me fulmina con la mirada. "Querida, tengo que decírtelo: Joshua y yo...", empieza,

haciendo girar la llave robada alrededor de su dedo como el péndulo de un hipnotizador. "Tuvimos lo que tú tienes con él no hace mucho. Aquí mismo. Las paredes de esta habitación fueron espectadoras de nuestras... escapadas. Éramos pareja. Verdaderos amantes. Incluso más que eso, teníamos...", entonces hace una pausa y parece como si algo dentro de ella se rompiera.

"¿Es así?". Mis palabras suenan secas, quebradizas, incluso para mis propios oídos. En realidad me he dado cuenta de que Joshua no era virgen, pero sigue doliendo oír que lo hizo en el mismo sitio con otra mujer. Hace que parezca que la noche no fue más que una estafa. ¿Y qué quiere decir con que eran pareja y algo más? ¿Casados? ¿Tienen un hijo? Mi mente se acelera.

"Y puedo decirte...", ronronea, acercándose como si compartiera un oscuro secreto entre viejos amigos. "Me enseñó el cielo estrellado. Seguro que a tí también te lo hizo, ¿verdad? Como ves, querida, no eres nada especial para él. Nos encandila a todas y pensé que debías saberlo".

Sus palabras me producen un escalofrío que me cala hasta los huesos. Quiero replicar, pero la conmoción que se apodera de mi garganta y amenaza con ahogarme con su amargo sabor me lo impide. Hay una especie de retorcida comprensión en sus ojos, un reconocimiento del dolor que compartimos que no llega a la sonrisa de sus labios.

"¿Vosotros dos...?", pregunta, volviendo a mirar a Joshua.

"Virginia", la voz de Joshua corta la tensión como una hoja de sierra. Giro la cabeza hacia él y veo que está sonrojado por la ira y la excitación. "No es lo que parece".

"¿No lo es?". El tono de Virginia es agrio mientras hace girar la llave alrededor de su dedo, con un brillo siniestro en los ojos. "Entonces, por favor, dime, Joshua, ¿qué es exactamente lo que estoy viendo aquí?".

Se mueve incómodo y su mirada finalmente se posa en mí. "Elena y yo... Fue algo de una sola vez. Fue sólo sexo aquí y en este momento, nada más. Sólo un rollo de una noche".

Las palabras me golpean más fuerte que un golpe físico. Sólo una cosa de una noche. ¿Por qué dice eso? ¿Por qué omite que trabajo para él? Y aparte de eso: La noche fue todo lo contrario. ¿Qué había pasado con la palabra pareja que llenaba la habitación tan a menudo esta noche?

Mi corazón se aprieta, mis pensamientos se revuelven unos sobre otros. Nada de eso era real. Pero parecía que lo fuera. Aunque probablemente solo para mí, soy tan estúpida.

"¿De verdad? ¿Sólo una cosa puntual?". Virginia da un paso adelante y mira fijamente a Joshua, las sombras de la habitación dibujan formas amenazadoras en su rostro. Su actitud es extraña, su mirada amenazadora, como si fuera a la vez acusadora y verduga, al menos cuando mira a Joshua. Por otro lado, es muy amable conmigo. ¿Intenta protegerme de él de alguna extraña manera? No sé si darle las gracias o sacarle los ojos.

"Eso que oí al otro lado de la puerta, Joshua, sonaba como si fuera uno de tus juguetes sexuales, ¿no?".

¿Juguete sexual? ¿Cómo sabe eso? De alguna manera, nuestro contrato me convierte exactamente en eso, aunque nunca haya querido admitirlo ante mí misma.

Joshua se encoge de hombros. Su mandíbula se endurece y cuando habla, su voz es fría y dura. "Sólo fue sexo, Virginia. Nada más. Elena no significa nada para mí".

La finalidad de su afirmación es como un golpe de gracia. No significo nada para él. Cada palabra es como una capa de hielo que me cubre la piel y me hace temblar por dentro y por fuera. Se me corta la respiración y lucho por mantener la compostura.

La convicción de su voz, la forma en que me descarta delante de ella así como así, lo deja demasiado claro. No soy nada para él. Sólo un momento fugaz de placer, un punto insignificante en el gran esquema de su mundo de playboy multimillonario. Un juguete sexual.

"Nada, ¿eh?". Virginia sonríe, sus ojos van y vienen entre nosotros. "Apuesto a que se creía algo especial. ¿Verdad, cariño?", me dice, casi con lástima. "Lo siento, pero pensé que sería mejor que te enteraras hoy".

Pero no le contesto nada y sólo un pensamiento se apodera de mí mientras me envuelvo más en la manta de lana: no puedo quedarme aquí. Ni un segundo más. Doy tumbos hacia mi ropa desparramada con la manta a mi alrededor, me tiemblan las manos al recogerla y reprimir las lágrimas. Los latidos de mi corazón retumban en mis oídos, un tamborileo frenético que me insta a huir mientras los oigo susurrar detrás de mí, lo que sólo hace que me sienta más agraviada.

Me precipito al cuarto de baño, cuya puerta está fuera de esta habitación y cierro la puerta tras de mí. Sólo entonces, en la soledad del frío mármol y el silencio resonante, dejo que caigan las lágrimas. Vienen calientes y rápidas y corren por mis mejillas mientras me pongo con manos temblorosas el vestido rojo, que me parece tan vergonzoso, barato y estúpido. Me recuerda la mentira en la que me había envuelto, la fantasía de que Joshua Davis pudiera verme como algo más que un espectáculo.

Un golpe en la puerta me hace soltar un sollozo ahogado. "Elena, por favor", suplica Joshua desde el otro lado. "Deja que te lo explique".

"Vete", grito con voz ronca y llorosa. Pero él insiste, sus palabras están amortiguadas por la madera. "No es lo que piensas, te lo juro".

Una risa estridente se interpone en sus súplicas y oigo a Virginia decir algo que no entiendo. Están ahí fuera juntos, él y el fantasma de su pasado, y yo sólo soy un daño colateral. Ella es probablemente lo único de lo que él nunca quiso hablar.

Me aparto de la puerta y dejo que mi mirada se desvíe hacia la ventana cuando la escalera de incendios que hay delante me llama la atención. ¿Podría salir de esta situación sin tener que volver a mirar a Joshua a los ojos?

Abro la ventana con cuidado y miro hacia abajo. La escalera parece robusta y me lleva por una especie de escalera de caracol. De nuevo oigo a Virginia reír burlonamente, lo que despeja la última de mis dudas.

Me cuelo por ella cuando oigo que Joshua vuelve a llamar a la puerta y grita algo. La barandilla metálica es fría e inflexible bajo mis dedos, igual que el hombre que ha capturado mi corazón con dulces palabras y momentos robados.

Echo un último vistazo al cuarto de baño, vuelvo a oír que llama a la puerta el hombre que acaba de negarme con una frialdad glacial y bajo las escaleras, corro por el jardín hasta la entrada y no miro atrás. Ni una sola vez.

Me alegro mucho de ver delante de mí un taxi que me lleva de vuelta a casa. De vuelta a mi antigua vida. La única vida que fue real.

Allí puedo pensar qué hacer con el bebé que llevo en mis entrañas y cómo reorganizar mi vida y mi trabajo.



Capítulo 21



JOSHUA



"Elena, por favor, tienes que dejar que te explique", le suplico, apoyando la frente en la puerta del baño donde se ha escondido.

Puedo entender a Elena porque las palabras deben de haberle sentado como una puñalada en la espalda. Pero tengo mis razones, ella lo entenderá. Tengo que ser capaz de explicárselo.

"Patético", la voz de Virginia corta la tensión, su risa aguda y burlona, me persigue. "Te lo mereces, Joshua".

Me giro y la miro a los ojos: "Virginia, estás enferma, necesitas ayuda". Mis palabras tienen un sabor peligroso. "¿Has olvidado lo que pasó de verdad?".

"¿Olvidado?". Ella escupe la palabra como si fuera veneno. "¿Cómo podría olvidarlo? Sobre todo lo que le hiciste a mi hijo nonato".

"¡Deja de mentir!". Mi voz es un gruñido, áspero por la frustración. "Sabes que no es verdad. Déjame que te lo pregunte otra vez: ¿realmente has olvidado lo que pasó?".

Por un momento se tambalea, como golpeada por una fuerza invisible. Sus ojos se mueven, inseguros y desenfocados. La sonrisa que era su coraza parece resquebrajarse y parpadea rápidamente, mirándome, ensimismada.

"Tengo que irme", susurra, gira sobre sus talones y desaparece tan rápido como llegó. Me parece bien. No quiero saber nada más de esa mujer. Nada de nada. Al menos puedo concentrarme en explicárselo todo a Elena.

"¡Elena! Por favor, escúchame". Vuelvo a golpear la puerta del baño con el puño, la desesperación tironeándome y extendiéndose por todo mi cuerpo.

El silencio responde desde el otro lado, un silencio que envuelve mi corazón como el hielo. Ella no va a...

Aparto el pensamiento, pero la inquietud permanece. "Elena, por favor, retírate de la puerta. Voy a entrar. Te lo explicaré todo".

Doy un paso atrás, dejo que mi mirada recorra la puerta pintada de blanco con las bisagras doradas, respiro hondo y empujo la puerta con el hombro. Cede con un crujido astillado y las bisagras gimen mientras entro a trompicones en la habitación.

"Elena, por favor, yo...". Hago una pausa, porque no hay nadie en el cuarto de baño. Confundido, miro a mi alrededor. No hay rastro de Elena, sólo el leve aroma de su perfume flota en el aire como un fantasma tentador. Mi mirada se posa en la ventana abierta de par en par, cuyas cortinas se mueven suavemente con el viento. Miro a través de ella, cuando veo la escalera de incendios frente a ella, me doy cuenta inmediatamente de lo que ha ocurrido. Ha huido de mí, ha pensado que no me importaba.

La ira me invade, cruda y feroz y la risa burlona de Virginia resuena en mi cabeza. ¿Por qué estaba ahí? Maldita sea, ¿por qué ha vuelto a poner mi mundo patas arriba?

En realidad pensaba que estaba en un centro terapéutico del que no se puede salir así como así. ¿Le han dado el alta? Hay que reconocer que hace años que no me ocupo de ella y que he reprimido el tema por completo, pero todo vuelve a salir a la superficie.

Me paso la mano por el pelo mientras se me forma un nudo de frustración en el estómago. Mierda, quería encerrar el pasado, no volver a hablar de él. Y está aquí, destrozando cualquier oportunidad que tuviera con Elena.

"Mierda". Camino por el baño, preguntándome qué hacer. Tengo que explicarle que actué así por su propio bien.

¿Debería ir a su casa? La idea me parece acertada, pero salir corriendo del baño y posiblemente enzarzarme en una charla sin sentido con algún invitado del piso de abajo no me apetece nada.

¿Quizá esté demasiado alterada y no me escuche, ha huido de mí como si fuera un ser despreciable? No, tengo una idea mejor. Mañana es un nuevo día de trabajo y la esperaré en su mesa para explicárselo todo.

Exacto. Así lo haré.

Fue una idea de mierda, porque esta noche apenas he dormido y seguro que Elena tampoco. Tendría que haber ido a verla directamente y no torturarme con ella toda la noche.

Estoy sentado con el culo sobre su escritorio, esperando. El reloj de la pared de enfrente es un tormento implacable, marcando los segundos mientras me desespero, no sale del ascensor.

No no sale. Una hora más tarde, me siento en mi sillón de cuero e intento llamarla. Pero nadie contesta. Tampoco contesta mis mensajes.

¡Mierda! Me ignora y hasta puedo entenderlo, porque desde su punto de vista el gilipollas soy yo.

Cuando se acerca la hora de comer, un mensajero entra en mi despacho y me tiende un sobre, que acepto distraídamente y acuso recibo en su portapapeles.

Mientras abro la carta y me pregunto si debo volver a llamar a Elena, se me revuelve el estómago. La carta es de Elena. Es su renuncia. Leo la escueta carta una y otra vez, cada palabra me golpea como un puñetazo.

"Maldita sea", siseo y dejo la carta sobre la mesa. La ira y el miedo bullen en mi interior, pero detrás de todo ello hay una oscura desesperación porque es culpa mía y he cometido un grave error. Tengo que arreglarlo. No puedo dejar que desaparezca de mi vida sin al menos intentar arreglar las cosas.

Vuelvo a marcar el número de Elena, vuelve a sonar y de nuevo oigo el buzón de voz. Su suave voz, pidiéndome que deje un mensaje, me recuerda todo lo que estoy en peligro de perder. Cuelgo porque sé que, de todos modos, no escuchará mi mensaje.

Mi mente se acelera y me pregunto qué debo hacer. Tengo una idea : sin más preámbulos, cancelo todas mis citas para el resto del día, cojo las llaves y salgo furioso de la oficina. Tengo que verla, debería haberla visto anoche, como no lo hice, en este momento tengo su renuncia sobre mi mesa.

En el trayecto a casa de Elena, los semáforos en rojo y los coches tocando el claxon se desdibujan ante mis ojos. Me concentro en las palabras que quiero decirle y repaso la explicación paso a paso en mi mente. Cuando llego y encuentro una plaza de aparcamiento frente a su bloque de apartamentos, mi corazón martillea contra mis costillas como un tambor de energía nerviosa.

Por suerte, la puerta principal no está cerrada, así que atravieso directamente la escalera hasta el piso de Elena y recuerdo exactamente lo que hicimos ahí la última vez. Nos queríamos y eso es exactamente lo que no quiero perder. Así que respiro hondo, levanto la mano y llamo con determinación.

Me muevo nervioso de una pierna a otra mientras espero. Cada músculo está tenso y espero el sonido de sus pasos, el clic de la cerradura al abrirse. Los segundos se hacen eternos y las dudas empiezan a corroer mi determinación. Pero las hago a un lado y trato de recordar las palabras en las que he estado trabajando

"Elena, soy yo. Por favor, abre la puerta", digo después de llamar de nuevo, con la esperanza de que mi voz penetre a través de la madera hasta su corazón. "Puedo explicártelo todo, te mereces la verdad".

De nuevo pasan segundos miserablemente largos. Pero por fin: pasos.

La puerta se abre de golpe y ahí está: Elena, mirándome en silencio y con frialdad, con los brazos cruzados formando una barricada inflexible. Sus ojos son de hielo, su actitud grita rechazo sin una sola palabra. Respiro hondo y siento el peso del momento sobre mis hombros.

"¿Podemos hablar?". Mi voz es ronca por la urgencia. "Por favor, Elena".

Aprieta los labios, pero no me cierra la puerta en las narices, lo que considero un éxito.

"Te doy dos minutos". Las palabras suenan entrecortadas, llenas de un dolor palpable.

Quiero entrar, pero ella no me deja sitio, obviamente quiere arreglar esto justo delante de la puerta. Huelo el aroma familiar del piso: vainilla caliente con un toque de lavanda. Es relajante y reconfortante, me recuerda cuando hacíamos el amor, pero no puedo dejar que mis pensamientos me distraigan. En este momento no.

"Escucha, la he cagado", empiezo, con las manos aferradas a los costados.

"Oh...", dice Elena con sarcasmo, yo no respondo.

"Virginia... me acosó hace años. Y yo...". Hago una pausa, porque el corazón me late como loco y todas las palabras que tenía preparadas saltan por los aires. Sobre todo porque sólo quiero contarle a Elena lo que pueda soportar. Toda la verdad podría ser... ¿demasiado?

"¿Acosar? ¿A ti?". Ella frunce el ceño y su expresión gélida se resquebraja. "¿De qué estás hablando?".

"Hace años, Virginia hizo daño a una mujer con la que estaba y que significaba mucho para mí...". Vuelvo a hacer una pausa. "Y con eso quiero decir: le hizo daño de verdad".

"Si eso es cierto... ¿fuiste entonces a la policía?".

"Fue bastante complicado, hace mucho tiempo", evado. "Pero tuve miedo de que volviera a hacerlo. Tú... significas mucho para mí", digo rápidamente.

La mirada de Elena se suaviza, pero no parece del todo convencida.

"No quiero que te haga daño, sólo quería protegerte, así que lo minimicé todo a una aventura de una noche y le dije que no significabas nada para mí".

"¿Protegerme?", pregunta Elena con cautela. "¿Mintiendo? ¿Manteniéndome escondida?".

"¡Porque no quería que te hicieran daño!". Mi voz se hace más fuerte, mi frustración sale a la luz. "Pensé... No esperaba que todo se me fuera de las manos".

"Joshua, no soy una damisela en apuros", dice Elena, con la voz temblorosa, con una mezcla de rabia y vulnerabilidad. "No necesito protección".

"Sé que fue una estupidez. Debería haberlo hablado contigo antes, pero aún me cuesta hablar de esa parte de mi vida. Por favor, perdóname".

Me escruta durante un largo momento, la tensión es palpable. "¿Eso es todo? ¿Sólo una acosadora del pasado e intentos equivocados de ser caballeroso?".

"Eso es exactamente Elena. Debo haber perdido la cabeza porque... porque todo en ti me vuelve loco".

"¿Puedes perdonarme?", pregunto tendiéndole la mano.

Elena me mira, buscando sinceridad. Dejo que lo vea todo: el arrepentimiento, el anhelo, la innegable verdad de que su presencia en mi vida me ha cambiado irrevocablemente.

"Joshua... tengo que decirte algo", empieza a decir, y una lágrima cae sobre su mejilla. No puedo evitar la sensación de que estoy a punto de perder a la mujer que tanto cariño le he cogido.



Capítulo 22



ELENA



Aquí está, luchando por mí: mi jefe, al menos eso es lo que ha pasado hasta el momento. El playboy y multimillonario que me desea.

Sólo de pensarlo siento una oleada de alivio y un deseo innegable. Es dulce, embriagador. Y maldita sea, le deseo. La atracción es tan innegable como la gravedad. Anoche fue un infierno y le maldije varias veces mientras lloraba hasta quedarme dormida. Estoy dispuesta a perdonarle.

Todo esto suena completamente absurdo, tiene que ser verdad, explica por qué no quería hablar del período después de graduarse. Es evidente que había sufrido en su pasado.

"Hay algo más que debes saber...". Quiero perdonarle, yo también tengo que contarle lo del niño. Por fin tiene que saberlo.

"Ya he visto el aviso de renuncia", dice Joshua y con cuidado da un paso hacia mí. "No te preocupes por eso". Sus maravillosos ojos encienden en mí un fuego que creía extinguido desde hacía tiempo.

"Yo...", empiezo de nuevo.

"¿Estás segura? ¿Quieres reconsiderar...?", dice, cogiéndome la cara entre sus manos cálidas y fuertes e interrumpiéndome. Su olor hace que me tiemblen las rodillas. Todo mi cuerpo lo desea y lo anhela.

"No creo que debamos mezclar esto, lo que sea, nunca más: Me refiero a lo profesional y a lo personal", susurro en voz baja, mirándolo directamente.

"Pero...". Él acerca aún más su cara, nuestras narices están casi rozándose.

"Sin peros", continúo, sintiendo el peso de mis siguientes palabras, "esto es importante y además...".

Pero el resto de la frase se pierde cuando los labios de Joshua tocan los míos. Quiero apartarlo y decirle la verdad, al mismo tiempo intento acercarlo más a mí, abrazarlo, sentirlo cerca de mí, pensaba que se iría para siempre.

Su beso se intensifica y actúa como una especie de silenciador, acallando el mundo que nos rodea y relajando poco a poco también mis pensamientos, por un momento me olvido de todo excepto de su sabor.

"Que me perdone significa todo para mí", susurra a través del beso cada vez más intenso mientras me aprieta contra la pared de mi pasillo y cierra la puerta tras de sí con el pie.

Sus palabras hacen que se me erice el vello de la nuca y siento dentro de mí un ardiente deseo de más. El aire entre nosotros cruje cuando nuestros besos se profundizan, se vuelven más hambrientos y sus manos recorren mi cuerpo. Es como si trazaran las curvas que ha memorizado, reavivando el fuego que nunca se apagó.

"Joshua...". Su nombre se me escapa en un suspiro. Un último suspiro, quería decirle algo importante, pero me acaricia todos los lugares adecuados y para cuando me quita el top, sé que tengo que posponer un poco la verdad porque quiero esto. Me desnuda cada vez con más urgencia y yo se lo permito. El también se desnuda y me coge en brazos. En sus brazos parezco ingrátida, me lleva al dormitorio como si fuéramos las dos únicas almas que existieran.

La suavidad de la cama bajo mi espalda contrasta con la intensidad de su tacto sobre mi piel. Sus labios recorren mi cuerpo, inflamando cada nervio. Cuando su boca encuentra la carne sensible entre mis muslos, un grito ahogado se escapa de mi interior, más fuerte de lo que pretendía. Pasa minutos entre mis piernas, prestándome atención con una reverencia que roza la adoración, su lengua escribiendo disculpas, promesas y deseos en todos los lugares adecuados para que sienta como si tuviera un pequeño orgasmo.

"Joshua, oh Dios...". Mis dedos recorren su pelo, le sujetan con fuerza y le guían. Olas de placer crecen bajo sus caricias, cada movimiento y cada caricia me acercan al borde de la cordura.

Cuando por fin me penetra, lo hace lenta y deliberadamente, mirándome fijamente. La sensación de sentirme llena y dilatada por él es a la vez familiar y asombrosamente nueva. Sus caderas se mueven a un ritmo que me hace doblar los dedos de los pies y levantar la espalda de la cama.

"Mírame, Elena", me dice, aunque ya lo estoy haciendo. Hay algo más que deseo y lujuria en sus ojos. Esto no es sólo sexo, es una conversación silenciosa, una reconciliación de cuerpos y corazones.

A medida que aumentamos el ritmo, mi mundo se estrecha hasta el punto de no retorno. Una sinfonía de sensaciones me abrumba y me deja sin aliento, temblando. El orgasmo que me invade es total y me arranca un gemido gutural. Entonces siento que él también se corre dentro de mí.

"Joshua", susurro, como si fuera un agradecimiento, una afirmación de algo precioso que hemos recuperado en medio de la tormenta de nuestras enmarañadas vidas.

"Mi Elena...", responde, me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja y me besa.

Lo que sigue generalmente se describiría como mimos. Nos tumbamos uno junto al otro, acariciándonos en silencio mientras nuestra respiración se calma y noto los dedos de Joshua trazando perezosos círculos en mi espalda desnuda. Las sábanas están anudadas a nuestro alrededor, prueba de la pasión que acabamos de compartir. Su tacto es suave, casi reverente, como si no pudiera creer que estoy con él otra vez.

"Vaya", murmura, su voz retumba en el silencio de la habitación. "Somos muy buenos en esto".

No puedo evitar soltar un bufido y dejar que una carcajada brote de lo más profundo de mí. Ha sido una montaña rusa de emociones, pero en este momento todo parece simple y sencillo. "Bastante bien", admito, apoyando la cabeza en su pecho.

Se ríe y el sonido vibra en mi interior. Al cabo de un momento, su tono se vuelve un poco más serio. "Elena, sobre el trabajo... Sé que las cosas se han vuelto caóticas, pero...". Hace una pausa y espera a que levante la vista hacia él. Cuando nuestros ojos se encuentran, veo la seriedad grabada en sus rasgos. "¿Podrías volver? No sólo como mi asistente, sino... ¿también como mi pareja?".

Su sugerencia de que lo hagamos oficial suena maravilloso. Pero no en la oficina. Los cotilleos de los compañeros serían insoportables. Tal vez sea mejor que sigamos caminos separados en nuestra vida profesional, sobre todo porque el embarazo dará lugar a más habladurías. Por lo demás, está por ver cómo reacciona él. Me arrepiento de no habérselo dicho antes. Este momento no parece el adecuado. Ayer entré furiosa en el baño después del sexo, no quiero tener que volver a hacerlo.

"¿Elena? ¿Qué tienes que decir?", me pregunta, sacándome de mis pensamientos.

"Joshua", empiezo, apoyándome en un codo para mirarle bien. "Te agradezco que me quieras cerca, pero si vamos a ir más lejos, sería mejor que no mezcláramos más el trabajo y la vida personal. Ya hemos visto lo complicado que puede llegar a ser".

"Complicado puede ser gratificante", dice con una sonrisa irónica y me acaricia la barbilla.

"Puede ser", admito, "pero necesito límites". Dudo, se me hace un nudo en la garganta al pronunciar las palabras que aún no estoy preparada para decir.

Frunce ligeramente el ceño, obviamente confundido por mi vacilación, pero demasiado educado para presionarme. "Pero sólo con una condición", dice al cabo de un rato y su mano deja de moverse en mi espalda.

"¿Y cuál es?", pregunto mientras mi corazón late desbocado.

"Te vas a duchar conmigo", dice y me besa el pecho desnudo, con lo que vuelvo a sentir mi deseo por él.

Sonrío, no tengo que decir nada más porque él sabe lo que significa.

"Esta noche", dice Joshua en tono esperanzado mientras se viste tras una larga ducha porque ha recibido una llamada y tiene una cita importante en la oficina. No puede posponer lo de Henderson, por mucho que quiera. Lo sé, porque hemos trabajado mucho y muy duro en ello. "Salgamos a cenar. Solos tú y yo, una cita de verdad. Digamos, ¿a las 8 pm? ¿Te recojo?".

"Me parece bien", digo con voz más tranquila de lo que me siento. "¿Esta vez no habrá invitados no deseados?", pregunto, pensando en Virginia, pero también en el niño que llevo en el vientre y preguntándome si será un invitado no deseado para él.

Sus labios se curvan en una sonrisa que le llega hasta los ojos y tengo que hacer todo lo posible para no derretirme de nuevo en el acto.

"Te lo prometo", dice, apartándose de la puerta contra la que ha estado apoyado con desenfado y confianza. "Te recogeré a las ocho. Lo estoy deseando".

"Yo también", respondo, y mientras se acerca para darme un beso de despedida, el corazón me martillea contra las costillas. Quizá la cena sea la oportunidad perfecta para contarle lo del bebé. Está tan cerca que su mano me aparta un mechón de pelo de la cara y su contacto me produce una descarga eléctrica.

"Oye", dice suavemente, "me alegro de que lo hayamos arreglado todo, ya no haya nada malo entre nosotros".

"Yo siento lo mismo", digo, sintiéndome una miserable mentirosa y preguntándome si este breve trozo de felicidad se acabará esta noche cuando se entere de lo que pasa.



Capítulo 23



JOSHUA



Pasamos toda la tarde enviándonos mensajes de texto o de voz, me ponían nervioso, me hacían pensar sólo en Elena y no pude prestar la suficiente atención en mi reunión de negocios con Henderson.

Poco antes de las ocho de la tarde llego de nuevo, frente al piso de Elena. Me miro las manos antes de llamar y veo que están inusualmente temblorosas.

Me digo que debe de ser por subir las escaleras, pero sé que es ridículo. Es otra cosa: estoy nervioso porque quiero recoger a Elena para cenar. Respiro hondo, me recuerdo a mí mismo que debo serenarme y dejar a un lado la sensación de hundimiento en el estómago, me ajusto los gemelos de la camisa y llamo a la puerta.

Pero cuando oigo sus pasos detrás de la puerta, vuelvo a tener esa sensación que me ha tenido de pie frente al espejo desde las seis de la tarde, probándome trajes como si mi vida dependiera de ello y pasando mucho tiempo eligiendo un perfume. Antes despreciaba a los hombres así, pero en ese momento, obviamente, yo me había convertido en un manojo de nervios.

Si soy sincero, merece la pena: Elena merece la pena. Merece la pena tirar los viejos propósitos por la borda e intentarlo de nuevo...

"Estoy en camino, sólo busco la llave de la puerta, ¡espera!". Su voz, amortiguada por la madera que nos separa, es como un bálsamo para mis agitados sentidos.

Entonces la llave gira en la cerradura, la puerta se abre de par en par y allí está ella, Elena, con una mirada que me golpea más fuerte de lo que podría hacerlo un adversario en la sala de juntas.

"Vaya, estás... increíble", suelto antes de poder contenerme, mirando el vestido negro que le queda perfecto.

Sus mejillas se ruborizan y sus labios se tuercen en una sonrisa capaz de iluminar incluso los rincones más oscuros de mi cínico corazón. "Gracias, Joshua. Tú también estás muy guapo. ¿Es un traje nuevo?".

"Culpable de los cargos", admito con una sonrisa arrogante, apoyándome en el marco de la puerta. "Tenía que estar guapo para la mejor cita de la ciudad".

"Chúpate esa", se burla, con los ojos brillantes de humor. Me alegro de que no me guarde rencor y me reciba con el corazón abierto, yo le sigo el juego con gusto. No hay nada mejor que un ambiente relajado nada más empezar.

"¡Ay!", digo, agarrándome el pecho como si me hubiera alcanzado una flecha. "Me ha dolido".

"Recuérdalo bien", me responde juguetona, cerrando la puerta de su casa con un clic decidido.

"¿Lista para una velada inolvidable?", le pregunto, ofreciéndole el brazo.

"Muéstrame el camino", responde Elena, y su cálida mano se desliza por el pliegue de mi codo como si fuera lo más natural del mundo.

Guío a Elena escaleras abajo hasta la calle. El aire del atardecer es frío, pero siento como si me calentara por dentro, justo desde el punto en que su mano toca mi brazo. Doblamos la esquina, donde nos espera mi Aston Martin negro.

"¿Otro coche tuyo?". Hay una genuina sensación de asombro en la voz de Elena.

"Sólo lo mejor para esta noche", digo mientras nos acercamos y es verdad. No conduzco el Aston Martin a menudo. Es para ocasiones especiales, como esta noche. El comienzo de algo nuevo, espero.

Le sonrío antes de pulsar el llavero y encender el coche con un pitido mientras los faros parpadean en señal de saludo. Cuando le abro la puerta del acompañante, veo una mirada de sorpresa y algo más suave, más cálido, en sus ojos. "Después de ti".

"Qué caballero", bromea ella, deslizándose lentamente en el asiento de cuero.

"Después de lo de ayer, quiero hacerlo lo mejor posible", le respondo, asegurándome de que se ha acomodado bien antes de cerrar la puerta con satisfacción.

Camino hacia el lado del conductor, abro la puerta y me pongo al volante. Se me acelera el pulso por razones que nada tienen que ver con la potencia o el motor. Cuando arranco, el ronroneo del

V12 se mezcla con la sinfonía del bullicio de la ciudad.

"¿CÓmoda?", pregunto mirándola mientras me incorporo al tráfico.

"Muy cómoda", me asegura, pasándose un mechón de pelo por detrás de la oreja, lo que inexplicablemente hace que me pique el pecho.

"Bien". Me concentro en la carretera, pero el silencio me resulta demasiado pesado, cargado de todas las cosas que quiero decir pero que me resultan tan difíciles. A pesar de mi confesión de ayer, todavía falta una parte de la historia. Pero me siento bloqueado.

Así que hago lo que mejor se me da: distraerla. "¿Te he contado alguna vez cuando intenté preparar una cena para una ocasión de negocios y casi prendo fuego a mi cocina?".

Su risa, un sonido celestial que rompe la tensión, me sorprende. "No, pero quiero saberlo todo".

"Digámoslo así: las artes culinarias no son mi punto fuerte. Imagínate esto: una alarma de humo, unos bomberos decepcionados y un socio poco impresionado".

"Suenas desastroso", dice ella, todavía riéndose de sus palabras.

"Desastroso e instructivo. Ese día aprendí tres cosas. En primer lugar, a tener siempre a mano un extintor. En segundo lugar, nunca te fíes de una receta que encuentres en Internet. Y tercero..." Hago una pausa y la miro, "ten siempre un plan de emergencia. En mi caso, era el número de la mejor pizzería a domicilio".

"Hombre listo", bromea, su sonrisa ilumina su rostro y hace que las luces de la ciudad palidezcan en comparación.

"Instinto de supervivencia", respondo con un gesto de seriedad fingida.

"Pedir pizza es un instinto de supervivencia clásico", añade, y ambos soltamos una risita que se mezcla con el zumbido del Aston Martin que circula por las calles.

Así se rompe el silencio y hablamos de todo tipo de cosas mientras nos acercamos a nuestro destino, donde el Aston Martin se detiene ronroneando. Me vuelvo hacia Elena, que mira por la ventanilla, y no puedo evitar notar un parpadeo en sus ojos al contemplar la modesta fachada del restaurante. La fachada no es especialmente atractiva, nunca lo ha sido. Y, sin embargo, es uno de mis restaurantes favoritos, escondido como un secreto bien guardado entre el bullicio de la ciudad.

"Aquí estamos", anuncio con un deje de orgullo en la voz. "¿No es lo que esperabas?".

Ella se vuelve hacia mí y me mira con unos ojos grandes, infantiles, de asombro que me llegan a lo más profundo. "Es... misterioso".

"Las cosas buenas suelen venir en frascos pequeños", bromeo y sonrío.

Entramos y noto cómo el ambiente la deja sin palabras. La suave luz cae sobre la sala, proyectando sombras que bailan con las velas parpadeantes de cada mesa. El mundo exterior se desvanece en la insignificancia y queda ahogado por la tranquila sinfonía de este oasis culinario.

"Guau", respira Elena y observo cómo la luz de las velas baña sus rasgos con una luz celestial. "Realmente increíble".

"Espera a probar la comida", digo mientras seguimos al camarero que nos conduce a nuestros asientos.

"Nunca había visto un sitio así en Nueva York", dice Elena con una mezcla de curiosidad y admiración en la voz.

"He pasado muchas veces por aquí. A veces no descubres una joya escondida hasta mucho más tarde, aunque la tengas delante todo el tiempo", respondo, disfrutando del brillo de sus ojos y dando por hecho que ha entendido la alusión.

Mientras seguimos caminando hacia nuestra mesa, soy consciente de cada mirada que se desliza en nuestra dirección y de las conversaciones silenciosas que se detienen un momento. La presencia de Elena llama la atención, su gracia es innegable, por sutiles que sean sus movimientos.

"Cada mesa parece su pequeño mundo", comenta mirando las mesas discretamente dispuestas.

"Esa es la idea", coincido, sintiendo una punzada de expectación ante la idea de compartir con ella uno de esos lugares apartados. "La intimidad es un lujo que no hay que subestimar".

Finalmente, el camarero nos conduce a la mesa que he reservado al fondo, lejos de miradas indiscretas. Saboreo el suave silbido de su respiración mientras trata de asimilar nuestro entorno al máximo. El tintineo de los cubiertos y el murmullo que nos rodea forman una tenue sinfonía, el telón de fondo de una velada que espero no olvidar nunca.

Me pongo delante de ella, extendiendo la mano y alejo la silla de la mesa, una invitación silenciosa para que Elena tome asiento. Cuando se deja caer con elegancia en el acolchado abrazo de la silla, no puedo evitar notar el ligero rubor en sus mejillas, quizá una reacción a un acto de

caballerosidad tan simple o la tensión tácita que flota entre nosotros como una nube cargada.

"Gracias", murmura, con voz suave pero con un matiz de algo más. ¿Gratitud? ¿Nerviosismo? Ambas emociones parecen bailar en sus ojos brillantes mientras nos retiramos a nuestro propio universo, rodeados por el acogedor bullicio del restaurante.

Entonces yo también me siento y el camarero reaparece inmediatamente a nuestro lado con los menús, como un maestro presentando las partituras a su orquesta. "Buenas noches", nos saluda y nos entrega las páginas elegantemente encuadernadas. "¿Puedo recomendarles algunos de nuestros mejores platos para esta noche?".

"Con mucho gusto", responde Elena, picada por la curiosidad. Coge un menú y mira con curiosidad al camarero.

"Lo mejor del día: el plato de sashimi como entrante", sugiere y cierro el menú de un tirón. "Es una obra maestra: cada pieza es tan fresca como si acabara de ser arrancada del mar". No me extraña cómo sus labios se curvan en una sonrisa ante mi entusiasmo.

"Suena perfecto", digo, Elena asiente también con la cabeza. Entonces pedimos shusai como plato principal, un plato de verduras, tofu y pollo. Parece sencillo, pero la forma en que lo preparan aquí es sencillamente celestial. El camarero nos da las gracias y vuelve a dejarnos solos. La luz de las velas recorre el rostro de Elena, proyectando sombras que juegan al escondite con sus facciones, cada una más cautivadora que la anterior.

Respiro hondo y me doy cuenta de que ha llegado el momento. El momento de la verdad. La dejadez no era más que parte de un juego que nos ha traído hasta aquí.

"Elena, hay algo que tengo que contarte", empiezo a decir, con palabras que me resultan pesadas y extrañas.

Ella inclina la cabeza y me presta toda su atención. Sus ojos, intensos que reflejan la riqueza de la tierra, son de una paciencia a la que no estoy acostumbrado. Esto me inquieta, pero también me anima a continuar.

"Las relaciones personales siempre han sido un concepto difícil para mí desde el incidente con Virginia". Dejo escapar una risa entrecortada, aunque no tiene gracia. "Me he escondido detrás de una fachada, intentando mantener a todo el mundo a distancia".

Elena asiente lentamente, animándome a desenredar los hilos tensos de mi reticencia habitual. "Debe de ser muy solitario", dice suavemente, y su sencilla comprensión es un bálsamo para las partes de mí que se han endurecido tras años de soledad entre la multitud.

"Lo es", admito, y las palabras parecen una confesión. "Pero no se trata sólo de soledad".

Su mano se mueve como si luchara contra el impulso de estirla por encima de la mesa. En lugar de eso, la dobla cuidadosamente sobre su regazo, como un ancla en la tranquila tormenta que se desata dentro de mí.

"Joshua", murmura Elena, con una mezcla de calidez y preocupación que rompe la frialdad a la que estoy acostumbrado. "No tienes que hablar de ello si no estás preparado, tómate tu tiempo".

La sinceridad de su tono derriba los muros que he levantado con tanto esfuerzo. Pero incluso cuando nos encontramos en este nivel inesperadamente íntimo, puedo reconocer una vacilación en su mirada. ¿He estropeado el ambiente de forma totalmente innecesaria? ¿Debería esperar a ver cómo se desarrollan las próximas veladas antes de contárselo todo?

Entonces llega de nuevo el camarero, empujando hábilmente un plato entre nosotros. El entrante: delicadas lonchas de sashimi decoradas con flores comestibles que resaltan en vivos colores sobre la reluciente porcelana blanca.

"El truco es mojarlo ligeramente en la salsa de soja con los palillos", digo, intentando cambiar de tema. Hago una demostración, con la esperanza de que la sencillez de la acción alivie la repentina tensión que siento en mi interior.

Elena me observa atentamente y su determinación se desvanece mientras juega con los palillos. "¿Así?", pregunta, intentándolo con torpeza pero con simpatía.

"Exacto", la animo mientras se me retuerce el corazón al ver su vulnerabilidad. "Te encantará, créeme".

Cuando da el primer bocado con cautela, veo el brillo en sus ojos, asiente con la cabeza y saborea lentamente.

El camarero retira los platos de entrante vacíos y poco después sirve el plato principal. Tenemos ante nosotros una obra maestra culinaria. Cada bocado es una explosión de sabor, que de alguna manera sabe aún mejor porque Elena está sentada frente a mí y sus ojos bailan de placer cada vez que prueba algo nuevo. Intercambiamos una sonrisa cómplice, como si nos contáramos un chiste privado que nadie en la sala pudiera entender.

"No creí que la cocina japonesa te hiciera delirar de esa manera", le digo después de que haya comido hasta el último bocado del plato.

"Supongo que hay muchas cosas que no sabes de mí", responde juguetona. Pero entonces su mirada se vuelve pesada, como si hubiera dicho algo malo y mira a un lado, avergonzada.

Alargo la mano por encima de la mesa y mis dedos rozan los suyos, suaves y atractivos. El roce me produce un inesperado y refrescante escalofrío, ella retrocede. "Elena, me alegro mucho de que estemos aquí y de que me hayas perdonado. Estoy deseando que tengamos tiempo para nosotros. Sólo tú y yo, sin nadie más. Nada debe interponerse entre nosotros. Nada ni nadie", confieso y la miro a los ojos. Lo digo en serio, cada palabra, y me pregunto si debería volver a intentar confiarle mi secreto.

Pero hay algo en su mirada, como si algo la carcomiera por dentro. "¿Podemos... pedir la cuenta?". Su voz es vacilante, casi tensa.

Hago una pausa. ¿Qué le pasa? Parece completamente distinta. ¿He dicho algo malo? ¿Qué le he dicho?



Capítulo 24



ELENA



"¿He dicho algo malo?", pregunta Joshua, y su mirada me corta el rollo.

No. Pero lo hizo.

Supongo que hay muchas cosas que no sabes de mí. La frase resuena en mi cabeza, era una broma, pero me doy cuenta de que es verdad. No sabe nada del bebé.

"Por favor". Empujo bruscamente la silla hacia atrás y el ruido que hace en el suelo destruye el ambiente que había antes.

En realidad, había planeado no sacar hoy el tema del bebé, disfrutar de la velada y ver cómo se desarrollaba esta nueva forma de estar juntos, que ya no tiene nada que ver con las obligaciones económicas. Pero no puedo. No puedo seguir mintiéndole.

De hecho, no debería haber venido y seguir viviendo esta mentira como si no existiera un hijo que cambiará nuestras vidas para siempre de un modo u otro.

Se me llenan los ojos de lágrimas, sin poder evitarlo, evito su mirada y empiezo a caminar hacia la puerta.

"Espera, Elena", me llama Joshua, por el rabillo del ojo veo que deja unos billetes de cien dólares sobre la mesa y viene detrás de mí. Me alcanza en la puerta. "¿Qué pasa?".

Fuerzo una débil sonrisa y me agarro el estómago para fingir malestar. "No me encuentro bien. Debe de haber sido el pescado". Me siento fatal por la mentira, pero no tengo valor para soltar la verdad en medio de la acera. Cuando la mentira sale a la luz, me arrepiento inmediatamente y me pregunto si debería decir la verdad.

Frunce el ceño y en su rostro, por lo demás tranquilo, aparecen arrugas de preocupación. "¿Qué? Eso no es aceptable. Hablaré con el chef".

"Por favor, no", le interrumpo, suplicándole con la mirada. "Perdóname. Necesito un poco de aire fresco, un paseo a casa, sola".

Me mira, sus rasgos confusos. "¿Estás segura? Con esto no se juega. Voy a llevarte".

"Por favor", vuelvo a suplicar.

Veo todas las preguntas en su cara y le entiendo. Debo parecerle una mujer extraña e insegura, porque los paralelismos con lo de ayer son inconfundibles.

"No quiero huir, sólo quiero estar sola un momento. No es agradable cuando estoy vomitando y tú estás a mi lado", intento explicarle y calmar la situación. "Te llamo mañana, ¿vale?". De verdad que lo haré, porque al final tiene que salir la verdad.

"Vale", dice y parece más tranquilo con mi última frase. Nos despedimos con un fugaz beso en la mejilla, que capta perfectamente la situación: De alguna manera nos queremos, pero hay demasiado entre nosotros.

Entonces me pongo en marcha. Mis pasos son rápidos y decididos, y cuanta más distancia pongo entre nosotros, mejor me siento.

Luego tomo un atajo conocido que me llevará más rápido a casa a través de la red de calles secundarias. El aire es más fresco, sospecho que debido a la ausencia de gases de los coches que pasan. Mi aliento se empaña delante de mí, como un susurro fantasmal en la oscuridad. Me ciño más el abrigo y sigo caminando.

Un crujido... Una sombra se mueve por el rabillo del ojo. Con el corazón palpitante, me detengo y escucho atentamente. Probablemente no sea nada, un animal o una ilusión causada por la luz. Pero, de repente, el callejón me parece solitario y no puedo evitar la inquietud que me recorre la espalda.

"Tranquilízate, Elena", refunfuño para mis adentros. "Probablemente sólo sea un gato callejero".

Pero mis instintos no me creen. Me gritan que me mueva y salga de ahí. Y eso hago. Empiezo a correr, mirando hacia atrás por encima del hombro, no veo nada, sólo lo presiento. Salgo del laberinto de callejuelas lo más rápido posible, aunque tenga que desviarme. Al menos estoy rodeada de gente, lo que me da una sensación de seguridad.

Sigo teniendo la sensación de que alguien me sigue. No importa cuántas veces me dé la vuelta,

no hay nadie. Maldigo mi propia paranoia, la secuela de una noche llena de secretos y verdades no dichas. ¿De qué tengo miedo realmente? Sólo a lo que Joshua dirá sobre el bebé, esa verdad me persigue de camino a casa.

Por fin estoy en casa. La puerta principal está entreabierta, la abro y subo las escaleras hasta mi piso, aliviada.

Cuando llego, veo una sombra esperándome al otro lado de la puerta. Pulso frenéticamente el interruptor de la luz, para mi asombro, Virginia está allí de pie. La mujer de anoche.

"¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabes dónde vivo?". Mi voz debería sonar firme, pero sólo sale como un susurro y puedo sentir cómo mi corazón martillea frenéticamente contra mi pecho. ¿Qué ha dicho Joshua? ¿Le hizo algo a alguien? ¿Por eso está aquí?

Se levanta, con un movimiento deliberado y lento. "Te he visto con Joshua esta noche", dice, su voz suena misteriosa. "Te seguí. Pero sólo un rato. Luego esperé aquí a que volvieras".

"¿Eras tú? ¿Qué es lo que quieres? Déjame pasar, no tengo nada que discutir contigo", juego con mis llaves, los llaveros metálicos tintinean en contradicción con mi corazón palpitante.

"Nunca se es demasiado precavida". Se acerca y yo retrocedo instintivamente.

"¿Precavida con qué?", pregunto, con el horror constriñendo la garganta.

Virginia mete la mano en el bolsillo de su enorme abrigo y de sus dedos sale un cuchillo de acero que parece captar la poca luz que hay y reflejarla en mí. Se me corta la respiración y todos mis instintos me gritan que salga corriendo o que grite, pero no puedo moverme del sitio.

"Lo que me pasó a mí no te pasará a ti. No, si puedo evitarlo", dice, con una voz tan afilada como la hoja del cuchillo que lleva en la mano.

"Oh, Dios", se me escapa en voz baja. Me tambaleo, siento que se me ennegrecen los ojos y me pregunto si todo está a punto de acabar. Para siempre.



Capítulo 25



ELENA



"Virginia, ¿qué estás haciendo?". Mi voz suena extraña, ahogada por la incredulidad y centrada únicamente en el cuchillo que tiene en la mano.

Pero entonces ocurre algo que no esperaba. Rompe a llorar y baja el cuchillo. "Joshua me amenazó con él". Gesticula débilmente con el cuchillo, sus sollozos enfatizan cada palabra.

"¿Qué quieres decir?". Tartamudeo, intentando entender lo que quiere decir. Mi mente se acelera, sin embargo, no lo entiendo.

"Comprometidos", dice entre jadeos. "Estuvimos prometidos. Hace muchos años. Y no puedo dejar que te haga lo mismo".

"¿Estabais prometidos? Por qué... por qué se acabó y qué hizo él con el cuchillo", se me quiebra la voz porque aún no puedo creer lo que está diciendo. Sé que alguien miente: ella o Joshua, y no me atrevo a pensar qué es peor.

"Pasa", digo mientras me repongo para abrir la puerta principal. Intuyo que no corro peligro.

"Gracias", gimotea, limpiándose el maquillaje embadurnado. Una vez dentro, Virginia se desploma en mi sofá, sollozando. "Cuéntamelo todo", le insisto, aunque no estoy segura de querer oír la verdad.

Sus palabras brotan de ella como un torrente, crudas y sin filtrar. "Todo era un juego para él. Incluso el compromiso. Probablemente sólo era un espectáculo para sus socios. Sólo que nunca me lo dijo. Cuando quise más, cuando me atreví a soñar con tener un hijo con él, fue cuando mostró su verdadera cara". Se limpia los ojos y se unta el rímel en los nudillos. "Yo no era más que su juguete, Elena. Y cuando dejé de ser divertida, me echó a un lado y me dijo que me callara o si no...".

"¿O si no qué?". Digo y se me hace un nudo en la garganta.

"O me arruinaría. Igual que arruina a cualquiera que se le acerque demasiado". Su advertencia es aguda y real.

Me tumbo en el sillón frente a ella, con la cabeza hecha un torbellino de emociones. Ira, traición, miedo... se mezclan en un cóctel venenoso que amenaza con ahogarme. Pensar que yo podría haber tomado un camino similar, que podría haber sido otra de las conquistas de Joshua, me pone la piel de gallina, sobre todo cuando estaba a punto de contarle lo del niño que llevaba en el vientre. Menos mal que dudé.

"Gracias por decírmelo", digo, aunque la gratitud me parece una respuesta débil ante la bomba que acaba de dejar caer sobre mi regazo.

"Ten cuidado, Elena", susurra Virginia, "Tenía que avisarte. De ahí mi aparición en el evento de ayer. Siento haber sido tan dura. Te mereces algo mejor que ser utilizada por él".

El entumecimiento se extiende por mis miembros como un frío invernal mientras la confesión de Virginia resuena en los recovecos de mi piso. El corazón me golpea las costillas como un pájaro enjaulado que intenta desesperadamente escapar del horror que se ha apoderado de mí. Pero no sé cómo se supone que tiene que funcionar esto.

Levanto la vista hacia ella, hacia el rostro bondadoso que se oculta tras la fachada fea y rencorosa. Quiero contarle lo del niño, pero no puedo.

"Gracias" susurro, mi voz suena como una débil hoja al viento. "Por contarme todo esto. Por intentar protegerme".

"Nadie se merece por lo que he pasado", dice, asintiendo. "Pero voy a tener que irme. Si Joshua te tiene vigilada, no deberían vernos juntas".

"¿Que me vigile?", pregunto, sorprendida.

"Joshua Davis siempre quiere controlarlo todo. En todo momento", dice en voz baja, levantándose y caminando hacia la puerta.

"¿Vas a estar bien?", le pregunto con simpatía, repentinamente preocupada de que pueda pasarle algo.

"Por supuesto que sí. Y si alguna vez necesitas a alguien con quien hablar o cualquier otra cosa, aquí me tienes, Elena". Luego garabatea su número en una nota adhesiva en la cómoda junto a mi puerta, sonríe, se limpia el maquillaje de la cara, abre la puerta, me saluda con la cabeza y

desaparece poco después.

Cuando la puerta se cierra, encerrándome en mi soledad, un escalofrío me recorre la espalda. ¿Dónde me he metido? Joshua siempre ha insinuado cosas sobre su pasado. ¿De verdad puede haber algo?

Entro en el cuarto de baño, temblorosa e insegura, preguntándome qué hacer a continuación.

No puedo dormir. Era obvio después de la noticia. Sin embargo, lo intento. Pero la oscuridad de mi habitación es un lienzo para las pesadillas que se desarrollan ante mis párpados cerrados mientras doy vueltas y vueltas en las sábanas, que de repente me resultan demasiado calientes y apretadas.

En mi sueño, Joshua está de pie junto a mí, sus ojos han perdido la calidez que yo conocía, sustituida por un frío vacío. El cuchillo que Virginia lleva en la mano, brilla amenazadoramente bajo una luz invisible y proyecta sombras en las paredes. El miedo me roba la voz; no se me escapa ningún grito mientras él se inclina más cerca y promete silenciar mis secretos para siempre. La fría hoja presiona contra la curva de mi abdomen y jadeo, luchando contra las ataduras invisibles que me sujetan a la cama.

"Shh, Elena... pronto acabará", murmura Joshua con una sonrisa retorcida que no le llega a los ojos.

Me despierto sobresaltada, con el corazón golpeándome la caja torácica y el sudor pegajoso mientras vuelvo lentamente a la realidad. Sólo ha sido una pesadilla, pero el terror persiste y me envuelve como un sudario sofocante.

Son las 4.30 de la mañana me levanto de la cama y me dirijo a la cocina a por un vaso de agua. Me tiembla la mano cuando intento beber para quitarme el sabor amargo del miedo que se me pega a la lengua.

Intento desterrar los sueños de la noche con un desayuno de copos de maíz y alguna serie de Netflix.

Cuando mi smartphone vibra sobre la mesa frente a mí a eso de las diez, me estremezco nerviosa. Ahí está: un mensaje de Joshua. Su mensaje se lee despreocupadamente, casi banal, pero cada palabra es un peso adicional en la balanza ya cargada de dudas.

Elena. ¿Qué tal estás? ¿Va todo bien con tu estómago? ¿Podemos hablar?

Me tiemblan los dedos y empiezo a contestar varias veces, pero ninguna se lee lo bastante bien. Entonces dejo el móvil a un lado. ¿Qué debo escribir? ¿Que sé la verdad y que Virginia estuvo aquí? ¿Que me persiguieron toda la noche visiones de que le hacía algo a nuestro hijo nonato? ¿Que me ahogo en un mar de confusión y desconfianza?

Estoy bien, todo lo que finalmente formulo es una mentira envuelta en una sola frase. Pero ni siquiera me atrevo a enviarla. En lugar de eso, suelto el teléfono de la mano y el golpe sobre la mesa hace eco del sordo dolor que siento en el pecho.

"¿Hablar de qué?", murmuro en voz alta a la habitación vacía. Sé exactamente de qué tenemos que hablar, pero sigo temiéndolo. Agarro con fuerza el cristal, cuya fría superficie contrasta con mi piel febril. Siento como si la pequeña vida que llevo dentro se estuviera agitando, lo cual, por supuesto, es demasiado pronto. Tal vez sea sólo que se me revuelve el estómago.

¿Qué se supone que debo hacer? Tengo que acabar con él. Pero, ¿cómo?

Van dos horas de otra temporada de mi serie de Netflix y sigo sin saber qué hacer. Parece que no soy capaz de hacer nada excepto reprimirme.

Un golpe en la puerta me hace estremecer. Con la respiración agitada, me levanto y voy hacia la puerta.

"Elena, ¿estás aquí?". Oigo la voz de Joshua desde el otro lado y hago una pausa.

"No me encuentro bien", vuelvo a decir.

"¿Qué pasa, Elena?". Su tono es cortante y se caracteriza por la impaciencia. "Por favor, abre, Elena".

Dudo. Lo último que quiero es enfrentarme a él, no después de lo que me ha contado Virginia. Pero sé que tengo que hacerlo. No puedo esconderme para siempre. Respiro hondo, desbloqueo la puerta y la abro.

Está de pie, alto e imponente, con el ceño fruncido por la preocupación... o la ira. "¿Por qué no contestas a mi mensaje?".

"Lo siento". Vacilo, incapaz de encontrar una disculpa que suene sincera incluso a mis oídos.

Joshua busca mi mirada y algo oscuro parpadea en sus ojos. "¿Qué pasa, Elena?".

La sangre me corre por las venas. Necesito saber si es verdad: ¡Inmediatamente!

"¿Estás... has estado prometido alguna vez, Joshua?". La pregunta estalla antes de que pueda detenerla, alimentada por la desesperada necesidad de saber la verdad.

Se pone rígido, su mandíbula trabaja en silencio por un momento. "¿Qué te hace pensar eso?".

"¡Contéstame!", le exijo, con la voz cada vez más alta, aunque intento mantener la calma.

"Bien", exhala, y una pesada resignación se apodera de él. "Sí, estuve prometido una vez. Eso fue hace mucho tiempo".

Mi mundo se desmorona y el suelo parece temblar bajo mis pies. Si admite el compromiso, ¿podrían ser ciertas las otras acusaciones de Virginia? ¿Es el hombre al que he llegado a querer, el padre de mi hijo nonato, un hombre horroroso?

"Estuvo aquí, ¿verdad? ¿Virginia? Ella te lo dijo. Esa zorra. Debería decírselo...". Le oigo murmurar y veo ira y rabia en su mirada y sé de golpe: todo lo que ha dicho es cierto.



Capítulo 26



JOSHUA



"¿Qué se supone que tenías que hacer?", pregunta Elena, cruzándose de brazos.
"¡Probablemente me alegro de que me haya dicho la verdad!".

Virginia debe de haber estado aquí de verdad, el diablo sabe cómo se enteró de dónde vive Elena. Ella sembró la duda y le contó lo de mi compromiso. ¿Pero qué más? La tensión en el cuerpo de Elena y alrededor de su boca grita literalmente que ha experimentado algo retorcido, algo oscuro. Y todo tiene que ver conmigo.

Empiezo a no entender nada de nada. La comida de ayer empezó tan armoniosa y prometedora, todo parecía perfecto hasta que dejó de serlo. De repente, Elena quiso marcharse y alegó que era el pescado lo que le había sentado mal al estómago y le había dado ganas de volver corriendo a casa. En realidad no puede ser así, porque esa noche no sentí náuseas y comimos lo mismo. Aparte de eso, no pude dormir y me devané los sesos pensando en lo que podría haber hecho mal.

¿Qué podría haber pasado después de separarnos? ¿Se encontró con Virginia por el camino? Puede que sí, porque ese era el estilo de esa bruja.

"Escucha, puedo explicarlo todo. ¿Puedo entrar primero?", pregunto.

"No sé de qué tenemos que hablar", dice en voz baja y veo que le tiemblan las manos. ¿Me tiene miedo?

"Háblame, Elena. Por favor". Le cojo la mano, intentando desesperadamente acortar distancias y suavizar las líneas de preocupación con cada roce. Pero se aparta precipitadamente, como si yo fuera un monstruo.

"¿Qué te ha dicho Virginia de mí? Porque sea lo que sea, no es verdad. Virginia es...". No sé cómo explicárselo, así que me trago el resto de mis palabras. La mandíbula y los hombros de

Elena muestran que el veneno con el que la alimentó Virginia ha calado hondo en ella.

"¿Quién es ella? Vamos, dímelo", dice Elena, y veo que su labio inferior empieza a temblar.

He intentado olvidarlo todo desde entonces, siempre mirando hacia delante y convirtiendo en oro lo que la vida me deparaba. He construido muros a mi alrededor para que algo así no vuelva a suceder. Pero estoy aquí mirando a Elena, la única persona que ha conseguido superar mis defensas y no sé qué hacer porque mi pasado me ha alcanzado.

"Escucha, Elena", empiezo de nuevo, con voz más firme. "Virginia miente cuando abre la boca. Nada de lo que te ha dicho es verdad".

"¿Así que no estabais prometidos?"

"Eso es cierto, pero..."

"Te estás contradiciendo, Joshua". Mientras miro a Elena a los ojos y me doy cuenta de lo dolida que está, sé que ésta podría ser la peor pelea en la que me haya metido. Y por primera vez en mucho tiempo, no estoy seguro de poder ganarla.

"Virginia está... no está bien, Elena. Tiene una visión retorcida del mundo, de mí", intento explicar de nuevo, sintiendo que los latidos de mi corazón se aceleran por la frustración. "No puedes creerla".

"¿Una visión retorcida?". Su interrupción corta mi súplica, aguda e incrédula. "¿Así que se supone que debo ignorar lo que me ha dicho?"

"Sí, porque no es verdad. Todo son mentiras, invenciones de una mente enferma que lo único que quiere es verme, vernos, destruidos". Me paso la mano por el pelo, intentando encontrar las palabras adecuadas para salvar la brecha que nos separa.

"Así que dices que miente, pero también que lo del compromiso era verdad. ¿Qué se supone que debo creer? ¿No oyes lo confuso que suena?". Una mezcla de ira y dolor destella en sus ojos y cruza los brazos a la defensiva, como si quisiera protegerse de mis palabras.

"¡Maldita sea, Elena! Piénsalo bien. ¿Por qué iba a mentirte sobre algo así?". Levanto la voz, aunque intento desesperadamente hacerla entrar en razón y se me atraganta la garganta. Sé que debería contarle toda la verdad sobre aquella vez, pero temo que eso nos distancie aún más y que, de todos modos, no me crea.

"Porque eso es lo que hacen los hombres como tú", me responde, con las lágrimas rodando pero sin caer. "Manipulan, seducen... mienten".

"¿Hombres como yo?", replico, siento que todo dentro de mí se tensa. ¿De verdad piensa eso de mí después de todo lo que he hecho por ella?

"Sí, hombres que compran mujeres por sexo".

"Hace tiempo que superamos eso, Elena. Además, te he explicado que es por mi pasado y por lo que he intentado mantener las distancias...". Hago una pausa.

"¿Qué pasó entonces?".

No respondo, nos miramos.

"Tu silencio dice más de lo que crees", susurra Elena.

"¿De verdad piensas tan mal de mí?", pregunto mientras la pregunta flota en el aire entre nosotros.

Ella no responde inmediatamente, y en ese silencio siento una pérdida tan profunda que casi se me doblan las rodillas. La mujer que tengo delante, tan llena de convicción, parece estar a kilómetros de distancia de la Elena que ayer compartió conmigo aquella comida en el restaurante japonés.

"Joshua, yo...". Duda, frunce los labios como si estuviera a punto de revelar un secreto. Pero entonces sacude la cabeza y el momento se acaba.

"Elena", le digo en voz baja, "estábamos bien juntos, ¿recuerdas? No dejes que Virginia lo arruine".

"¿Bien juntos? ¿Así es como lo llamas? Parece que sólo te refieres al sexo. De eso se trata todo, ¿no?". Ella se burla, un sabor amargo arrastrándose en su voz. "Pero quizá sea otra mentira".

"¡Mírame!", le exijo, agarrándole los hombros con las manos para mantenerla centrada en mí, en la verdad. "Dime que realmente piensas eso".

Su mirada se cruza con la mía, una tormenta en esos profundos ojos. "Pensé que había algo más", admite, con la voz apenas más alta que un susurro. "Pero los sentimientos engañan".

"Entonces déjame demostrártelo", digo, con la voz áspera por la emoción. "Déjame explicarte que lo que Virginia te dijo no es más que un engaño. Pero para eso, tienes que decirme exactamente lo que ella te dijo".

La espalda de Elena se pone rígida y cruza los brazos delante del pecho, una fortaleza de desafío. "¿Para qué? ¿Para que puedas inventar una nueva historia? No, Joshua. No tengo que contarte nada. ¿Por qué no me cuentas lo que me ocultas?", dice.

"¡Por el amor de Dios!". Mi puño choca contra el marco de la puerta y un crujido resuena en el piso. Me duele el brazo, pero no es nada comparado con el nudo de frustración que siento en el estómago. "¡No soy tu enemigo!".

"¿De verdad?". Su ceja se arquea, con el escepticismo grabado en cada uno de sus rasgos. "¿Entonces por qué me da la sensación de que lo eres? ¿Qué vas a hacer si me callo? ¿Te vas a poner violento?".

La acusación me alcanza como un golpe, crudo y punzante. Me estremezco como si fuera ella la que me golpeará y no al revés. "¿Violento? Alguna vez he sido...".

Es entonces cuando veo el destello de duda, la incertidumbre que nubla su juicio. Pero es sólo un instante y su determinación se reafirma como una trampa de acero.

"Tal vez ni siquiera te conozca", dice fríamente. Esas palabras son como otro puñetazo en el estómago. La idea de que piense que soy un cabrón violento capaz de hacerle daño es insoportable. Respiro hondo e intento contener la confusión que siento en mi interior. "Elena, nunca te haría daño. Lo sabes".

"No sé qué creer", susurra ella, secándose una lágrima.

Esto es demasiado. Siempre me he enorgullecido de ser capaz de manejar cualquier situación, con frialdad lógica y calculado encanto, pero esto, su incredulidad, su desconfianza, lo arruina todo.

"De acuerdo". Mi voz es un gruñido bajo, las palabras salen entre dientes apretados. "Entonces buscaré a Virginia y me enfrentaré a ella. No puedo aceptar que esto acabe así".

Sin esperar su respuesta, giro sobre mis talones y bajo las escaleras. Virginia provocó este incendio y va a ayudarme a apagarlo. Necesito respuestas, y que me parta un rayo si dejo que su retorcido juego me cueste perder a la mujer que No, ni siquiera puedo pensar en eso.

Antes de llegar al coche, marco el número del lugar donde la dejé. Un número que no marco desde hace mucho tiempo. Suena una vez, dos veces... nadie contesta. Pero persevero. No me rendiré esta vez. Ella hablará conmigo y me lo contará todo. No estoy dispuesto a renunciar a Elena



Capítulo 27



ELENA



Cuando cierro la puerta, lo sé: se acabó. Mis dedos resbalan del pomo de latón como si me hubiera quemado, con el calor de nuestro último intercambio. De espaldas a la puerta, me siento en el suelo. Mis rodillas se abrazan fuertemente a mi pecho, un vano intento de mantenerme unida mientras cada célula grita que me derrumbe.

Las lágrimas fluyen libremente y la desesperación se abate sobre mí, oleada tras oleada. Se acabó. Para siempre. Sé que es lo correcto, pero la idea es como un peso de plomo en mi estómago. Me he liado con un hombre, mi jefe, al que apenas conozco y del que no sé nada. Estoy segura que arrastra consigo un oscuro pasado que me oculta y exige que le crea.

Respiro bruscamente e intento sofocar la tormenta que tengo dentro, pero es implacable y me está destrozando literalmente. Pienso en el pequeño latido que late en mi interior: una nueva vida, inocente e inconsciente de la confusión en la que se está engendrando. Siempre lo he sospechado, pero está claro: voy a criar a nuestro hijo sola. Sin trabajo y probablemente pronto también sin dinero. La magnitud de la tarea me abruma.

Pienso en las muchas oportunidades perdidas cuando quise hablarle del niño y luego me maldije por no haberlo hecho. Me alegro de no haberlo hecho, porque si Virginia tuviera razón, ¿qué habría dicho? Dios mío, no puedo ni terminar de pensarlo, me estremece tanto.

No sé cuánto tiempo permanecí sentada, con mis pensamientos dando vueltas y sopesando una y otra vez lo que podría haber sido.

La llamada a mi puerta me estremece. Es aguda e insistente. El miedo se apodera de mí, me aprieta la garganta. ¿Será Joshua? ¿Ha vuelto? ¿Para qué? Me tiembla la voz al gritar: "¿Quién es?".

"Virginia", contesta en voz baja desde el otro lado. Se me corta la respiración. No es Joshua. Me siento aliviada, pero me pregunto si Joshua la habrá encontrado tan rápido y querrá hablar

conmigo.

"¿Estás sola?", pregunto a través de la puerta cerrada.

"Sí, estoy sola".

Me enderezo, luchando contra el letargo que se ha instalado en mis miembros, y abro la puerta. Virginia está de pie, con los ojos muy abiertos por la preocupación. Su voz es suave, pero con un toque de urgencia. "Elena, estaba arriba... Lo he oído todo".

"¿Quieres decir... la conversación entre Joshua y yo?". Por un momento me pregunto por qué estaba escuchando en el piso de arriba, pero lo dejo estar cuando se acerca, extiende la mano y me acaricia la mejilla cariñosamente.

"Sospechaba que vendría y quería protegerte, Elena. Aquí no estás a salvo", dice, y puedo oír su convicción. "Así empezó conmigo".

"¿Empezó así? ¿Qué empezó así?", respondo, más que preocupada por mis ya confusos pensamientos.

"Escucha, trabajo para una mujer que ofrece refugio a gente necesitada. No creemos que estés segura aquí, Elena. Como ya he dicho, a mí me pasó lo mismo. Volverá". Se interrumpe, dejando la amenaza tácita pero pesada entre nosotros.

"¿Volverá y qué?", pregunto, aunque ya sé la respuesta. "¿Me hará daño?". Es una posibilidad que no había considerado hasta ese momento.

Virginia asiente con tristeza. "Así es. Tienes que estar en un lugar seguro donde a él no se le ocurra ir a buscarte".

Sus palabras deberían asustarme, pero en su lugar despiertan algo en mí: la determinación de proteger a mi bebé a toda costa. "¿Y confías en esa mujer?", pregunto, con mi escepticismo como un fino velo sobre mi creciente desesperación.

"Absolutamente". La seguridad de Virginia es inquebrantable. "Me ayudó cuando no tenía a nadie más a quien recurrir".

Tal vez sea la sinceridad de sus ojos o el cansancio que corroe mi determinación, pero tengo que asentir. Un plan, cualquier plan, parece mejor que estar sentada esperando a un hombre cuyo amor es quizá tan fugaz como su presencia.

"De acuerdo", susurro, más para mí misma que para ella, "pero sólo durante unos días". Mi voz es más firme, más decidida. Necesito tiempo. Tiempo para averiguar qué es lo siguiente, para controlar el caos en que se ha convertido mi vida.

"Muy bien, vámonos", dice Virginia, tirando de mi brazo.

"Sólo déjame recoger algunas cosas".

"Por supuesto", responde Virginia, suavizando su mirada. "Pero date prisa, debemos salir de aquí antes de que vuelva".

La urgencia de su voz me provoca un escalofrío, que reprimo con un rápido y decidido movimiento de cabeza. Con paso decidido, me dirijo al dormitorio, cojo el bolso del armario y empiezo a meter lo esencial: ropa, artículos de aseo. Cada cosa es como tirar un trozo del futuro con el que he soñado. Un body diminuto que compré en un momento de ilusión prematura acaba en la parte de arriba. Me tiemblan las manos al tocar la suave tela, pero aparto la oleada de emoción. Ya habrá tiempo para las lágrimas.

"Deja que te ayude. Virginia está a mi lado, doblando la ropa con más cuidado de lo que yo puedo reunir. Cuando ve el body, se detiene. "¿Estás embarazada de él?".

Asiento en silencio.

"Entonces deberíamos darnos prisa. Joshua no puede soportar algo así".

Vuelvo a asentir y siento que el miedo se apodera de mí. El silencio entre nosotras se caracteriza por un entendimiento tácito. Me alegro de que esté a mi lado.

"Hecho", me digo, más a mí misma que a ella. La bolsa está preparada, pero el corazón me pesa por la magnitud del paso que estoy a punto de dar.

"Entonces vámonos", dice Virginia en voz baja, cogiendo la bolsa, pero niego con la cabeza.

"Puedo llevarla yo", digo.

"Vale, vamos entonces. Hay un taxi esperándonos abajo", responde Virginia.

Salimos del piso, la puerta se cierra detrás de nosotras, un sonido que resuena como un final. Un final para la vida que conocía, un final para los sueños que tenía. Cada paso que doy por el pasillo es un paso hacia la incertidumbre, pero también un paso que me aleja del dolor que albergan las paredes de mi piso.

"Gracias, Virginia", murmuro al llegar al ascensor. "Por hacer esto".

Ella me dedica una sonrisa. "No hay de qué. Las mujeres tenemos que estar unidas, ¿no?".

"Cierto", estoy de acuerdo, aunque esta solidaridad ofrece poco consuelo cuando el futuro es un vacío sombrío.

El viaje silencioso en la parte trasera del taxi no dura más de 15 minutos. Entonces el coche se detiene y el conductor anuncia que hemos llegado a nuestro destino. Miro por la ventanilla y frunzo el ceño al contemplar el paisaje. El edificio se alza como una reliquia de otra época, las ventanas son oscuras, la pintura se desprende de la fachada. Mi corazón martillea contra mi caja torácica, un suave tamborileo de incomodidad.

"¿Estás segura de que es aquí?", pregunto con voz áspera por la duda.

Virginia asiente y junta los labios en una fina línea. "Sí, este es el lugar. Aquí nadie sospechará".

Pago al conductor y salgo al bordillo, con los sentidos en alerta máxima. El aire huele a humedad, pero sigo a Virginia. Abre la puerta con una llave y me hace señas para que entre.

"Pasa, pasa. No parece gran cosa, pero es seguro", me asegura y me dedica una sonrisa.

Asiento con la cabeza, paso junto a ella y entro. Pero sólo hay oscuridad, muebles viejos y polvorientos y herramientas abandonadas. No hay señales de vida, ni calor, ni refugio. Sólo sombras y silencio.

"Virginia, ¿qué está pasando aquí? ¿Qué es esto...?". Mis palabras se interrumpen cuando me vuelvo hacia ella, con la confusión marcando mis rasgos.

"La confianza es algo tan frágil, ¿verdad, Elena?". Su tono es frío y carece de la calidez a la que me había aferrado antes.

Siento que el pánico se apodera de mí y de pronto me doy cuenta de que fue un error creerle y un error aún mayor venir aquí con ella. ¿Tal vez Joshua tenía razón?

Tengo que salir de aquí. Pero entonces veo su mano alcanzar algo por el rabillo del ojo viniendo hacia mí a una velocidad vertiginosa. Entonces el dolor estalla en la base de mi cráneo. El mundo se inclina violentamente, los colores se vuelven negros. Mientras caigo al suelo, un único pensamiento atraviesa la oscuridad que me invade: nunca debí confiar en ella.



Capítulo 28



JOSHUA



Por fin, a la mañana siguiente encuentro a alguien que puede ayudarme.

El número al que debo de haber llamado treinta veces anoche y esta mañana pertenece al hospital psiquiátrico de Brooklyn. Allí es donde Virginia ha pasado los últimos años. Nadie quería ayudarme porque no creían que yo fuera el hombre que más sufría entonces los excesos de Virginia.

Hasta esta mañana, cuando se puso al teléfono el médico jefe de la sala, que reconoció mi voz de entonces, me ayudaron.

"Virginia ha evolucionado bien. Actualmente está en un programa de libertad supervisada de dos semanas", me dijo el doctor Askin, como si estuviera hablando del tiempo.

"¿Libertad vigilada? ¿Desde cuándo existe algo así?", pregunto.

"Siempre ha existido. Nuestro objetivo no es que los pacientes se queden con nosotros para siempre. Virginia no ha estado en el pabellón cerrado durante mucho tiempo. Ha evolucionado bien y se ha ganado su puesta en libertad".

"¿Podría ser que estuviera fingiendo?", insisto, con tono más caliente. "Me está acosando, difundiendo mentiras sobre mí y lo que pasó entonces. Creo que ha empeorado. Y creo que trama algo contra mi novia". La palabra novia se siente extraña y más como un deseo que como una realidad. No quiero admitirlo, pero me temo lo peor.

"No lo sé, no creo que estuviera fingiendo", responde, pero su voz suena dubitativa.

"¿Tienes una dirección? ¿Un lugar donde se aloje mientras está fuera? Necesito hablar con ella".

"Sr. Davis, ya le he dicho más de lo que debía... confidencialidad".

"Escuche, por favor", le interrumpo, sonando casi suplicante. "Es urgente. Esa mujer me está arruinando la vida".

Hay una pausa, un crujido de papeles, y contengo la respiración.

"¿Tiene algo para escribir?", interviene la voz y me da la dirección.

"Gracias, Dr. Askin", respondo.

"¿Y de verdad cree que...?", empieza titubeando.

"Creo que Virginia es un peligro para sí misma y para los demás".

"Entonces no debería ir allí solo", dice el Dr. Askin.

"No tengo tiempo que perder", digo y termino la llamada.

Una vez introducida la dirección en Google, no pierdo tiempo, cojo del cajón la llave del coche y bajo a toda prisa al garaje en el ascensor.

Manhattan pasa volando por delante de mis ventanas antes de llegar a Brooklyn y navegar lo más rápido posible hasta la dirección indicada. Espero que Virginia esté allí, necesito hablar con ella. Tiene que darse cuenta de que debe poner fin a esta tontería. Mi corazón martillea contra mis costillas ante la idea de que esa mujer arruine todo lo que tenía con Elena. ¿Y por qué cree Elena más a esta psicópata que a mí?

Cuando llego, compruebo dos veces que la dirección es correcta, porque delante de mí hay una vieja casa solariega, cuya fachada, antaño magnífica, está marcada por el abandono. Podría ser el escenario perfecto para una película de terror. Pero la dirección es correcta y me pregunto si alguien de la clínica habrá comprobado siquiera la dirección.

"Maldita sea, Virginia, espero que estés aquí", murmuro mientras salgo del coche y me dirijo hacia la puerta principal.

"¿Hola? ¿Hay alguien ahí? Estoy aquí abajo".

Me sobresalto. Es la voz de Elena. El alivio me recorre las venas mientras intento entender qué está pasando. Confundido, miro a mi alrededor, pero no hay nadie. La calle está vacía.

"¿Elena?", pregunto vagamente, mirando de izquierda a derecha mientras el corazón me late desbocado.

"Estoy en el sótano. Virginia me ha encerrado". Reconozco de dónde viene la voz, de la pequeña ventana bajo la reja en la que estoy. Elena suena desesperada y asustada. Claro que lo está. Y yo estoy lleno de rabia, porque Virginia lo está haciendo otra vez: destruir todo lo que aprecio. Como entonces. Y ha arrastrado a Elena hasta aquí.

"Ya voy", grito. "No tengas miedo".

Me apresuro hacia la puerta, que desgraciadamente está cerrada pero no parece muy robusta, como el resto de la casa. Entonces vuelvo a marcar el número del Dr. Askin, pero sólo salta el buzón de voz. Le cuento brevemente lo que he encontrado aquí y le pido que tome las medidas necesarias. Después retrocedo unos pasos y golpeo la puerta con el hombro, como hice en el baño, pero esta vez sé que hago lo correcto. La puerta resiste, testimonio de su antigua fuerza, pero mi temor por la seguridad de Elena me enciende y me da un impulso de fuerza que no sabía que poseía.

"¡Vamos, maldita sea!", grito, lanzándome una y otra vez contra la puerta. Finalmente, la puerta cede con un crujido astillado y cuelga torcida de sus goznes como derrotada.

Tropiezo con el interior poco iluminado mientras mis ojos tratan frenéticamente de adaptarse a la penumbra. Busco febrilmente una escalera que pueda conducir al sótano.

"¡Elena! ¿Dónde estás? Mi voz resuena en las paredes, una súplica desesperada a la que sólo responde el inquietante silencio.

"¿Joshua?". Su voz sólo se oye suavemente, casi un susurro, y sin embargo es el sonido más dulce que he oído nunca.

"¡Cálmate, Elena! Estoy aquí", le respondo, cada palabra teñida de urgencia.

Sigo buscando, la casa parece gemir bajo el peso de sus propios secretos, pero no me desanimo. El tiempo es un lujo que no tengo, acabo de ver unos escalones al fondo.

"Ya casi he llegado, Elena", grito en la oscuridad, saco el smartphone y activo la linterna porque no hay interruptor de luz.

Cuando llego abajo, mi mirada se posa en una pequeña franja de luz que entra por debajo de la puerta. Apenas está entreabierta, un rayo de esperanza al que me aferro para salir.

"Aquí estás", una voz alta y fría suena desde la oscuridad a mi lado.

"Virginia, basta. ¿No te das cuenta de lo que estás haciendo?", le ordeno, mi voz resuena en las húmedas paredes del sótano mientras la veo avanzar hacia mí con una gracia inquietante.

Se queda inmóvil, una sonrisa retorcida se dibuja en sus labios, por un segundo, su mirada me atraviesa: es como si estuviera mirando a los ojos de la locura. El corazón me martillea en el pecho, pero no dejo que el miedo tome las riendas. Aparto el nudo del estómago y arremeto contra ella, agarrándola del hombro con la mano y empujándola contra la pared, con cuidado de no hacerle daño aunque la urgencia se apodera de mí. "Ríndete, has perdido", gruño.

Su risa es hueca y cede, sin dejar de mirarme con esa intensidad espeluznante.

"Sé que estás enferma. Necesitas ayuda", le digo, luchando por mantener la compostura mientras sujeto su muñeca derecha a un poste de madera con mi cinturón para mantenerla donde está.

Luego me apresuro hacia la puerta, donde entra la luz. Empujo y allí está Elena, mi faro en esta pesadilla. Atada a una vieja silla plegable.

No quiero perder tiempo, me alejo de la mirada nerviosa de Virginia y me apresuro hacia donde está Elena.

"Joshua", susurra, con alivio en los ojos.

"Voy a sacarte de aquí", digo con tono decidido mientras le quito las ataduras.

Le tiendo la mano y ella la coge sin vacilar, con un apretón tembloroso pero firme. Cuando salimos a la penumbra, veo una sombra oscura en su frente: una herida. La culpa me atraviesa como una cuchilla. Debería haberla protegido de todo esto.

"Oye, estás herida", murmuro, apartándole un mechón de pelo para ver más de cerca la herida.

"No es nada", responde, intentando sonreír con valentía, pero su dolor es evidente. "Sólo es un moratón. No pasa nada". El alivio me invade, mezclado con la culpa, lo podría haber evitado.

Elena me abraza, el contacto dice más que mil palabras y hace que me sienta increíblemente bien.

"Joshua", empieza a decir, con una mezcla de alivio y confusión. "¿Cómo me has encontrado? ¿Por qué Virginia...?".

"Vale", digo, tragándome el nudo de la garganta. "Mereces saberlo todo".

Elena me mira, con sus ojos oscuros muy abiertos y expectantes.

"Hace diez años, estuve con una mujer. Se llamaba Anika. Ella y Virginia eran hermanas gemelas", empiezo y siento como si estuviera arrancando un esparadrapo y dejando al descubierto una herida que he mantenido oculta durante demasiado tiempo. "Éramos jóvenes, apasionados, quizás tontos. Anika se quedó embarazada".

"¿Eres padre? ¿Dónde está Anika? ¿Qué pasó?", pregunta Elena, dando un paso atrás, tal y como temía que haría.

"En aquel entonces". Hago una pausa, porque es la primera vez que hablo de ello. Pero si no puedo contárselo a Elena, ¿a quién más? "Virginia... no podía soportarlo. Quería estar conmigo y no aceptaba que sólo quisiera a su hermana. Se descontroló".

"Oh, no", susurra Elena tapándose la boca. "¿Qué pasó?".

"Era una noche lluviosa. Anika estaba en casa de Virginia, querían hablar. De camino a casa, Anika me llamó, estaba fuera de sí, completamente alterada. Probablemente Virginia le dijo que abortara o que no volviera a aparecer. Luego se cortó la llamada". Trago saliva antes de continuar. "No pude comunicarme con ella. Dos horas después, recibí la llamada que lo arruinó todo. Su coche se había descontrolado y había caído por un barranco al río. No sobrevivió. Y nuestro bebé tampoco". Mi voz vacila, las palabras son demasiado amargas, demasiado pesadas y dolorosas.

"Joshua", susurra, tocándome el brazo.

"Virginia entró en una espiral de locura después de aquello. Empezó a inventarse historias y a vivir en una realidad que no era la suya, ni la de nadie". Evito la mirada empática de Elena. "Empezó a creer que era su hermana, que estaba embarazada de mí. Era... perturbador. Le diagnosticaron un trastorno de personalidad".

"¿Intentaron ayudarla?". La pregunta de Elena resuena con miedo.

"Lo intenté todo cuando no estaba ocupado afligiéndome. Hice todo lo que pude para darle la mejor ayuda posible, pero algunas heridas son profundas".

"¿Sigue pensando que es...?".

"Creo que sí. Pero para ser sincero, no sé lo que piensa Virginia. Pero no dejaré que sus delirios dañen a nadie nunca más. Especialmente a ti, esa historia no es excusa para que Virginia te arrastre hasta aquí y te cuente mentiras sobre mí".

"¿Por qué no me lo dijiste enseguida?", pregunta Elena suavemente, acariciándome la mano.

"Lo aparté, lo enterré muy dentro de mí, quería olvidarlo y no dejar que determinara mi futuro... No quería dejar que ninguna mujer se me acercara nunca más. Hasta que te vi. Quería convertirme en un objeto con el acuerdo, no quería ver lo que significabas para mí", se me quiebra la voz.

Su mano aprieta la mía, su tacto me tranquiliza. "Superaremos esto, juntos".

Asiento con la cabeza. "Pero tenemos que...".

"No tienes que hacer nada", la fría voz de Virginia interrumpe mi frase. Me doy la vuelta y veo que, obviamente, se ha liberado y está de pie delante de la puerta con una sonrisa maliciosa.

"Si no puedo tenerte, Joshua", escupe, con el veneno goteando de cada sílaba, "entonces os encerraré a los dos. Para siempre". Con eso, cierra la puerta y la atranca antes de que yo llegue, lanzándose contra ella con todas mis fuerzas. Pero es una puerta de hierro macizo que no se puede romper con un solo hombro.

"Virginia, abre", grito, golpeando la puerta.

"Adiós, tortolitos", oigo su voz, que parece que se va.

"Oh, no", oigo gemir a Elena detrás de mí. "No tenemos cobertura aquí abajo. Nadie sabe que estamos aquí".

"Todo va a salir bien", le digo, apartándole suavemente un mechón de pelo de la cara, aunque no tengo ni idea de cómo vamos a escapar.



Capítulo 29



ELENA



¡Oh, no! ¿Qué va a pasar? ¿Cómo vamos a salir de este oscuro sótano? Virginia ha cerrado la puerta y por muy fuerte que sea el hombro de Joshua, no podrá abrir una puerta de acero.

Me zumba la cabeza y se me ennegrecen los ojos. Puede que todo sea demasiado, o puede que sea el resultado del golpe que me dio Virginia cuando llegamos aquí. La velocidad con la que cambian las cosas me deja sin aliento.

Primero estoy encerrada aquí sola, luego me rescata Joshua, el hombre que Virginia me dijo que era un peligro. Luego resulta que sólo quería protegerme porque hace diez años ocurrió una tragedia increíble. ¿Y Virginia, la hermana gemela de su ex prometida, quiere encerrarnos aquí para siempre?

"Quizá no todo esté perdido", dice de repente Joshua, chasqueando los dedos. "Podría ser que el doctor Askin...", empieza, pero entonces su frase queda ahogada por pasos pesados, un estruendo, fuertes gritos y alaridos que claramente pertenecen a Virginia.

El corazón me late con fuerza y no oigo nada. Joshua, en cambio, escucha atentamente junto a la puerta.

"¡Estamos aquí dentro!", grita con la presencia de ánimo necesaria para llamar la atención.

No ocurre nada durante unos largos segundos; lo único que puedo distinguir es una conversación amortiguada. Entonces se acercan unos pasos y oímos cómo introducen una llave en la cerradura.

La puerta se abre de golpe e inunda la habitación de una luz cegadora. Parpadeo ante la repentina claridad y me fijo en los agentes de policía que están en la puerta con sus linternas y sus rostros con la expresión severa del deber.

"Gracias a Dios", exhalo, con el alivio inundándome como una ola. Joshua me agarra brevemente

la mano, la suelta y se vuelve hacia nuestros salvadores.

"Ha escuchado el mensaje", murmura Joshua, no entiendo exactamente a qué se refiere. Sólo que es obra suya que la policía esté aquí y que nos hayan rescatado.

"¿Estáis bien?", pregunta uno de los policías, escrutándonos con preocupación profesional.

"Estamos bien. Gracias", respondo, con la voz más calmada de lo que me siento.

"Entonces salgamos de aquí", dice y nos hace un gesto para que salgamos de la habitación del sótano. Nada mejor que eso.

Cuando volvemos a subir las escaleras, la casa está iluminada por muchos agentes de policía y sus linternas, que muestran todo el deterioro de la casa. Salimos fuera y respiro el aire fresco, sintiendo que acabo de escapar del desastre.

"¿Señor Davis?". Un hombre al que no conozco se dirige a Joshua, que está a mi lado, y me estrecha la mano. "Soy el Dr. Aksin, de la Clínica Psiquiátrica de Brooklyn".

"Elena Martínez", respondo con desgana.

"Has escuchado el mensaje que te envié", dice Joshua, y me doy cuenta de lo que quería decir con el mensaje.

"Lo escuché. ¿Y tú eras probablemente la persona que estaba encerrada?". Asiento en silencio.

"Realmente debería haber esperado a que llegaran las autoridades, señor Davis", dice el doctor Askin.

"No podía... yo... Elena. Si le hubiera pasado algo", dice Joshua, agarrando suavemente mi mano, lo que de alguna manera se siente natural, bueno y correcto.

"Amor juvenil. Lo entiendo", dice y sonríe. El corazón me late con fuerza en la garganta y no me atrevo a mirar a Joshua. ¿Es eso? ¿Es amor? "Todo salió bien". Tras una pausa, continúa. "Les debo una disculpa a los dos. Tenía razón, Sr. Davis".

"¿Acertar en qué?", pregunto.

"Virginia es una de nuestras pacientes. Estaba de alta y pensábamos que todo iba según lo previsto y que estaba en vías de recuperación. La llamada del señor Davis me llevó a investigar un poco. Parece que Virginia consiguió sobornar a una de nuestras enfermeras para que

escribiera los informes correctos". Sacude la cabeza, con la decepción dibujada en el rostro. "Ya no podrá manipular el sistema. Me gustaría disculparme por los problemas que ha causado".

"Muchas gracias, doctor. Todo ha salido bien", dice Joshua, asintiendo casi en silencio.

"Disculpe", un policía se une a nosotros y señala a Virginia, que está siendo esposada y colocada en la parte trasera de un coche de policía detrás de nosotros. "¿Quiere presentar cargos? ¿Por detención ilegal?".

"¡Anika!". Virginia grita de repente. Se le quiebra la voz y las lágrimas corren por sus mejillas. "¡Quiero que Anika vuelva a la vida!".

El indisimulado dolor de su súplica me produce un escalofrío. La mano de Joshua encuentra la mía, es un momento silencioso en medio de la confusión. Intercambiamos una mirada cargada de complicidad.

"No", dice Joshua con firmeza, su mirada se suaviza un poco al observar el desmoronamiento de Virginia. "No vamos a presentar cargos. Está claro que necesita ayuda, no castigo".

"Entendido". El agente asiente y hace una señal a sus compañeros para que esposen a Virginia. Sus gritos resuenan inquietantes en la noche, un recordatorio del giro surrealista de los acontecimientos.

"Gracias, señor Davis", murmura el Dr. Aksin, asintiendo respetuosamente antes de seguir a los agentes.

"Una cosa más", dice el Dr. Aksin, deteniéndose y volviendo hacia nosotros una vez más. "Les doy mi palabra de que estará bajo estrecha observación y recibirá los cuidados que necesita desesperadamente".

"Gracias, doctor", contesta Joshua y puedo ver en su voz lo importante que es esto para él.

El Dr. Askin nos saluda con la cabeza y va a ocuparse de Virginia. Entonces se nos acerca otro policía, nos hace algunas preguntas, rellena formularios y quiere saber adónde debe llevarnos. Joshua y yo nos miramos profundamente a los ojos porque sabemos que aún tenemos algo que resolver. Además, el coche de Joshua está ahí y me siento segura con él, debería abofetearme por creer en Virginia. Después de media eternidad e innumerables firmas en formularios, los policías suben a sus coches y se ponen en marcha.

"Menuda noche", murmuro, más para mí que para Joshua, mientras miro detrás de los coches de policía antes de que giren la siguiente esquina y nos dejen solos. Los restos de miedo y adrenalina resuenan en mi voz.

"Joshua, siento mucho no haberte creído, pensaba que sus mentiras eran ciertas, por eso vine aquí".

"No pasa nada", dice suavemente, apartándose un mechón de pelo detrás de la oreja. "Puedo entenderte. No fui muy abierto contigo". Joshua me mira, sus ojos tienen una profundidad que es nueva para mí. Como si me dejara ver todo. "Elena, sobre lo que pasó entonces...". Su voz se entrecorta y aparta la mirada, los músculos de su mandíbula se tensan brevemente antes de volver a mirarme a la cara. "Siento no habértelo dicho antes. Fue una estupidez por mi parte y estoy seguro de que fue el motivo de tus dudas".

"Lo entiendo", digo vacilante, aunque el corazón me golpea contra las costillas.

"Anika... Y el bebé por nacer". Hace una pausa y respira hondo. "Durante mucho tiempo intenté suprimir esos recuerdos y fingir que no existían. Trabajé como un loco para olvidarlo todo y prioricé el éxito financiero por encima de todo. Pero creo que también encerré una parte de mí en el proceso".

Instintivamente, alargo la mano y le toco el brazo. Su piel está caliente bajo la fina tela de su camisa y noto que se relaja ligeramente bajo mi contacto.

"Joshua, no pasa nada", le digo en voz baja mientras mi propio pasado se hace eco de sus palabras, "ella formaba parte de ti entonces".

Asiente con la cabeza y una sonrisa se dibuja en sus labios. "Sí, supongo que sí. A veces pienso en qué clase de padre habría sido. ¿Habría sido bueno? Es curioso, ¿verdad? La vida nunca sale como uno la planea".

"La vida tiene una forma curiosa de sorprendernos", respondo, con el pulso acelerado al darme cuenta de algo que llevaba mucho tiempo ardiendo en mi interior. Ha llegado el momento de la verdad. No puedo contenerlo más.

"Hablando de sorpresas...". Vacilo, mi mirada fija en la suya, buscando un ancla en la tormenta que estoy a punto de desatar.

"¿Sorpresas?", se pregunta, frunciendo el ceño con confusión o quizá curiosidad.

"Joshua, hay algo que tengo que decirte. Algo importante". Trago saliva, las palabras se me quedan como piedras en la lengua. "Estoy embarazada. De ti. Pronto sabrás qué clase de padre eres".

Durante una fracción de segundo, el mundo contiene la respiración. El rostro de Joshua está inexpresivo al principio y no parece comprender. Luego su expresión cambia.

"¿Es que...de verdad?", tartamudea y me coge suavemente la cara con las manos, como si quisiera afianzarse en la realidad que acabo de mostrarle.

"Joshua, es verdad", le aseguro, con una mezcla de nerviosismo y excitación en la voz. El aire de la noche parece zumbir con la intensidad de nuestro momento juntos.

Sus ojos brillan, Joshua Davis, al que todo el mundo considera un playboy, está conmovido. Se le escapa una risita de incredulidad. "¿Voy a ser padre?".

"Sí", susurro, sabiendo que el pasado también forma parte de esta revelación.

"Maravilloso", susurra. Con un suave movimiento, coloca sus manos en mis caderas, me acerca y sus labios encuentran los míos en un beso que parece el principio de todo.

El comienzo de algo real que nunca nos volverá a separar.

"No puedo creer que hayas estado llevando todo esto contigo", murmura entre besos, "el miedo, la culpa, todo ello".

"Siento no haberte dicho nada", le digo cuando por fin nos separamos, habiéndonos desprendido del peso de mi secreto. "Tenía tanto miedo de cómo te lo tomarías. De lo que significaría para nosotros".

Sacude la cabeza y me aparta un mechón de pelo de la cara con una ternura que me produce un escalofrío. "No tienes por qué tener miedo, Elena", me asegura, con su mirada intensa y prometedora. "Esto... nosotros... es todo lo que siempre he querido".

"¿De verdad?", pregunto, buscando en sus ojos cualquier signo de duda.

"De verdad", confirma, acercándose una vez más. El latido de su corazón contra el mío es un testimonio rítmico de la verdad de sus palabras. "Incluso cuando te propuse el trato, en realidad no quería nada más que a ti y me escondí detrás de mi fachada".

Soy yo quien se conmueve y puedo sentir cómo mis ojos se humedecen de felicidad.

"Te quiero, Elena Martínez. Más de lo que creía posible".

"Yo también te quiero, Joshua Davis", le susurro y siento que las piezas de mi vida parecen encajar y que todo es perfecto.

Con él, con nuestro hijo, estoy preparada para lo que venga porque sé que juntos somos

imbatibles.



Capítulo 30



JOSHUA



*U*nos meses después

"Ya casi estás, Elena", le digo, apretando suavemente su cálida mano mientras yace a mi lado en la sala de partos, con la cara hecha un cuadro de agotamiento, pintada con gotas de sudor.

Está en la recta final de lo que imagino que será una maratón mientras da a luz a nuestra hija.

Un último grito, se relaja y la enfermera susurra: "Lo has conseguido".

"Joshua", jadea, su voz es un susurro de fuerza. Estoy a su lado, mi mano encuentra la suya y la aprieta contra su suave piel.

"Has estado increíble", le aseguro, sintiendo el temblor de su agarre.

Mi atención se desvía hacia abajo mientras la enfermera envuelve un pequeño bulto de vida en rosa pastel y me lo pone en los brazos.

Nuestra hija. Anika. El nombre fue idea de Elena. Un símbolo de que ella siempre formará parte de mi vida, de un modo u otro. Sólo una mujer maravillosa como Elena podía tener una idea así.

Mi mundo se reduce al tamaño de esta delicada criatura, cuya existencia redefine mi forma de entender el amor. No soy ajeno a los grandes riesgos, pero el peso de mi hija recién nacida supera cualquier trato comercial que haya hecho jamás.

Mientras sostengo a Anika en mis brazos, algo me llama la atención: la enfermera tiene unas tijeras preparadas para el último acto del parto. Se supone que debo cortar el cordón umbilical, como habíamos hablado antes, pero me detengo y noto algo inusual. Un nudo incrustado en el cordón umbilical de mi hija.

"Eh, ¿qué es eso?", pregunto preocupado, aunque hago todo lo que puedo para arreglar el nudo.

La enfermera suelta una risita que, extrañamente, calma los latidos de mi pecho. "Es lo que se llama un falso bulto", me explica.

"¿Eso... ¿Es peligroso?". Siento la pregunta como gravilla en la garganta.

"Todo lo contrario", responde la enfermera, sus ojos centellean divertidos. "Cuentan las historias del pasado que los niños que nacen con un falso nudo en el cordón umbilical son niños afortunados".

Niños con suerte. Una palabra nueva para mí, me gusta y es exactamente lo que quiero para mi hija. Cuando miro a Anika, cuyos diminutos dedos admiro y toco suavemente, me doy cuenta de que es una suerte tenerla con nosotros.

"Bienvenida a la vida, Anika", murmuro satisfecho mientras corto el cordón umbilical. "Papá está aquí. Estás a salvo conmigo". Mantendré esta promesa, para siempre.

Entonces la enfermera nos deja solos y colocan a Anika sobre el vientre de Elena, lo que hoy en día se conoce como vinculación y se supone que es increíblemente importante para el bienestar de la niña. No entiendo nada de esto, pero me parece natural y correcto.

Los pequeños llantos de Anika llenan la habitación, un testimonio de su vitalidad, de su existencia, cuando vi a Elena darle de mamar por primera vez, supe que esto es la verdadera felicidad: no hay miles de millones en la cuenta bancaria ni ningún negocio que pueda superar esta imagen.

"Hola, Anika", murmuro, acariciando los diminutos dedos de nuestra hija mientras mama. Ella parpadea, quizá reconociendo mi voz porque a menudo le hablaba a través de la barriga de Elena, mientras estábamos tumbados en el sofá del ático que compartimos desde hace más de seis meses. Aún recuerdo cómo decidimos irnos a vivir juntos, desde entonces no me arrepiento. Fue una decisión acertada, todavía me alegra despertarme al lado de Elena todos los días.

Elena se inclina hacia delante, sus labios rozan la frente de Anika y dejan un beso susurrante en ella. Luego los dos nos besamos, la felicidad en este beso es casi palpable.

"Mírala, Joshua. Es perfecta". La voz de Elena se quiebra, llena de alegría y cansancio. Y tiene razón. Anika es la perfección personificada, cada una de sus respiraciones acompasadas al ritmo de nuestra nueva realidad.

"¿Deberíamos llevarla a Virginia algún día? ¿Presentarsela a ella?". La pregunta de Elena rompe la bruma de mi admiración por nuestra hija.

"Claro que podemos", respondo, estrechando instintivamente mi mano alrededor de la de Elena y pensando en las visitas periódicas a Virginia con Elena. Está mejor, aunque el Dr. Askin dice que probablemente nunca reconocerá del todo que tiene dos personalidades dentro de ella. Pero es imposible saberlo con certeza, porque la mente es una máquina compleja y la ciencia aún está en las primeras fases de investigación sobre estas cosas. No obstante, se ha disculpado por el incidente y ha aceptado que Elena y yo estemos juntos... Cada visita es un paso hacia el pasado, sin embargo, siento que cuanto más permito que el pasado regrese, me cuesta menos superarlo. Incluso conseguí, con la ayuda de Elena, visitar la tumba de Anika, mi prometida por aquel entonces.

"¿Va todo bien?", pregunta Elena preocupada.

"Sí, por supuesto", respondo. "Vamos a relajarnos y a disfrutar de que somos una familia, aprendamos a ser padres".

Elena asiente, las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa cansada pero genuina. "Me parece perfecto. Y ya que estás", dice, tendiéndome a nuestra hija cuando termina de mamar. "Puedes ponerle el primer pañal a nuestra hija.

"Parece pan comido, ¿verdad, Anika?", digo con tono desafiante. La llevo con cuidado hasta el cambiador, pero resulta más difícil de lo que pensaba.

"Mira, el multimillonario ha puesto los pañales al revés", bromea Elena, y su risa es un bálsamo para los restos de incertidumbre que me quedan.

"Si sólo es eso", respondo, dejando suavemente a Anika en el cambiador, intentando corregir el error, sintiendo lo increíblemente cómodo que me siento cuidando de mi hija en lugar de firmar contratos.

"¿Así está bien?", pregunto entonces mientras la llevo de nuevo junto a Elena y la tumbo sobre su pecho y su barriguita.

"Perfecto", dice y me besa.

"Te quiero, Elena. Os quiero a las dos", susurro, dándole un beso a las mujeres más importantes de mi vida y sabiendo que no podría ser más feliz.

Este es el final de la historia de Elena y Joshua.

¿Quieres leer otra parte de esta serie de libros? Entonces haz clic aquí:

<https://www.amazon.es/dp/B09QHW9WZ>

¿Quieres suscribirte a mi boletín para estar informado en cuanto se publique un nuevo libro?

Haz clic aquí:

<https://www.subscribepage.com/rebecca-espanol>